

¿ALGUNA VEZ PENSASTE...?

EL LLAMADO DE CRISTO

P. JAVIER OLIVERA RAVASI

Ediciones Katejon

Buenos Aires – AÑO 2019

Introducción

¿Alguna vez pensaste...?

¿Alguna vez tu alma se vio tan inquieta, de modo tal que nada ni nadie podía detenerla al pensar en la inmensidad de Dios?

¿Alguna vez te detuviste a considerar que Dios sigue llamando a sus discípulos a que lo ayuden en la obra redentora?

¿Alguna vez se te pasó por la cabeza que quizás podría estar llamándote?

¿Alguna vez pensaste que podrías tener vocación a la vida consagrada o al sacerdocio?

Dios envía a cada uno, según Su voluntad, la vocación que le conviene para alcanzar la salvación eterna que, normalmente, se ve comprendida entre el matrimonio y la vida consagrada. Es justamente a este último modo de vivir según Dios que queríamos referirnos en estas breves páginas, en especial, porque creemos que – a pesar de que existe un mar de libros al respecto – nunca es poco lo que sobre el tema pueda decirse.

Lejos de lo que se piensa, Dios sigue llamando, hoy y siempre, a muchos hombres y mujeres a participar más íntimamente de la obra de la salvación; no es preciso ir a buscarlos muy lejos: están allí, entre nosotros. Son almas nobles que no desean otra cosa que inmolarse por Dios y su Iglesia; almas grandes que sólo buscan hacer algo de bien en estos tres o cuatro días que tenemos de vida; almas que desean almas...

Sin embargo, muchas veces los llamados de Dios se hallan escondidos, como escondidos están los tesoros, las perlas y los diamantes, ¡sólo hace falta descubrirlos! La vocación es eso: el

tesoro de Dios para Su Iglesia; sólo es necesario descubrirlo, custodiarlo y sacrificarse por él. Nuestro Señor, ciertamente, nunca dejó ni dejará de enviar obreros a su mies, pero puede suceder – y lamentablemente ha sucedido en los últimos años – que muchos hombres y mujeres se sientan casi desamparados por la falta de criterio al tener que tomar una decisión trascendental como lo es la elección de estado para la vida sacerdotal o religiosa.

Pero... “¿puede ser que Dios siga llamando a pesar de lo mal que va el mundo?”

¡Claro que sí y a gritos! Según aquel gran patrono de la juventud que fuera San Juan Bosco, más del 30 por ciento de nuestros jóvenes católicos tienen vocación sacerdotal o religiosa, aunque muy pocos sean conscientes de ello.

Son muchos, muchísimos los jóvenes católicos que en algún momento han sido llamados a un estado de vida de mayor entrega por el Reino de los Cielos. Sin embargo, sucede que pocos han sabido reconocerla y muchos menos alimentarla. Además, hay al respecto una idea general bastante errada de lo que realmente significa el llamado a la vida sacerdotal o religiosa: hay quienes piensan que todo se debe a educación impartida por la familia, o a un “don especial” que se trae desde siempre.

Por otro lado, en los mejores ambientes llega a comprenderse, al menos en abstracto, que la vocación sacerdotal o religiosa es un regalo de Dios y que hay que rezar por su incremento, pero frecuentemente en esos mismos ambientes no siempre se pasa de esa idea teórica al juicio práctico de preguntarse:

“¿Y si Dios me llama para ser sacerdote?”

O

“¿Y si Dios quiere que sea religiosa?”

Son estas, en más o en menos, las preguntas que nos han movido a escribir las siguientes líneas; no intentaremos, por lo tanto, hacer una especie de tratado acerca de la vocación religiosa o sacerdotal, sino simplemente se trata de dar una pequeña ayuda para aquellos que deban discernir o ayudar a discernir, si Dios los llama o no, a ese estado de vida.

Con las presentes páginas, que intentan seguir en todo la doctrina de los santos y maestros autorizados, deseamos brindar una ayuda para definir si es que Dios llama o no a alguien a la vida sacerdotal o religiosa. Nuestra idea es tranquilizar ante toda incertidumbre que aún mantiene al alma en un estado de indecisión, para hacerla reposar finalmente en las verdes praderas de la voluntad de Dios.

Para ello, intentaremos resumir y poner en claro la doctrina clásica de la Iglesia, y esto de la manera más sencilla posible. Dios quiera que sirva a más de uno.

P. Javier Olivera

Capítulo I

Conozco una caballerosidad más noble

¡Qué tonto soy! – se dijo el joven Roberto¹. Siempre se me escapan los pensamientos más íntimos, tanto en la escuela como en el juego, y ahora delante de mi padre. ¿Cuándo aprenderé a callarme?

Y muy disgustado, apoyó la cabeza en el marco de la ventana, contemplando el cielo de noviembre.

Allá en lo alto comenzaba a brillar la estrella vespertina. En el poniente remoto, la noche aguardaba agazapada como un monje de cogulla negra esperando al toque de Completas para poner fin a lo que había sido un día hermoso. Pero Roberto no veía la estrella ni al monje encapuchado ni al día agonizando. Sólo veía la mirada de asombro que su padre le fulminara al oír que le decía a su primo:

– Yo nunca seré armado caballero. ¡Yo conozco una caballeridad más noble!

A sus espaldas, un viejo servidor retiraba los restos del banquete ofrecido en honor de Jacobo, un primo de Roberto que habitaba al otro lado del Sena y acababa de ser armado caballero. El anciano encendió una antorcha, la colocó sobre la mesa y abandonó la vasta estancia. Al abrir la pesadísima puerta de roble macizo, la voz sonora y tonante de Teodorico, el señor del castillo, penetró en la estancia acompañada de una carcajada. Roberto se movió intranquilo. Aquel gigante que era su padre le atemorizaba. Sabía que su comentario en la mesa no le habría sido grato y tendría que dar cuenta de él antes de terminar la noche. Durante un buen rato permaneció apretando su frente contra la ventana. De pronto se enderezó y se dijo:

– ¡Bueno! Mantendré lo dicho. Alguna vez tenía que salir a luz la verdad. Lo mismo da esta noche que otro día...

¹ Extractamos aquí las exquisitas páginas del libro de M. RAYMOND, *Tres monjes rebeldes*, Herder, Barcelona 1981, 19–34.

Y apretó con sus manos el cinto de cuero.

Así le encontró su madre al regresar a la estancia después de despedir a sus huéspedes. Le observó un momento mientras el mozo elevaba sus ojos al cielo. Sobre el cielo azul oscuro del crepúsculo, los trazos firmes del mentón y la mandíbula de Roberto parecían un bajorrelieve. Ermengarda pensó que su hijo se iba haciendo hombre con gran rapidez, y, suspirando, se dijo:

Los niños se hacen mozos y los mozos se convierten en hombres sin que nos demos cuenta... Roberto se parece cada vez más a su padre... Va a ser altísimo – murmuró con orgullo.

Como Roberto no se había movido, se aproximó a él cautelosamente y, poniéndole las manos sobre los hombros, le preguntó:

– ¿Se ha vuelto soñador mi niño?

El chico se sorprendió al sentir su contacto, pero al oír la voz materna tendió los brazos y dejó que los de Ermengarda rodearan cariñosamente su cuello.

¡Mira, madre! – exclamó, señalando el argentino fulgor de la estrella que brillaba solitaria en el amplio pecho del atardecer.

Es hermosísima, pero está sola... Terriblemente sola... Parece perdida, ¿verdad?

Ermengarda apoyó la mejilla sobre el hombro del muchacho:

– ¡Soñador!... ¡Poeta!... ¿Qué va a ser de ti, hijo mío?

El brazo de Roberto enlazó a su madre por la cintura, mientras respondía a su pregunta con un guiño travieso:

– Tus palabras son exactas, madre, pero no el orden en que las has pronunciado. Deberías haberme preguntado lo que padre me

va a preguntar en cuanto vuelva. Deberías haber dicho: «¿Qué es lo que va a ser, hijo mío?» ¡Ya verás con qué tono me lo pregunta!

Apenas pronunciada esta frase, Teodorico irrumpió en la sala, exclamando con su gran voz:

– Ermengarda: dice mi hermano León que su cosecha ha sido igual que la nuestra, es decir, tres veces mayor de lo corriente. La verdad es que vamos a reponemos de los tres últimos años de...

Se interrumpió y su mirada se detuvo sobre Roberto. El fulgor de sus negros ojos cambió. Frunció el ceño y retrajo la barba hasta el pecho. Aquel gesto feroz era el que Ermengarda llamaba «tragarse a sí mismo en su encrespada barba negra». La castellana sonrió para sí mientras su esposo carraspeaba ruidosamente, se dirigía hacia la chimenea y añadía un grueso tronco al fuego, pormenores que siempre consideraba preliminares necesarios para abordar cualquier tema importante. ¡Qué hombre tan transparente resultaba el gigantesco caballero!

Mientras calentaba sus manos a la lumbre, Teodorico habló:

– Roberto, hijo mío, esta tarde has hecho a tu primo una observación que no he comprendido.

Ermengarda advirtió la tensión de su hijo:

– Quisiera comprenderla, hijo, y comprenderla del todo ¿Qué has querido decir con eso de que nunca serás armado caballero?

Roberto se agarró nervioso a la mesa. De cualquier manera y desde cualquier punto de vista que se le mirara, su padre era un hombre de extraordinaria corpulencia; pero visto en aquel momento sobre el fondo de las inquietas llamas del hogar, su figura parecía mayor que nunca. La estancia se inundó de silencio. Roberto sentía la garganta terriblemente seca. Sabía que toda la ilusión de su padre se cifraba en el día en que su único vástago fuese armado caballero

de Champagne; sabía que soñaba con el momento en que ambos pudieran dirigirse juntos – armados hasta los dientes y llenos los dos de fortaleza y valor temerario – a un torneo o a la guerra. Como no dudaba del cariño de su padre, Roberto no temía sus relámpagos de furor, pero le acongojaba la idea del dolor que iba a producir a aquel bondadoso gigante al decirle la verdad. Teodorico interrumpió sus pensamientos con un impaciente: «Bueno, ¿qué?», pronunciado al mismo tiempo que el último leño arrojado a la lumbre saltaba y crepitaba muy fuerte, lanzando un surtidor de chispas relucientes que cayeron en arco sobre el pavimento de piedra.

Aquellos sonidos repentinos sobresaltaron visiblemente a Roberto, pero al mismo tiempo aquel involuntario sobresalto le proporcionó, paradójicamente, el dominio de sí que ansiaba. Sus músculos se relajaron. Y aunque seguía con las uñas clavadas en las palmas de las manos, su voz y su mirada eran firmes al responder:

– Señor, dije lo que siento. Yo nunca seré armado caballero porque conozco una forma de caballería más noble y elevada.

– No sé cuál podrá ser – replicó Teodorico sondeando con sus ojos negríssimos los ojos pardos de su hijo.

– La forma más elevada de caballería en este mundo, señor. ¡La caballería de ser valeroso con Dios!

Al pronunciar la última palabra, Roberto levantó la cabeza, elevó los hombros y miró a su padre con una mirada casi retadora.

Ermengarda contuvo la respiración al dirigir la mirada desde la erguida cabeza del muchacho a la hundida barbilla de su esposo. Teodorico se dio cuenta, y deliberadamente volvió la espalda al mozo, dedicando toda su atención a empujar con la bota unas cuantas brasas que habían caído fuera del hogar. Después, con forzada calma, se trasladó hasta el sitio ocupado por su esposa.

– ¿Quieres sentarte, hijo – dijo, señalando un escabel –, y explicarte con más claridad? Yo conozco sólo una caballeridad digna de los nobles de Champagne. ¿En qué consiste esa más elevada que tú afirmas conocer?

Su tono era más profundo y su voz más suave; pero Roberto, al contemplar aquellos ojos negrísimos, halló en ellos el mismo destello.

– Si me dais vuestra venia, señor, prefiero quedarme en pie – repuso el hijo, apartándose de la mesa y dirigiéndose a la chimenea. Después se volvió y quedó de frente a sus padres. Las llamas, danzantes, hacían pasar sobre sus decididas facciones los reflejos más curiosos.

Estudiando aquellas facciones, Teodorico comprendió de pronto que hablaba con un hombre, no con un chiquillo. Miró a Ermengarda y vio que tenía sus manos cruzadas sobre el regazo. Su actitud denotaba la calma más perfecta. Se alegró de haberla mirado, porque su compostura le hizo sentirse más seguro de sí. Al levantar la cabeza un instante después, no le sorprendió descubrir una fugaz sonrisa en los labios de su hijo.

– ¡Bueno! – exclamó Teodorico mientras Roberto, al parecer, esperaba una invitación para hablar.

– Señor: ¿creéis que soy tan fornido como mi primo Jacobo?

Teodorico asintió con un gesto.

– ¿Y que monto a caballo con tanta soltura y gallardía como él?

El padre volvió a asentir:

– ¿Y que puedo justar con la misma destreza que mi primo Jacobo? Le he desmontado dos veces, rompiendo unas lanzas en nuestro propio patio.

Preguntándose adónde iría a parar su hijo, asintió por tercera vez.

– Mi primo Jacobo recibió el espaldarazo en Troyes la semana pasada. Esta tarde le hemos ofrecido un banquete para honrarle y mostrarle nuestro júbilo. Yo no le envidio. Tampoco temo la Caballería ni cuanto supone el ser armado caballero. Pero he tenido dos motivos para no ser armado la semana pasada. Uno, la edad; otro – añadió, poniéndose la mano sobre el corazón –, éste.

El rostro del muchacho pareció iluminarse al añadir:

– Señor: quiero ser un valeroso servidor de Dios. Quiero hacerme monje.

– ¿Qué? – rugió Teodorico. El trueno de su voz resonó en todo el castillo.

Roberto se sonrojó, pero sus ojos conservaron la fijeza de mirada. La exclamación paterna no le sorprendió lo más mínimo. La esperaba. La semana anterior había prometido a su madre no decir nada a Teodorico antes de que terminara el año. ¡Y apenas comenzaba noviembre, y ya lo sabía...! A pesar de su ansiedad, el muchacho se sintió aliviado. Y antes de que su padre se recobrara de la sorpresa, decidió seguir diciendo:

– Señor: yo he sido educado por los monjes, de quienes he aprendido algo más que el *Trivium* y el *Quatrivium*. De ellos aprendí esa otra forma de hidalguía. Fue mucho, señor, lo que vos disteis a los pobres y a los hambrientos durante estos tres años últimos de escasez. También hizo mucho por ellos mi tío León al otro lado del Sena. Me siento orgulloso de la sangre que llevo en mis venas. Pero – añadió con vehemencia – ¡los monjes dieron más que vos, señor!

Teodorico estaba atónito. Nunca hasta aquel momento había oído hablar de aquella manera a su hijo, que parecía inflamado e inspirado al proseguir:

– Durante los tres años últimos – dijo Roberto – las puertas de San Pedro de la Celle estuvieron abarrotadas de pobres. Ni uno solo se separó de ellas con las manos vacías. Para que esto sucediera, ¡los monjes se morían de hambre! ¿Me oís, señor? ¡Morían de hambre y de necesidad!

Roberto hizo una pausa y prosiguió:

– Viendo aquello, comprendí que no es menester vestir la cota de malla o empuñar el hacha de combate para ser valiente. ¡Entonces comprendí que existe una caballería más grande que la Caballería misma!

El tono de Roberto se hizo más profundo.

– Desde entonces, señor, he orado mucho y he consultado a mis maestros. Los monjes están dispuestos a recibirme. Madre consiente en que vaya. Confieso mi cobardía al no habérselo dicho antes, padre mío, pero ahora os suplico vuestro perdón, vuestra bendición y vuestro consentimiento.

Las últimas palabras salieron precipitadas de su boca. Era el discurso más largo que jamás pronunciara ante su padre. Sabía que su confesión había sido temeraria, y ahora se sentía un poco avergonzado. Sentía la tentación de recurrir a la ayuda de su madre, pero decidió conservarse en su terreno y sostener por sí solo su actitud. Le pareció descubrir en los labios de su padre – ocultos por la espesa barba – un gesto de perplejidad. Apretó los puños y esperó su reacción.

– ¿Quién inculcó semejante idea en tu cabeza? – preguntó Teodorico. ¿Tu madre o los monjes?

– Ni una ni otros.

¿Quién entonces? – volvió a preguntar Teodorico con tono más áspero.

¡Dios! – exclamó rotundo el mozo, cuya voz resonó en la estancia con la misma contundencia que el golpe de una espada en un escudo. Más aún: produjo el efecto del choque de una catapulta. La solemne palabra no encontró eco. Al contrario, el silencio de la estancia se hizo abrumador.

Teodorico cambió de postura, aproximándose al respaldo del sitial ocupado por su esposa. La respuesta dada por su hijo le había sorprendido sobre manera, aunque menos quizá que el descubrimiento del fuego que ardía en lo profundo de aquellos ojos pardos que tan fijamente le seguían mirando.

Sólo se oía el suave crepitar del fuego y el murmullo de los leños y de las brasas lamidos por las llamas.

Teodorico había quedado atónito ante la declaración de su hijo. Roberto era el sol de su vida. Le quería con locura y con frecuencia se vanagloriaba ante los demás nobles del cumplido caballero que llegaría a ser. Las ceremonias presenciadas la semana anterior y el banquete recién celebrado en honor de su sobrino le habían hecho acariciar una áurea visión: su hijo postrado a los pies del conde Champagne y rodeado de los demás caballeros del reino para recibir el espaldarazo de su señor. En cambio, el cuadro que le hacía evocar el anuncio que su hijo acababa de hacerle – el hermoso adolescente con la cabeza rapada y la cogulla – no le resultaba atractivo en absoluto. Aunque sentía hervir la cólera en su alma, supo dominarla, por dos motivos: la presencia gentil de su esposa y el tono de voz en que su hijo había pronunciado la última palabra.

Apartándose del sillón de Ermengarda, Teodorico hizo señal a su hijo invitándole a acomodarse en el cojín que se hallaba a los pies de su madre. Él siguió en pie ante la chimenea.

– Siéntate a los pies de tu madre, Roberto. Todo este asunto requiere más explicaciones de las que has dado. Dices que Dios te sugirió esa idea. ¿Puedo preguntarte cuándo lo hizo?

El muchacho se asombró de la calma que denotaban la voz y los modales de su padre.

– Sería muy difícil precisarlo, señor – respondió. En realidad creo que esa tendencia ha existido siempre en mí.

– ¡Ah! – exclamó Teodorico con satisfacción. Entonces sólo se trata de una tendencia. Entonces, Dios no te ha hecho manifestaciones personales y directas de ninguna clase, ¿eh? Eso, hijo mío, cambia mucho las cosas.

Roberto trató de ponerse en pie, pero se lo impidió el gesto de su madre al ponerle la mano en el hombro.

– Ten calma, hijo – le aconsejó. Tu padre tiene razón. Es preciso aclararlo todo.

– ¿No sabes, hijo mío – comenzó Teodorico –, que todos prácticamente, nos hemos visto asaltados por esa ocurrencia en alguna época de nuestra juventud? ¡Yo mismo sentí ese mismo deseo!

Se echó a reír alegremente y prosiguió:

– No creo que tu madre pueda negar que aquello no pasó de ser una pura fantasía. ¿Puedes imaginarme a mí de monje, Ermengarda?

De nuevo la ancha risa de Teodorico resonó en la estancia. Ermengarda sonrió con dulzura, pero Roberto se revolvió inquieto sobre el cojín. Teodorico le observaba atentamente. Había esperado que una sonrisa iluminara también el rostro de su hijo. Verle serio le inquietó. Teodorico se impacientaba ante la oposición, pues muy pocas veces la había sufrido: sus siervos eran siempre obedientes, y los señores sus vecinos, respetuosos. La actitud adoptada por su hijo le hacía hervir la sangre.

Puesto que no existía alguna manifestación expresa de Dios, Teodorico creyó que la atracción del claustro sentida por su hijo no era sino una fase pasajera de su edad, y se dispuso a terminar aquella conversación antes de que se hiciera penosa. Con el tiempo, Roberto vencería aquella obsesión juvenil y algún día sentiría el orgullo de ser un caballero de Champagne. Conservando la ligereza de su tono anterior, dijo:

– Tienes los hombros demasiado anchos y los muslos demasiado fuertes para ocultarlos con una cogulla, muchacho. Dios te ha proporcionado un magnífico cuerpo de guerrero. Tu puesto está encima de un caballo de guerra, empuñando el hacha o la lanza.

– ¿Acaso el claustro es sólo para los enclenques? – se atrevió a objetar Roberto, desafiante.

– Claro que no – se apresuró a responder su padre. Pero los verdaderos guerreros son para el mundo – añadió, tratando de estimular el orgullo de su hijo, exaltando la profesión de las armas. Tú serás un gran guerrero. Me lo dicen tus ojos. Tienes algo más que una espléndida presencia física. ¡Posees el fuego en el alma!

La expresión lejana de Roberto desilusionó al padre, aunque sirviera para demostrarle que no conseguiría nada por aquel camino. Por ello, con aire de mando y confianza, dijo:

– Pero vamos, vamos... Se está haciendo tarde y es hora de que los jóvenes descansen. ¡Ya se te pasarán esas fantasías!

– Señor – exclamó de pronto Roberto, incorporándose a pesar de la presión de la mano de su madre, que trataba de evitar lo hiciese –, no son fantasías y no se pasarán. ¡Ya no soy un niño!

El joven temblaba. Su semblante aparecía mas encendido que nunca. Se había plantado ante su padre con los puños apretados y le miraba cara a cara.

Nunca hasta entonces había visto Teodorico soliviantado a su hijo, y le miró sorprendido. Percibió el temblor de sus labios, sus brazos y sus manos. Comprendió que era él quien había provocado la furia del muchacho, y en aquel momento no supo qué hacer ni qué decir. Una palabra inadecuada podía desencadenar su cólera contenida; un gesto equivocado, herir su corazón joven e impulsivo. Se limitó a resistir la centelleante mirada de su hijo con la suya firme y tranquila.

Al saltar Roberto de su cojín, Ermengarda se levantó de su sitio, se aproximó a su hijo, le rodeó lentamente con sus brazos y le dijo, sonriente:

– Puede ser que tu padre haya olvidado que el tiempo vuela, hijo; pero si te dedicas a saltar como lo has hecho, no podrá olvidar que ya no eres un niño, como dices.

Mas ni siquiera la dulzura de la madre pudo salvar el abismo que entre padre e hijo parecía haberse abierto.

– Padre – dijo Roberto con el tono más sincero –, sentiría en el alma haberme mostrado irrespetuoso, pero me gustaría – y el resuelto tono anterior reapareció en su voz – que recordaseis que tengo tres años más que Theofilactyco, que, según dice tío León, va a ser elegido Papa.

Roberto no pudo decir cosa peor. Si hubiera sacado la espada para atacarle no le habría herido más profundamente que con aquella alusión al Papado. Teodorico era un alma vibrantemente católica. Nada le preocupaba tanto como las circunstancias que atravesaba la Iglesia. Le producía gran inquietud ver que la casa de Tusculum dominaba el trono papal. Cuando en 1024 murió Benedicto VIII, y su hermano Romano fue elegido para sucederle a pesar de ser seglar Teodorico montó en cólera. Pero Romano, bajo el nombre de Juan XIX, aun sin ser un Pontífice santo, había sido moralmente limpio. Había muerto la semana anterior, y cuando llegó

a oídos de Teodorico la noticia de que su sobrino Theofilactyco – de doce años a la sazón iba a sucederle en la Silla de San Pedro, su furia se desbordó. El que su propio hijo tomase como argumento en aquel instante el deplorable episodio, hizo que su sangre se le helase en las venas. Sus ojos negros se convirtieron en dos pequeños carbones encendidos. Señaló la puerta a su hijo, diciéndole con sequedad una sola palabra:

– ¡Vete!

Roberto había percibido con asombro la transformación operada en su padre. Era lo suficientemente agudo para comprender que aquella severidad fría era mucho más peligrosa que cualquiera de sus estrepitosos enfados. Verdaderamente estupefacto salió de la estancia para dirigirse a su aposento. No sabía qué le pasaba a su padre, pero deseaba no volver a contemplar en su vida aquellos carbones relucientes que eran sus ojos.

Una vez que Roberto salió, Ermengarda atravesó la sala, tomó a su esposo por el brazo y le dijo:

– Sentaos, mi señor; tenemos muchas cosas de qué hablar.

Teodorico se hallaba poseído todavía de aquel frío furor que le invadiera ante la mención del nombre de Theofilactyco.

– Teodorico – comenzó Ermengarda, con suavidad –, la alusión de vuestro hijo ha sido desdichada. Pero Roberto os ama profundamente, señor. Os adora y respeta, y por nada del mundo sería capaz de heriros. Por eso no me dejó que os hablase antes de este asunto de su vocación religiosa. Sabía cuáles eran vuestras esperanzas respecto a él y no quería defraudaros.

Teodorico, sentado, con los codos sobre las rodillas y la mirada ausente, perdida entre las llamas rojiazuladas que se agitaban en la chimenea, parecía no oír la voz de su esposa. Ermengarda

esperaba una reacción, y al no obtenerla, decidió utilizar una vieja estratagema: inducirle a discutir. Así, prosiguió:

– Desde luego, Roberto ha sido quien ha llevado la mejor parte en la discusión de esta noche.

Teodorico levantó los ojos del fuego, clavándolos en ella.

– Sí –insistió Ermengarda –; la mejor parte. Él tenía argumentos firmes y vos os habéis limitado a vuestras afirmaciones.

– ¿Qué quieres decir? – preguntó Teodorico. ¿Vas a insinuar que no hice bien al decirle que todavía es un chiquillo?

– A mí no me ha parecido tan chiquillo hace un momento, cuando os sostenía con firmeza la mirada. Ermengarda sonrió evocando la escena:

Más bien parecía un guerrero. ¡Sus palabras eran las de un conquistador!

– Desde luego, físicamente está muy crecido para su edad – concedió Teodorico refunfuñando. Pero no debemos olvidar que sólo tiene quince años.

– Ese es uno de vuestros errores, señor mío, porque Roberto tiene algo más que eso.

– Estamos en 1033 – contestó Teodorico, irónico –, y nació en 1018. Según mis escasos conocimientos matemáticos, cuenta sólo quince años nada más.

Ermengarda aproximó su escabel al de su señor.

– Matemáticamente estáis en lo cierto, amado señor mío, pero los años pueden contarse de más maneras. ¿Cuál es la edad del alma de Roberto?

– La misma de su cuerpo. Quince años. Ni uno más.

– Seguís cometiendo un error, Teodorico. Olvidáis la lluvia, mi señor – prosiguió con un repentino cambio en la voz y en el semblante. El sol madura los frutos. La lluvia madura los hombres. Tres años sin sol, de escasez ininterrumpida, trajeron el hambre; el hambre trajo la muerte; la muerte abrió a la vida los ojos de los hombres. Los hombres han madurado más de prisa en estos tres años últimos de lo que normalmente lo hubieran hecho en treinta de buen tiempo. ¡Se han orientado hacia Dios!

Las inquietas llamas del lar lanzaban a las ennegrecidas vigas del techo unas sombras fantásticas que se elevaban o caían con vida propia y nerviosa. Teodorico levantó la cabeza, las contempló un instante. Y murmuró:

– ¡Se han orientado hacia Dios!.... Es una frase, y, sin embargo, es perfectamente expresiva. La lluvia ha vuelto, en efecto, a los hombres hacia Dios. Pero... – insistió – Roberto no es un hombre. Es demasiado joven todavía para haber sido afectado por la horrible prueba de que Dios acaba de librarnos. La juventud toma la tragedia lo mismo que el placer, sólo como una cosa pasajera.

No conocéis a vuestro hijo, Teodorico – dijo Ermengarda con crudeza. En Roberto no hay nada superficial. Su alma es profunda y su mente está madura. Después del debate de esta noche, no debéis dudarle. Dos veces por lo menos os ha dejado sin saber qué contestarle.

Teodorico asintió:

– Sí, dos veces por lo menos. Me ha asustado. Cuando dijo que Dios le había puesto la idea en la cabeza, me dejó intranquilo. Creí que hablaba de alguna revelación especial.

– ¿Qué es lo que esperabais? ¿Creíais que había sido derribado de su caballo como San Pablo?... Reconoced, Teodorico, que nuestro hijo es físicamente un magnífico garzón, ¿no es cierto?

– Desde luego. Está altísimo para su edad y promete ser un hombretón fornido.

– Muy bien. Eso quiere decir que posee los requisitos físicos exigidos para la vida monástica. Es sano y fuerte. En cuanto a sus cualidades morales, no hay siquiera que mencionarlas. Es tan bueno como el pan. ¿Habéis sorprendido alguna vez en él un detalle de maldad?

– Es terco, y en algunas ocasiones vehemente en exceso. La forma en que ha argumentado esta noche me dejó varias veces sin respiración. Pero lo más grave es su terquedad.

– ¿Sería hijo de su padre si no fuese obstinado?... Además, señor mío, la terquedad es una bendición. Ningún hombre llegó jamás a parte alguna sin obstinarse en ello. Pero vos dais un sentido equivocado a la terquedad. No se trata de un vicio, sino de una virtud. Su verdadero nombre es «fuerza de voluntad» o «persistencia». ¡Y Roberto la posee! ¿No reconocéis ahora que nuestro hijo tiene las cualidades morales necesarias?

Los dientes de Teodorico brillaron entre sus labios:

– En bien de la discusión, lo admito – dijo. Ermengarda se alegró al ver aquella sonrisa y siguió hablando:

– Respecto a su habilidad mental, ya habéis visto una buena muestra esta noche. Sus estudios han sido brillantes. No se puede decir que sea un genio, pero está por encima del nivel normal en los escolares de su edad. Así. pues, señor mío, al concederle las cualidades físicas, morales e intelectuales necesarias, amén de un ardiente deseo de dedicar su vida al claustro, Dios ha manifestado con tanta claridad sus divinos planes, como si le hubiera derribado del caballo hablándole desde el cielo. Cualquier sacerdote os dirá que todas éstas son señales evidentes de una auténtica vocación.

– ¡Pero es demasiado joven! – insistió Teodorico. ¿Qué sabe de la vida? ¿Qué sabe del claustro? ¿Qué sabe de sí mismo?... ¡Quince años no es edad de abandonar la vida, cuando ni siquiera se ha probado su sabor!

– ¡Qué vergüenza! – repuso su esposa. ¡Qué vergüenza para Teodorico, para el gigante de Champagne!... En primer lugar, mentalmente, Roberto tiene más de quince años. En segundo lugar, quienes ingresan en el claustro no abandonan la vida. Y por último, lo que los hombres llamáis «probar el sabor de la vida», es apurarla hasta las heces. ¿Cómo decís eso, señor? Un muchacho nunca es demasiado joven para aprender los hábitos del guerrero; nunca es demasiado pequeño para aprender a montar, a justar, a matar. Eso, no. En cambio, existe una profesión para la cual puede resultar demasiado joven. ¡Solamente una...! Es curioso que quien nunca es demasiado joven para entrar al servicio de su soberano temporal, lo sea en cambio para entrar a servir a su Rey Eterno.

– ¡Para entrar a servir a su Rey Eterno, un hombre tiene que ser un hombre! – tronó Teodorico.

– San Benito admitía niños.

– ¡San Benito murió hace mucho tiempo! – gritó, enfadado, el caballero. Desde su muerte hasta nuestros días el mundo ha cambiado mucho. Cuando San Benito vivía, el mundo era bárbaro. El Imperio romano había caído. Podrido por dentro, asediado por tribus salvajes desde fuera, su ruina era inevitable. Y la Iglesia no se hallaba en mejores condiciones que el Imperio. Desgarrada por los cismas, asediada por las herejías, también parecía al borde de la ruina. ¡No es extraño que San Benito volara a Subiaco! ¡No es extraño que permitiera a los nobles ofrecer al Señor a sus recién nacidos! El claustro parecía el único lugar en que un hombre pudiera salvar su alma. Pero de eso hace ya quinientos años. Hoy es muy distinto. Fijaos en nuestra Tregua de Dios. Fijaos en nuestra

Caballería ¡Fijaos en lo que vos misma habéis denominado orientarse hacia Dios!

Ermengarda se echó hacia atrás, ladeó un poco la cabeza y con el más leve de los entrecejos repuso:

– Llegáis a intrigarme, Teodorico. No creo que exista en todo el reino un noble más fiel a la Iglesia, y, sin embargo, os oponéis a que vuestro hijo forme parte de ella.

Teodorico se acercó al fuego y echó otro leño sobre los que ardían. Observó un instante las lenguas rojas y amarillas lamer glotonas los flancos de su nueva presa y se volvió hacia su esposa:

– Ermengarda, amada mía, precisamente porque soy tan fiel a la Iglesia y a mi hijo, me opongo. No quiero que nuestro heredero cometa un error.

– ¡Ya! ¡Si nunca comete errores; nunca hará nada! Errar es humano. Equivocarse no es un crimen. La tragedia consiste en no saber remediar los errores.

Ahí iba yo a parar – interrumpió cortante Teodorico. No me asusta que Roberto cometa una equivocación. Lo que me asusta mortalmente es que sea una equivocación. Ya conocéis un poco nuestro mundo, señora. Ya sabéis que entre las filas del clero hay muchos que jamás debieran haber conocido un claustro por dentro... Ya, ya sé lo que vais a decir – añadió rápidamente antes de que Ermengarda replicara. Es completamente vergonzoso que muchos hayan sido nombrados obispos y pastores sólo para satisfacer la ambición de los nobles en lugar de la voluntad de Dios. La investidura laica es una maldición. La mayoría – por no decir todos los escándalos de la Iglesia – proceden en realidad de los reyes, de los condes, de los emperadores y de los duques, que toman los báculos y los anillos como emblemas de poder, antes que como emblemas de la autoridad eclesiástica. No quieren que quienes regentan esos cargos sean pastores, sino ladrones que rellenen sus

insaciables bolsas. Os lo garantizo. A pesar de lo que he dicho sobre su progreso, la Iglesia no es pura como la nieve. Pero lo que yo quiero decir es que no existe nada más lamentable en nuestra patria que el error en la apariencia clerical.

– Roberto no...

– Ya sé que Roberto no representaría un error de esta clase, pero, francamente, le temo a su edad. No quiero que el muchacho sea engañado. No quiero que vaya por la vida con la cicatriz de un horrible fracaso en el alma que le recuerde siempre la locura de su juventud.

– Roberto no fracasará.

– ¿Qué os hace estar tan convencida, esposa mía? – preguntó Teodorico con una nota muy patente de incredulidad en la voz. ¿Os dais cuenta de todo cuanto exige el claustro?... Exige los hombres más nobles y lo más noble del hombre. Exige gran resistencia física y una sorprendente singularidad de propósito. En el claustro sólo pueden alcanzar éxito quienes poseen la visión inflexible de una invencible fe. Tienen que contemplar fija e ininterrumpidamente a Dios, amada mía. Si, ininterrumpidamente y a Dios. Y mucho me temo que la mayoría de los hombres sólo posean ojos de murciélago ante ese sol tan fuerte. Los que quieran ingresar en el cenobio, necesitan ojos de águila.

– ¿Y creéis que nuestro hijo sea ciego?

– ¡De ninguna manera! Lo único que pongo en duda es que tenga los ojos completamente abiertos a los quince años.

– Es por lo menos la decimoquinta vez que os referís a Roberto y a sus quince años. Pero, por última vez, yo os repito que es mucho mayor que eso. En el claustro, lo que se necesita no es una edad determinada, sino ¡la madurez! Y Roberto está maduro. El hombre está verdaderamente maduro cuando se percata de que

pertenece a Dios. Y esa lección fue enseñada a la fuerza por la lluvia. Francia se ha orientado hacia Dios, Teodorico, porque la falta de sol abrió nuestros ojos para la Luz del mundo. Vamos, contemplad la realidad cara a cara.

Con estas palabras, Ermengarda se levantó de su asiento, se aproximó a su esposo y con ojos suplicantes le dijo:

– Mi señor, yo os lo aseguro; nuestro hijo ha nacido para el claustro. No cometerá ningún error. Él mismo no representará ningún error. Dios nos le ha dado. Devolvámosle a Dios.

– Teodorico no respondió, lo que permitió a su esposa añadir:

– La Caballería se extiende por el mundo. Dejemos que nuestro hijo la lleve al claustro. Permitidle dedicarle su hidalguía a Dios.

A Teodorico le sobresaltó la seriedad de su esposa. Lentamente, la estrechó sobre su corazón e inclinando su cabeza hasta su oído. Le dijo:

– Amada mía, nunca me habéis dicho si hay algo de verdad en la conseja que relatan nuestros siervos en voz baja. Dicen que unos meses antes de que naciera nuestro hijo, la Santísima Virgen se os apareció y habló de desposar al fruto de vuestro seno.

Ermengarda se estrechó más contra él.

– La anciana esposa de Ulrico, el más viejo de nuestros vasallos, dice que la Virgen puso un anillo en vuestro dedo como símbolo de los sagrados esponsales. ¿Acaso es por eso por lo que decís que Roberto ha nacido para el claustro?... ¿Es por eso?... ¿O esa piadosa leyenda se debe sólo a la simplicidad de los siervos?

El fuego convertido en rescoldo agonizaba. Ni una sola llama danzaba en el hogar. Ni una sombra se reflejaba en la pared.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que Ermengarda repusiera:

– ¿Sabéis cuándo un sueño deja de ser sueño, amor mío? Teodorico se echó un poco hacia atrás para mirarla: – No lo sé. Decídmelo – le suplicó.

– Cuando es una visión – repuso ella.

Los ojos de Teodorico expresaban una dulzura que su hijo nunca había visto en ellos. No pudo hablar, pero arrodillándose, besó las manos de su esposa.

Ermengarda se inclinó hacia él sonriendo:

– ¿Por qué hacéis eso si en realidad no he contestado a vuestra pregunta? Tal vez sólo *fuese* un sueño, pero si lo fue, ¿no creéis que resultó hermosísimo? ¿Podrías imaginar nada más celestial para una madre encinta? Si fue otra cosa que un sueño, ¿no estaría obligada a guardar el secreto de la reina? Venid, mi señor, retirémonos. Nuestro hijo irá a San Pedro a ofrecer su bravura a Dios.

Y llevó a su esposo fuera de la estancia, donde el reflejo del fuego mortecino no tardó en apagarse, mientras la luna de noviembre lanzaba sus pálidos rayos sobre el pavimento.

Al cruzar ante el aposento de Roberto, no pudieron sospechar que se hallase todavía despierto y de codos en el alféizar de la ventana. En un principio, su propósito no fue otro que el de respirar el aire fresco de la noche; pero pronto el sonido de los cascos de un caballo al trote le hicieron pensar en su primo Jacobo con su flamante título de caballero. Luego, esforzó sus ojos mirando hacia el Norte, como si desease percibir a través de la distancia las espadañas de San Pedro. Pensó que allí le aguardaba otra forma más noble de Caballería. Necesitaba convencer a su padre de que debía ingresar aquel mismo año. ¡Tenía que hacerlo! Gradualmente, y bajo

el influjo de la noche, la calma fue volviendo a su espíritu. Cuando sus padres pasaron delante de su puerta, se maravillaba de la multitud de estrellas que habían seguido a la aparición del lucero vespertino. El sonido de sus pasos le hizo descender del esplendor de los cielos.

Mientras se quitaba el jubón, se preguntó qué habría dicho su madre a su padre. Al arrojarlo sobre un mueble, murmuró decidido:

– Pues bien: ¡no seré armado caballero! Y tanto si lo admite padre como si no lo admite, ¡existe una caballeridad más noble!

Después de descalzarse, volvió la espalda a las estrellas y se puso de hinojos junto a su lecho.

Capítulo II

¿Qué es la vocación?

La vocación sacerdotal o religiosa es un misterio, un enorme misterio como todos los de Dios; y eso no sólo para la multitud de los hombres, sino sobre todo para el mismo sujeto que la recibe.

Se trata de un enigma. Es un diálogo entre la creatura y el Creador, un extraño designio que no termina de inquietar al alma hasta que se resuelve.

Hemos querido, antes de entrar a analizar los modos como alguien puede ser llamado a la vida sacerdotal o religiosa, dar algunas nociones acerca de lo que la vocación² significa, una pincelada inicial que hará de base para todo lo que sigue.

1. Las vocaciones de Cristo

“La historia es maestra de la vida”, según la certera frase de Cicerón, ¡y lo sigue siendo hoy en día!, es por ello que conviene recordar antes de seguir, un episodio ocurrido hace más de dos mil años, en una lejana región de Judea.

Contemplemos los personajes: se trata de un joven emprendedor y de un maestro ambulante que todo lo hacía bien³:

– Maestro bueno, ¿qué haré para salvarme? – fue la ansiosa pregunta de un joven adinerado, de influencia entre los suyos, y que había vivido seriamente hasta entonces.

– Guarda los mandamientos – fue la respuesta del taumaturgo.

– Los he cumplido todos desde mi niñez, pero dime... Todo tiene como gusto a poco... ¿qué más me queda por hacer?

Con una hermosa mirada, el Maestro lanzó una amorosa sonrisa y respondió:

² Tratándose éste de un trabajo dedicado a la vocación sacerdotal o religiosa, aclaramos que, en adelante, cuando nos refiramos a “la vocación”, lo haremos respecto de aquélla y no a la otra tan importante como lo es la del matrimonio católico.

³ Cfr. Mc. 10,17-31.

– Una sola cosa te falta: anda, vende todo cuanto tienes y dáselo a los pobres; de este modo tendrás un tesoro en el cielo; una vez hecho esto, ven y sígueme.

El mundo se detuvo. Continuó un momento de angustia, de turbación; era imposible para un joven de tal calibre no sentir la fuerza y la dulzura de esa mirada. ¡Cómo se habrá llenado su corazón de tiernos y viriles afectos hacia aquel extraño hombre! ¡Él se daba cuenta de que lo amaba y que ahora le pedía algo más! Sin embargo, narra el cronista “el joven, entristecido, se fue muy afligido, pues tenía muchos bienes”.

Releamos lentamente el hermoso episodio de Nuestro Señor y este ansioso joven: Jesús veía algo en él, lo invitaba a algo más, lo llamaba a la perfección: “*Una cosa te falta aún...*”; faltaba embarcarse en el seguimiento más cercano de Cristo; debía renunciar a sus bienes, a las “seguridades” del mundo, esas grandes ataduras... No se trataba de dejar algo necesariamente malo por algo bueno, sino de abandonar, por amor a Él, su propio amor, su propia voluntad: sólo había que hacer un acto de arrojo, un salto mortal, sólo un paso más.

Luego de la respuesta, todo pareció desmoronarse... La respuesta lo turbó: “*sígueme...*”. Ese buen joven, que vivía según Dios, que cumplía los mandamientos no se animó a dar el último paso; quien había llegado alegremente pronto se alejó apenado y cabizbajo...

Son los misterios de Dios; los misterios de sus llamados y las respuestas que el hombre da a sus invitaciones.

No todos, sin embargo, actuaron igual. Hubo otros casos en esa misma época, como los de Pedro y Andrés o Santiago y Juan:

– Caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban las redes en el mar, y les dijo : «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». Y ellos *al instante*, dejando las redes, lo siguieron. Más

adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre arreglando sus redes; y los llamó. Y ellos *al instante*, dejando la barca y a su padre, lo siguieron⁴.

“Y ellos, *al instante* lo siguieron...”.

A diferencia del caso del Joven rico, estos últimos no habían ido a buscar al Maestro; estaban haciendo sus quehaceres, sin embargo rápidamente lo siguieron; bastó con que les dijera: «Venid y seguidme», y ellos, los pobres trabajadores, dejando todas sus cosas, se abandonaron al llamado del Redentor.

He aquí distintas vocaciones; pedidas, ofrecidas, aceptadas y rechazadas. Con el paso de los años, la historia se ha repetido; ¡Cuántas llamadas! ¡Cuántos ofrecimientos por parte de Dios!

Si bien Dios continúa invitando a los hombres a un seguimiento más íntimo, no todos perciben Su voz. ¿Por qué? Por una parte, está el misterio de la libertad humana; por otra, hay una gran ignorancia de lo que la vocación a la vida sacerdotal o religiosa significa.

Adentrémonos suavemente en este misterio.

a. La vocación en general

Dentro del plan divino que conduce todas las cosas y especialmente al hombre de modo libre hacia el fin, hay distintos llamados o “vocaciones” de parte de Dios:

– Primeramente, *el llamado al ser* que resulta común al hombre y a todo lo que es en la realidad: los pájaros, las plantas, las flores, etc.; este llamado es el paso del no-ser al ser, de la pura posibilidad a la actualidad.

⁴ Cfr. Mt. 4,18-22.

– *El llamado a una vida eterna*, común a todos los hombres, que por ser hombres, buscan una felicidad que nunca termine.

– *El llamado a un determinado estado de vida*, por el cual Dios llama a algunos al matrimonio y a otros a la vida consagrada.

Es este último el que ahora nos interesa y del cual hablaremos en adelante.

b. La vocación a la vida sacerdotal o religiosa

La palabra vocación proviene del verbo latino “*vocare*” que significa en sus más sencillas acepciones “llamar”, “advertir”, “avisar”. En nuestro ámbito específico se trata simplemente de un *acto de amor* por parte de Dios que elige misteriosamente a ciertos hombres y mujeres para llevar una vida de mayor intimidad con Él y ayudarlo más de cerca en la obra de la salvación.

Veamos punto por punto.

– *La vocación es un acto de amor* y esto tanto de parte de Dios como de la creatura; lo dice el mismo Evangelio: el joven del episodio anterior busca al Maestro Divino y le asegura haber observado desde siempre los mandamientos. Pero deseaba amarlo más, deseaba seguirlo más de cerca, deseaba ser *perfecto*. Amaba a Cristo y su amor era correspondido “y observándolo, lo amó”, narra el Evangelio; Nuestro Señor posó sobre él su mirada, esa mirada divina, escrutadora y creadora; esa mirada que llama incluso hasta sin emitir palabra.

– *La vocación es además misteriosa*, nadie sabe por qué Jesús llamó a ese y no a otros tantos que se le acercaban. No son los méritos o la bondad del individuo lo que hacen que Dios llame; Él no está obligado por nada ni por nadie. Con sólo mirar la vida de los apóstoles nos damos cuenta de que Dios no eligió necesariamente a los mejores según los ojos humanos: San Mateo era publicano, Judas era ladrón, la mayoría de ellos era gente sencilla, ruda y hasta

temerosa; todo depende de la libre elección hecha por el Redentor: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15,16). Sólo Él obra en este negocio y sólo Él llama a quien quiere y porque quiere.

– *Quien es llamado es un elegido, un predilecto de Dios;* en su infinita sabiduría, Él ha llamado y preparado *desde siempre* a algunos para que continuaran su obra redentora, cooperando como obreros en la santificación de las almas.

Pero veamos lo que normalmente no falta cuando se trata de un verdadero llamado de Dios.

2. Los requisitos para una mayor intimidad con Dios

Este *llamado* del que venimos hablando es un tipo de gracia *interna*, es decir, infundida directamente por Dios en el alma. Se trata de un movimiento del alma que hace que ella juzgue la vida sacerdotal o religiosa ya no como un *estado más perfecto* (en abstracto), *sino como más perfecto PARA ÉL, en lo personal;* es decir, Dios hace que alguien se de cuenta de que siguiendo ese estilo de vida, podrá llegar más rápida y fácilmente a la vida eterna.

No es un razonamiento simplemente teórico, es una cierta determinación y convicción de la voluntad, movida por la gracia, por la cual alguien comprende *prácticamente* que la vida religiosa es lo mejor *para él* (es decir, para Juan o María, Pedro o Cecilia).

Sin esa gracia interna y sobrenatural alguien podría llegar a entender *racionalmente* que la vida religiosa es más perfecta en cuanto *estado* de vida – a causa de la entrega radical que exige y su asimilación con Jesucristo – pero no llegaría jamás a *la convicción práctica* de que *para él o ella* (con su temperamento, dones, pecados y aspiraciones) este estado de vida es el mejor camino que lo conducirá a la consecución de su fin.

Dicha convicción interna, aunque necesaria, no basta totalmente; finalmente será la Iglesia, madre y maestra, la que confirmará o no la vocación de sus hijos a partir de los votos religiosos o la admisión a las sagradas órdenes. A modo de resumen, podríamos decir que la vocación se constituye de estos tres elementos fundamentales:

1º) La *recta intención* de quien dice ser llamado por Dios, la cual consiste en que esté convencido de que *para él* el estado religioso o la vida sacerdotal lo conducirá mejor y más rápidamente a la consecución de su último fin, eligiendo por consiguiente y *por motivos sobrenaturales*, el estado religioso o sacerdotal.

2º) Las *dotes del estado* que quiere abrazar (es decir, poseer los dones intelectuales, morales, físicos y psicológicos necesarios).

3º) Ser *admitido por el superior* del lugar en el cual se vea movido a ingresar.

Veamos un poco más en detalle qué cosa es necesaria por parte del candidato, para aspirar al sacerdocio o a la vida religiosa y discernir si Dios lo está llamando o no a este estado.

3. ¿Qué se necesita para entrar en religión? ¡Ser normal!

El estado de vida sacerdotal o religiosa no anula la naturaleza humana ni tampoco la supone angelical, es por eso que, para que Dios llame a alguien a dicho estado no hace falta tanto, o mejor dicho, hoy en día hace falta mucho... ¡Hace falta ser normal!

Sí, hoy en día lamentablemente lo que más bombardeado se encuentra es nuestro sentido común.

a. Dotes de la inteligencia

Si bien la Iglesia a lo largo de los siglos ha ido modificando los requisitos para ingresar en este tipo de estado, generalmente las normas se han mantenido constantes. Dios no llama a súper-hombres, sino a simples mortales, a hombres y mujeres normales...

Respecto de la inteligencia Dios se sirve normalmente de quienes puedan realizar los estudios requeridos para el estado que desean abrazar. No se trata, entonces, de exagerar aquí ni en un sentido ni en otro: hay quienes, si escasean las vocaciones, admitirían con suma facilidad al primero que se les cruza por el camino y hay otros que querrán que todos fuesen súper-dotados para el ministerio sacerdotal o la vida religiosa. Ambas posturas, como todas las extremas, no parecen ser racionales.

Es cierto que la vida religiosa o el sacerdocio implican una responsabilidad muy grande: ser luz de las naciones, guía en los caminos, consejero ante las dudas. Muchas veces habrá que sortear cuestiones escabrosas, dirigir almas difíciles, estudiar, predicar y casi siempre ser un dirigente, un jefe, uno distinto del montón, pero también es cierto que no todos están capacitados para combatir en el mismo puesto de batalla.

En cuanto a la inteligencia, una corriente puede bastar; exigir más no sería justo, ya que es tan injusto tratar a los desiguales de modo igual, como a los iguales de modo desigual...

Frecuentemente el *buen sentido común* vale más que una gran inteligencia; la vida de la mayoría de los santos lo atestigua de sobra.

Si Dios llama, a cada uno le cabrá su lugar.

b. Dotes de la voluntad

Pero la inteligencia no es todo; es necesario ver también *hacia qué tiende* nuestra voluntad, qué mueve a alguien a elegir ese estado de vida.

Una gran vivacidad del entendimiento no es suficiente y ha sucedido que sacerdotes o religiosas brillantes en lo intelectual se han entregado a la vida religiosa no con recta intención, sino simplemente por soberbia, dejándose llevar luego por doctrinas

llamativas y extrañas; *aquí, lo que más vale es la voluntad*, es decir, la índole buena de quien piensa ser llamado por Dios, su espíritu de sacrificio, la docilidad a los designios de Dios. Esas cualidades son una buena señal de un carácter serio y muestran un conjunto de madurez espiritual que es segura garantía de perseverancia y seriedad en el futuro trabajo sacerdotal o religioso.

Si se es dócil, si se tiene voluntad para los estudios (aún cuando cuesten), si se tiene buen carácter, si se es sincero y se tiene verdadero espíritu de oración... ya es suficiente para tener la base necesaria para que Dios, probablemente, pueda llamarlo a sus filas.

La Iglesia está formada por distintas piezas y hay allí muchas herramientas; al lado de los genios que dan un impulso extraordinario a las obras religiosas y hacen cosas grandiosas, se requieren otros genios cotidianos que mantengan en el silencio de una vida corriente, el trabajo constante de la salvación y santificación de las almas. No es necesario ser Santo Tomás de Aquino o Santa Teresa para entrar en un convento, basta ser lo que uno es y buscar la santidad.

c. Dotes físico–psíquicas

Amén de lo anterior, es necesario también tener un cuerpo y una mente sanos, libres de enfermedades o graves males que impidan el género de vida que ha de llevarse.

En general se puede decir que una salud ordinaria, o sea, la que gozan los que “están bien”, es suficiente. No es necesaria una robustez especialísima, un absoluto dominio de los nervios, una naturaleza completamente libre de cualquier debilidad física... ¿quién la tendría? Por más sano que se esté, alguna pequeña anomalía, alguna predisposición, algún defecto en las funciones orgánicas, casi siempre nos encontrarán.

Con todo, si alguno ve claramente que Dios lo llama a una vida en determinada congregación u orden religiosa donde el ritmo

es demasiado austero y penitente, deberá ser consciente de que se le exigirá una salud más fuerte y robusta.

Vale recordar, a modo de resumen que por tener una buena inteligencia, una buena voluntad y hasta un buen equilibrio psico-físico, *no por esto significará que alguien tenga vocación*; todo esto es “efecto” y no “causa” ni, siquiera “signo propio” de que Dios lo está llamando a un tipo de vida superior. Si Dios llama, esta idoneidad no debe faltar, pero no significa que porque dicha idoneidad exista, deba estar también la vocación.

d. El sí libre

Todo lo que hemos dicho hasta aquí no basta para darnos la seguridad en una vocación. El joven que tiene algunas de estas señales y todas las dotes requeridas tampoco puede decir que lo tiene todo. Se requiere todavía que él, conociendo su estado y convencido de la Voluntad de Dios, diga el sí de manera libre y conscientemente, diciendo:

“Si quieres ser perfecto...”

“¡YO QUIERO!”.

Nuestro Señor no se impone a la fuerza, *no quiere esclavos sino voluntarios*, quiere jóvenes generosos que lo sigan por amor y no por la fuerza.

Esto es muy importante: nadie decidirá en lugar de uno mismo. Nadie quiere que todos sean sacerdotes o religiosas; quien así lo piensa se equivoca enormemente.

No muchos sacerdotes y religiosas, sino ¡muchos sacerdotes y religiosas santos! Lo que sí debe buscarse es que se haga la voluntad de Dios en el estado al cual cada uno ha sido llamado.

Uno podrá aconsejar, otro iluminar, otro quitar las dificultades que nazcan de cualquier error de juicio o de la voluntad,

pero en determinado momento, la persona quedará *sola* con Dios y deberá hacer su elección de estado. Será *su decisión* y de nadie más.

Cuando hace algunos años me encontraba en la disyuntiva de formar una familia o de abrazar el estado religioso, tenía serias dudas y mucho temor frente a lo que debía decidir. Fue así que resolví consultar a un buen monje para poder salir de ese estado de incertidumbre; le planteé mis dudas y esperé una respuesta. Tenía la convicción de que si él me decía: “Tienes vocación para sacerdote”, yo inmediatamente me decidiría por el matrimonio, ya que pensaba que era una estrategia de la Iglesia para incrementar el número de sus filas.

Contrariamente a lo que pensaba, el monje jamás me dijo algo similar, respetando siempre mis silencios y ese don precioso de la libertad: “Es un juego entre Dios y tu alma; sólo tú eres quien deberá decidir eso” – me decía; y tenía razón, la vocación es un misterio que sólo comprenden Dios y el alma a la cual Él llama.

* * *

Hasta aquí llegamos expresando de modo general lo que entendemos por vocación al sacerdocio o a la vida consagrada. Misterio de los misterios que no todos comprenden.

Una vez resumidas las bases elementales de la vocación, entremos ahora más de lleno en el modo de llamar de Dios.

Capítulo III

¿Cómo llama Dios?

Recuerdo que cuando éramos niños, nos juntábamos con los hijos de una familia amiga a jugar. Ellos eran tres hermanos; Juan, el mayor de los varones, era un chico fascinante: educado, viril, deportista, divertido, inteligente, etc.; sin embargo había algo que yo no terminaba de entender: siempre nos preguntábamos qué seríamos cuando fuésemos grandes, a lo que él respondía con solemnidad: “Yo seré sacerdote y misionero”. En el momento nadie se daba demasiada cuenta de ello; nos parecía divertido y hasta extraño...

El tiempo pasó para todos y un día, cuando Juan terminó el colegio nos llamó a todos y dijo con aire solemne:

– “Muchachos, me voy al seminario; voy a ser sacerdote”.

En todos hubo un aire de admiración; lo despedimos sin saber que poco tiempo después, muchos de nosotros, a raíz de su decisión, seguiríamos su ejemplo.

Es cierto que Dios no llama a todos del mismo modo, pero debe haber una constante... Algo que permita ver más de cerca los modos por los cuales Dios se digna llamar a un alma para la vida sacerdotal o religiosa. Veamos algunos de ellos.

1. Dios llama a algunos desde la cuna

Hay en algunos hombres o mujeres algo así como una vocación “innata”: ella no aparece en un momento determinado de sus vidas; ¡ha estado siempre allí! Quien la posee siempre lo ha percibido así y normalmente no recuerda haber tenido una idea distinta. Es el caso de algunos santos (San Luis Gonzaga, el Santo Cura de Ars) y otros tantos hombres de bien, como el papa Benedicto XVI:

“Yo estaba convencido, aunque no sabría decir por qué, de que Dios quería de mí algo que sólo podría llevarlo a cabo ordenándome sacerdote. No lo vi gracias a un rayo de luz que, de pronto, me iluminara y me hiciera entender que debía ordenarme sacerdote, no.

Fue más bien un lento proceso que iba tomando forma paulatinamente; tenía una vaga idea, siempre la misma, hasta que, por fin, tomó forma concreta. No sabría decir la fecha exacta de mi decisión. Lo que sí puedo asegurar es que Dios quiere siempre algo de cada uno de nosotros. Sabía que tenía a Dios conmigo y que quería algo de mí; ese sentimiento empezó muy pronto. Luego, con el tiempo, comprendí que se relacionaba con mi ordenación de sacerdote”⁵.

“Tenía una vaga idea, siempre la misma, hasta que, por fin, tomó forma concreta...”. Ese fue el llamado del actual Santo Padre.

Pero hay más; en su hermoso libro acerca de las vocaciones⁶, el P. Busuttil narra el caso de Santiago Tutain, nacido en Mans el año 1922.

Siendo aún dos niños de cuatro y seis años, su hermanito mayor le declaró:

– Yo seré doctor.

– Pues yo – respondió Santiago – seré sacerdote, porque es lo mejor del mundo.

– Cierto, – respondió el otro – pero se necesitan también buenos médicos, ellos pueden hacer mucho bien hablando de Dios a los enfermos.

Aquí tenemos un niño que a los cuatro años habla de su deseo de ser sacerdote. Y se trata de una cosa pensada y escogida porque para él es “lo mejor del mundo”.

Dos años más tarde ante sus persistentes deseos, su mamá le preguntó:

– Pero ¿sabes, por lo menos, por qué quieres ser sacerdote?

⁵ JOSEPH RATZINGER–PETER SEEWALD, *La sal de la tierra. Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, Ediciones Palabra, Madrid 2005, 59.

⁶ EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones: encontrarlas, examinarlas, probarlas*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1961, 31.

– ¡Oh! – respondió – por muchas razones; antes que nada para hacer amar a Jesús, para mandar muchas almas al cielo... ¡y para tener a Jesús en mis manos durante la Misa!

¡Cuántas veces entre los niños suceden estas cosas y muchos pensamos que son “cosas de niños”!

2. Otras veces se manifiesta de un modo casi superficial

La estima por un religioso, la admiración que despiertan, muchas veces llega a hacerles decir a algunos jóvenes: “Quiero ser como él/ella...”. En algunos será el hábito de una determinada Orden o congregación religiosa lo que los atraiga, su modo de vida, los países donde estén... Todo esto puede servir accidentalmente, aunque será sólo eso, un vehículo que llevará a plantearse luego la vocación más seriamente.

El Padre Pío de Pietrelcina, decidió su vocación porque le atraía... ¡la figura y la barba de un hermano lego capuchino que diariamente pasaba frente de su casa!

San Ignacio de Loyola lo hizo durante una terrible convalecencia: estaba en cama y los únicos libros que habían para pasar el tiempo eran los de vidas de santos (¡otra hubiese sido la historia si le hubiesen pasado simplemente libros de química o física!).

El P. Busuttil⁷ narra también la historia de dos jóvenes polacos que encontraron buenísimo un plato de arroz con leche que un sacerdote les había dado como premio por haber ayudado en la Misa. Luego de ello, preguntaron si también los otros Padres de la Orden comían aquel arroz; a la respuesta afirmativa se pusieron de acuerdo, y terminados los estudios medios entraron en la Orden. Más tarde, cuando crecieron espiritualmente, examinaron si habían tenido recta intención en su vocación, por lo que, llorando,

⁷ EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 34-35.

plantearon al P. Maestro de novicios que la misma no había sido del todo espiritual. El Padre, con mucha calma preguntó:

– Pero, además del arroz, ¿teníais también el deseo de salvar las almas y de ser santos?

– Sí – fue la tímida respuesta.

– Bien, hijitos míos. El arroz con leche fue el anzuelo con el cual Dios os pescó; ahora pensad en el verdadero fin de vuestra vocación.

Con el tiempo fueron grandes misioneros.

Hay incluso otros casos que hasta resultan divertidos: se cuenta de alguien que ingresó como Hermano lego en una orden religiosa porque creía que los cubiertos eran todos de plata y él pues... los quería robar. Una vez dentro tomó parte en las pláticas, sermones, lectura espiritual y todo lo de la vida de comunidad. Le pareció encontrarse en un paraíso, se arrepintió de su proyecto, se confesó y luego logró ser un gran religioso.

Como vemos, diversos son los modos de llamar que tiene Dios.

3. Alguna indiscreta invitación

Nuestras acciones, sean cuales sean, tienen siempre un efecto que no siempre prevemos. Muchas veces es una frase misteriosa, una mueca, un saludo, un apretón de manos, lo que hace pensar y conduce a alguien a reflexionar acerca de la posibilidad de la vocación.

El P. Busutil⁸ narra que cuando era Prefecto en un colegio, escribió unas palabras de felicitación en el dorso de una estampa a un joven que celebraba su santo. Era un muchacho que sentía demasiado su personalidad, que buscaba el hacerse ver y darse importancia. El sacerdote, deseando corregirlo de este defecto, tomó

⁸ Cfr. EMVIN BUSUTIL, *Las vocaciones*, 39.

la pluma y escribió en una estampa: “Dios espera de ti cosas más grandes”.

Esa frase dio en el blanco; al día siguiente el joven se le acercó pidiendo explicaciones: ¿qué quería decir esa frase misteriosa? El padre no sabía qué responderle, porque había escrito aquella frase sin ningún fin preciso.

El joven se retiró para volver a los pocos días diciendo:

– Ya sé lo que Dios quiere de mí. Él quiere que sea sacerdote.

Los caminos de Dios son insondables y las vocaciones se despiertan de mil modos distintos.

5. La sana amistad

Según aquél gran genio que fuera Cicerón, la amistad es “el perfecto acuerdo entre lo humano y lo divino”⁹ y es por ello que quizás muchas veces son los mismos amigos los que “contagian” de algún modo el don que han recibido.

San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, San Gregorio Nacianceno y San Basilio Magno, Santa Clara y las doncellas de Asís, son sólo algunos ejemplos de muestra. Habría millones para citar; es que cuando la amistad es verdadera y está basada en la virtud hace que los que se aman tiendan a imitarse. Es de esto de lo que muchas veces Dios se vale para atraer a algunas almas a una vida de mayor entrega y sacrificio.

Hay quienes se quejan de esto y dicen: “¡No puede ser!”; “¡todos no pueden tener vocación”! Y tienen razón; de varios grupos de amigos virtuosos, no todos tienen vocación, sino sólo aquellos a los que Dios llama.

⁹ Cf. CICERÓN, *De Amicitia*, n.6.

6. La vista de los religiosos

Se narra en la vida de San Bernardino Realino¹⁰ que el santo decidió su vocación al mirar pasar a dos novicios que iban modestamente por las calles de Nápoles.

Un día paseaba el santo con dos amigos suyos por cierta callejuela napolitana, cuando se cruzó con dos jóvenes religiosos: modestos en la vista, graves en su porte, viriles en todo... San Bernardino los siguió largo rato con la vista y fue tanta su admiración que preguntó a sus compañeros si sabían a qué Institución religiosa pertenecían aquellos sujetos. Por fortuna sus amigos pudieron satisfacer su deseo informándole que eran novicios de la Compañía de Jesús. En poco tiempo, el santo tocaba las puertas del noviciado que lo llevaría al cielo.

También es conocida la historia de San Francisco de Asís: Un novicio que pedía insistentemente al gran Santo el poder salir del convento para hacer apostolado, un día pareció lograr su cometido:

– Mañana saldremos a hacer apostolado – dijo Francisco.

Al día siguiente, el novicio estaba en su salsa: alzándose muy temprano, dejaron atrás las puertas del convento y se pasearon por las calles de Asís; daban vueltas a la plaza, saludaban gentilmente a las personas pero... con nadie se detenían a conversar.

Ya de vuelta en el convento el novicio enfadado le dijo al hermano Francisco:

– Pero... ¡finalmente no hicimos nada de apostolado! – a lo que Francisco contestó.

¹⁰ Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 47-48.

– Hijo, el hecho de que la gente nos vea con nuestro hábito religioso, despierta en ellos el deseo de Dios y los llama permanentemente a la conversión y quizás a la vida religiosa.

Otro episodio “casual” puede ser el de la vida de San Romualdo quien, luego de batirse a duelo en su juventud, debió buscar asilo en un monasterio. Allí, tuvo ocasión de ver a los monjes y de conocer su vida de entrega y santidad.

La vista de éstos lo cambió por completo. Decidió su vocación y fundó luego la austera orden de los monjes Camaldulenses.

7. La vanidad del mundo

Hay otras veces en que es necesario un fracaso para hacer ver la vanidad de las cosas de la tierra y orientar al alma hacia una entrega mayor.

En la vida del Beato Tomás Pound – quien era un gran bailarín – se lee que un día debió presentarse frente a la reina Isabel de Inglaterra; todo fue genial. Al terminar, los fragorosos aplausos le enjugaron el sudor de la fatiga y sostuvieron sus miembros cansados. ¡Hasta la reina se había levantado del trono para besarlo y felicitarlo!

Tomás creía tocar el cielo con las manos. ¿Qué más podía desear en esta vida? Todos pidieron un *bis* y aunque el artista estaba cansado no pudo negarse ante tantos aplausos.

Continuando con todo entusiasmo, dio sus vertiginosas vueltas y, sin quererlo, tropezó con sus mismos pies, terminando en el piso. Ante semejante espectáculo, la reina se levantó y la que hacía unos instantes lo había halagado, le dijo sin piedad:

– ¡Levántate, buey!

Tomás se levantó lleno de vergüenza y amargura.

¿Por qué ese insulto? ¿Qué valían las alabanzas, borradas por un insulto tan humillante e injusto? ¡Mundo infame!, se dijo – “vanidad de vanidades, todo es vanidad”.

Desde ese momento decidió su conversión total y se determinó a abrazar la vida religiosa.

Hay otros casos: San Alfonso Maria de Ligorio, cuando todavía era un famoso y joven abogado, dejó el mundo después de un solemne fracaso en la defensa de una causa judicial; San Camilo de Lelis necesitó perder en el juego todos sus haberes para al fin ver que Dios lo llamaba a la vida religiosa; Santa Faustina Kowalska intentó huir de Dios y quedó atrapada de Él...

Es cierto que la vocación no es para los ilusos ni para los desilusionados, pero hasta de esto Dios se puede valer para llamar a quien quiere y cuando quiere a una vida más radical. No somos nosotros los que debemos enseñarle cómo conquistar las almas.

8. Cuando la muerte llama a la vida religiosa

Mons. De Ségur en su hermoso libro acerca del Infierno¹¹, narra la vocación de San Bruno, primer cartujo, de la siguiente manera.

La historia se desarrolla en el siglo XI: el profesor Raymond Diocrès, doctor en teología y de gran fama de santidad, había fallecido en el año 1082 entre los llantos de los estudiantes de París.

Una multitud acudió a velar su cuerpo, que según la costumbre de la época reposaba sobre un majestuoso lecho y cubierto con un ligero velo. Todo estaba previsto para asistir al entierro de un santo varón.

¹¹ Cfr. DE SÉGUR, *El Infierno*, Iction, Bs. As. 1980, 36 y ss.

El Oficio de difuntos comenzó. A cierta altura de la liturgia, el sacerdote, siguiendo el ritual, proclamó en alta voz, la siguiente pregunta al difunto:

– “Respóndeme: ¿Cuán grandes y numerosas son tus iniquidades?”

Cuál no fue el espanto de todos al escuchar una voz sepulcral, pero clara, salida bajo el velo mortuario:

– Por el justo juicio de Dios, he sido acusado.

Inmediatamente, el Oficio se interrumpió, todos levantaron el velo y pudieron constatar nuevamente que el profesor Diocrès estaba muerto, frío y rígido, sin el menor signo vital. Pensando estar dominados por la emoción, se decidió retomar el Oficio.

Nuevamente, al llegar a la mencionada pregunta (“respóndeme”), el espanto fue mucho mayor. En ese momento, el cuerpo antes rígido se incorporó a la vista de todos, y con voz más sonora y fuerte, declamó:

– Por el justo juicio de Dios, he sido juzgado.

El cadáver se derrumbó sobre el lecho; en una atmósfera de terror generalizado, los médicos lo analizaron una y otra vez, verificando cuidadosamente la ausencia del menor soplo de vida; todo estaba rígido, tieso, sin vida.

Ese día no había clima para regresar a las oraciones oficiales. Se esperarían entonces hasta el día siguiente.

La ciudad de París bullía de comentarios y discusiones sobre el caso: unos defendían la tesis de que el hombre había sido condenado y, por lo tanto, era indigno de las bendiciones de la Iglesia; otros ponderaban que todos hemos de ser ACUSADOS y luego JUZGADOS. El obispo tomó partido por esta opinión y decidió reiniciar al día siguiente la interrumpida ceremonia, más

concurrida que nunca, con un público lleno de preocupación y curiosidad.

En el mismo pasaje de la cuarta lectura de los maitines de Job, el obispo proclamó: “Respóndeme...” En medio del gran suspenso, el fallecido Raymond Diocrès se incorporó para exclamar con una voz aterradora:

– Por justo juicio de Dios he sido condenado para toda la eternidad. No recéis más por mí.

Luego de ello, volvió a desplomarse; no habían dudas: se había deshecho el enorme equívoco sobre su inmerecida reputación y su falsa gloria. Por orden de las autoridades eclesiásticas, el cuerpo fue despojado de sus insignias y lanzado a la fosa común.

Entre los jóvenes que allí se encontraban, se hallaba un tal Bruno, venido de Colonia. El episodio lo marcó tan en profundidad, que fue suficiente para que decidiera, junto con cuatros compañeros, abandonar el mundo y abrazar la vida religiosa, dando como resultado la fundación de la Orden de los Cartujos, una de las grandes glorias de nuestra Santa Madre Iglesia.

Pero esta no es la única vocación despertada por los muertos.

Otro caso es el de San Francisco de Borja, tercer General de la Compañía de Jesús. Luego de haberse convertido y entregado a una vida intensamente cristiana, sufrió un golpe de gracia terrible, esta vez dado por el cadáver de la emperatriz Isabel: luego de haber admirado su belleza en vida ahora la contemplaba totalmente putrefacta y carcomida por los gusanos.

– Y entonces ¿qué?, se dijo. ¿Para qué tanto si luego viene la muerte?

Herido por un sentido profundo de la vanidad de las cosas, el Duque de Gandía se transformaba así, luego de ver la levedad de

la vida, en un ferviente religioso y finalmente gran santo de la Compañía de Jesús.

Pero estas no son historias pasadas; yo mismo he tenido un compañero en el seminario que se ha convertido y luego ha entrado en la vida religiosa por ver cómo literalmente su abuelo fallecía en sus brazos.

* * *

La vocación puede empezar a manifestarse de mil maneras diversas; cualquier argumento o suceso puede servir para manifestarnos la voluntad de Dios; en realidad, preguntar a alguien “cómo le vino” la vocación podrá servir para conocerlo mejor, pero generalmente no será suficiente para juzgar si la vocación es verdadera o no. El primer impulso es una *ocasión* que *orienta* a alguien a la vida sacerdotal o religiosa; pero no es todo. Habrá que discernir más en detalle cada caso.

Capítulo IV

¿Tengo yo vocación?

Hace algunos años, antes de ingresar en la vida religiosa decidimos con un grupo de amigos hacer Ejercicios Espirituales ignacianos. Recuerdo que partimos expectantes, ansiosos, casi como inquietos por ver qué es lo que era eso. Muchos de nosotros era la primera vez que los haríamos y, aunque sabíamos que allí se tomaban decisiones importantes, nunca pensamos que muchas de nuestras vidas cambiarían por completo. Nosotros, decíamos, ya teníamos la vida “hecha”, encaminada...

Éramos más de 20 jóvenes, entre varones y mujeres. Una vez allí llegados a la ciudad donde se predicarían, nos separamos: los varones por un lado y las mujeres por otro.

Fueron cinco días de silencio, oración y recogimiento; todo era nuevo y parecíamos crecer rápidamente; transcurrido el tiempo, nos volvimos a encontrar en el ómnibus que nos llevaría de vuelta a nuestros hogares.

Ya dentro del vehículo, reinaba un aura de silencio; más aún: de expectativa; había como un aire extraño en el ambiente. Finalmente fue una de las jóvenes la que rompió los esquemas:

– ¡Me dio positivo! ¡Decidí mi vocación! ¡Quiero ser religiosa!

Todos la miramos con asombro: una joven hermosa, llena de vida y con más de la mitad de la carrera de abogacía terminada. Ahora decía que quería dejarlo todo para encerrarse en un convento...

Fueron segundos nomás, pero parecieron eternidades. Apenas sobrepuestos de la noticia, un joven profesor de letras anunció que también sería sacerdote y misionero; y luego otro, y otra y otro...

¿Qué pasaba? – me preguntaba yo... ¿Se volvieron locos? ¿les “lavarón” la cabeza? ¿cómo podía ser que dejaran todo? La

posibilidad de una familia, un trabajo exitoso, un hermoso grupo que probablemente le haría un gran bien a la Iglesia e incluso al país...

Luego vinieron las despedidas, las primeras “tomas de hábito”, “cambios de velos”, “votos temporales”; todas cosas nuevas de las que participábamos los que aún quedábamos en el mundo.

Fue necesario un poco de tiempo para comprender que ellos habían elegido la mejor parte, es decir, la parte que Dios les había destinado desde toda la eternidad. Hasta el momento de su decisión, el resto de nosotros no habíamos percibido qué es lo que pasaba por sus almas; veíamos algunos “síntomas”, algunos “signos” de distinto, pero sin llegar a comprender del todo cuál era ese tesoro que guardaban celosamente en sus corazones.

Eran los “indicios” de la vocación lo que no habíamos podido distinguir en nuestros amigos; pero... ¿los hay realmente? ¿hay algún modo de saber o de vislumbrar si Dios está llamando a las puertas? ¿hay alguna forma para darse cuenta de que Dios me está buscando para que forme parte de sus filas?

Fórmulas matemáticas no, ya que el llamado divino es irreplicable en cada alma. De todos modos, dado que la naturaleza humana es la misma y las circunstancias se repiten en la historia, hay algunos modos de llegar a saber si Dios está llamando, en especial cuando se examinan las vidas de los santos y los escritos de los autores espirituales más experimentados.

Veamos entonces brevemente algunos de estos “síntomas” de la vocación:

1. Pequeños indicios de la vocación

Antes de enumerarlos, tengamos en cuenta que lo que sigue no es un recopilado exhaustivo, sino una pequeña guía que puede

servir al momento de analizar la posibilidad de la vocación, tanto propia como ajena.

a. El alma percibe una felicidad desconocida al pensar en el estado religioso

“No sé lo que me pasa”, “creo que Dios quiere algo más de mí...”.

Quien se siente llamado a la vida religiosa, sin saber bien lo que le sucede, percibe normalmente que su alma no está hecha para las cosas de la tierra; comprende que hay otro tipo de vida en la cual sería más feliz y en la haría mayor bien.

Todo lo que le rodea le parece pequeño, insignificante, tiene una verdadera humildad y, aunque se da cuenta de sus miserias, percibe de un modo confuso que el mundo no está hecho para él o bien él no está hecho para el mundo (“esto no es para mí”); percibe que Dios pide algo más, como si acá todo le quedara chico. No es inconsciente y sabe de sus pecados, pero también cree que con la gracia de Dios, sería capaz de borrarlos y de ayudar a otros a hacer lo mismo.

Esto hace que, el solo hecho de pensar en la vida sacerdotal o religiosa, lo llene de esperanzas y anhelos (aunque aparezcan temores y dudas), ya que sabe que podrá satisfacer su sed de agua viva cumpliendo la voluntad de Dios. Es lo que dice Nuestro Señor: “todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna” (Jn 4,13-14).

Pero no es lo único.

b. Le rodea la idea de no querer ser “uno más”

Al mismo tiempo, quien tiene vocación, piensa que mientras “pasa la escena de este mundo” (1 Cor, 7,31) él está perdiendo el

tiempo; quiere sobresalir santamente; quiere hacer sentir su personalidad, distinguirse del resto, desea separarse del común de los hombres para vivir una vida más noble y arriesgada.

Probablemente se dirá que estos anhelos se hallan en la mayoría de nuestros jóvenes, y es cierto. Sin embargo, pocos de ellos se plantearían seriamente el ideal de la vida religiosa; en ese “no querer ser uno más del montón” está también incluido el ser alguien que haga el bien, que sirva a Dios y al prójimo, que se sacrifique por las almas, que se anime a dar el todo por el Todo.

Es ese ideal que sólo se acaricia en los momentos de soledad y calma: vivir una vida que valga la pena ser vivida. Son esos pensamientos de ambición, pero de ambición de santidad, de ambición por dar la vida por los demás.

Es éste el deseo de un futuro soldado o una futura esposa de Jesucristo; es el deseo de las cosas grandes, el deseo de navegar mar adentro, el deseo de pasar las mismas las gestas de los Santos, de los héroes, de los hombres de Dios.

Es ese: “si ellos pudieron...¿por qué yo no?” – que hizo convencer a San Ignacio de Loyola que su vida debía quemarse por Dios.

Pero hay más.

c. Comprende que debe rezar más

La oración es la unión del hombre con Dios, es por ello que hace falta pasar a la acción, pero no a la acción “activista” sino a la acción contemplativa; es este el deseo (y hasta la necesidad) de quien se da cuenta de que debe rezar y mortificarse más que los otros; el alma de estos hombres y mujeres va tomando conciencia no sólo de su debilidad sino de que ha de entregarse a una vida cristiana para nada común. El sacrificio y la mortificación se le convierten casi en una obligación, sin que nadie se las imponga. Estas almas piensan

con gusto en las cosas del cielo, tienen hambre de la palabra de Dios y sed de almas.

Es esto lo que hacía que San Juan Bosco tuviera en su cuarto el siguiente letrero a la vista de todos: “Da mihi animas et cetera tolle” (dame almas y llévate lo demás).

Más aún.

d. Va despreciando más y más el mundo

Las riquezas y los honores son para quien ha sido elegido por Dios, cosas vacías y sin sentido; las salidas ya no tienen mucho sentido, no lo atraen, en cambio crece el estado de “búsqueda”. Quien está en este estado desea encontrar “algo” que aún no se sabe lo que es, aunque sí sabe lo que NO es.

– “¿Te interesaría salir a bailar esta noche?”

– “No, gracias, no tengo ganas”; “no me siento bien...”.

Es que busca otra cosa; probablemente, si se le hablara del ideal de la vida sacerdotal o religiosa, diría: “¡Exactamente es eso lo que yo buscaba! ¡Eso es lo que quiero!”.

La mayoría de las veces, las vocaciones nacidas de esta manera van acompañadas de períodos llenos de afecto y de entusiasmo, llenos de eso que San Ignacio suele llamar *consolación espiritual*. Estos jóvenes perciben la vocación y se dan cuenta de que Dios quiere algo distinto de ellos aunque todavía falte mucho por andar.

Todas estas señales no significan que el joven tenga vocación; pueden ser *indicios* de ella, pero los indicios no son todo; servirán y serán de peso al momento de decidir, pero antes deberá hacerse un juicio exacto y concreto para poder ver algunas señales *más objetivas* y sólidas que revelen la llamada a una vida tan noble.

2. Señales de verdadera vocación

Si hiciéramos caso a ciertas opiniones del mundo, alguien con vocación debería ser una persona extraordinaria, en continuo contacto con Dios y sus ángeles, privilegiado desde su infancia y viviendo entre algodones y... ¡y qué se yo cuantas cosas más!

¡Casi que debería ser un marciano!

Es verdad que, en parte, esta idea puede ser bienintencionada: el común de la gente piensa que sólo los santos pueden aspirar a una vida similar y que Dios debería llamarlos de un modo particularísimo:

–“¿Vocación Raúl? ¡No me hagas reír! Si se la pasa jugando a la pelota”.

–“¿Que Andrea entrará en el convento? ¡Por favor! ¡Si hasta el año pasado se la pasaba coqueteando con sus pinturas y vestidos!”.

Estas son algunas de las frases que se escuchan en las mejores familias...

Ahora bien, ¿cómo saber si se está frente a una verdadera vocación o simplemente a una idea pasajera?

Hay quienes piden poquísimo. El P. Lessio¹², un jesuita con gran experiencia en el tema, dice que “si alguno llega a la determinación de abrazar la religión y está resuelto a observar las reglas y sus obligaciones, no hay duda que esa resolución, esa vocación, viene de Dios; no importa qué circunstancias la hayan producido”. Por su parte, San Francisco de Sales afirmaba siempre que no importa cómo se empiece con tal de que se esté determinado a perseverar y terminar bien.

¹² Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 127.

Santo Tomás de Aquino llega a afirmar que es tan alta la vocación al sacerdocio o a la vida religiosa que “sea quien fuese el que sugiere el propósito de entrar en religión, siempre este propósito viene de Dios”¹³. Y hasta agrega que si alguien se hace religioso creyendo que ésta era la voluntad de Dios, mientras que en realidad no lo era, Dios le dará con seguridad la vocación que anhelaba.

Pero dejemos de lado esta introducción y vayamos a ver ahora algunas de las señales objetivas que pueden darnos la pauta de estar frente a una verdadera vocación sacerdotal o religiosa. Para ello intentaremos seguir la experiencia de los santos y de los maestros espirituales más autorizados.

a. Conocimiento de la malicia del mundo y sus peligros

En el mundo no todo es malo ni a todos les es lícito dejarlo.

Cuando nos referimos al conocimiento de su malicia y peligros, no estamos hablando de un miedo a ser maltratados o a no poder hacer allí una vida tranquila.

Se trata más bien de la percepción de su malicia espiritual y moral y de la dificultad real de permanecer fiel a la Ley de Dios mientras se encuentre uno en él.

En las almas que Dios llama a una mayor intimidad, hay normalmente un horror al mundo por el hecho de la facilidad que éste proporciona para caer en aquél.

Alguno ha pensado que este “escape del mundo”, puede verse como cierta cobardía.

– “¡Es más cómodo el claustro! ¡Claro! ¡Es más valiente quedarse en el mundo y pelear desde adentro y no esconderse y escapar como los desertores del ejército!”

¹³ TOMÁS DE AQUINO, *Contra retrahentes*, 10, ad 4.

Se me ocurre que a quien piensa así se le podría contar esta pequeña historia:

Dos amigos iban por la selva y al llegar frente a un río caudaloso vieron que no podían continuar; habían dos posibilidades: cruzar a nado o tomar una liana que colgaba de los árboles. Ambas alternativas eran peligrosas, sin embargo había una diferencia entre ellos: el primero no sabía nadar y el segundo tenía pánico a las alturas, por lo que cada uno hizo lo que mejor podía: rápidamente, uno se quitó sus vestidos y comenzó a nadar con todas sus fuerzas mientras que el otro, tomando un gran envión, se colgó de las lianas que lo llevaron hasta la otra orilla.

Ambos llegaron a la otra orilla; ya del otro lado del río se abrazaron y comenzaron a felicitarse por la hazaña y por haber seguido cada uno sus inclinaciones naturales.

Algo similar sucede con la vocación; si Dios nos quiere religiosos, nos dará los “medios” y los “miedos” para que nos maneje en esa vida, en cambio, si nos desea casados, nos dará todas las herramientas para santificarnos en esa vocación tan sublime como es el matrimonio cristiano. Pues es como dice el gran San Agustín: “tenedlo presente, hermanos: en el huerto del Señor no sólo hay las rosas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes y las yedras de los casados, así como las violetas de las viudas. Ningún hombre, cualquiera que sea su género de vida, ha de desesperar de su vocación: Cristo ha sufrido por todos. Con toda verdad está escrito de él: *Nuestro Salvador quiere que todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad*”¹⁴.

A muchos de nosotros, es cierto, en algún momento de nuestras vidas nos ha asqueado el mundo, pero no todos hemos

¹⁴ SAN AGUSTÍN, Sermón 304, 1-4: PL 38, 1395-1397.

pensado seriamente la posibilidad de abrazar la vida sacerdotal o religiosa y abandonarlo todo. Este deseo por abandonarlo es, según algunos autores espirituales, señal de verdadera vocación.

b. Atracción por una vida de pureza

“Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt,5,8).

Hay jóvenes que son una excepción; pasan a través de este mundo de pecado como si estuviesen preservados por Dios de toda mancha; estoy seguro de que muchos de nosotros conoceremos a algunos de éstos. Viven incluso en situaciones difícilísimas y hasta en ambientes promiscuos, pero van como ciegos, como si no notaran el mal que sucede a su alrededor.

Existe para ellos como un designio especial de la Divina Providencia; mientras otros en ocasiones menos peligrosas caerían de seguro, ellos se mantienen en una vida de pureza envidiable. Dios los conserva intactos. Pero... ¿por qué razón? Ciertamente por alguna causa. Muy probablemente porque los reserva para un camino en el cual no se puede andar sin esta “hermosa virtud”, como llamaba San Juan Bosco a la pureza.

Sin embargo, hay también otros que, habiendo experimentado los vicios de la impureza, han encontrado con trabajo y esfuerzo el sosiego que da la gracia y la virtud. Ven claramente que desean ofrendar sus cuerpos y sus almas al único marido, a la única mujer que no abandona: a Cristo y a Su Iglesia.

Son esos deseos de mantenerse puro por el Reino de los Cielos lo que hace ver un signo verdadero de la vocación, aunque muchos no lo entiendan...

Es lo de Nuestro Señor: “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que

nacieron así del seno materno, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda” (Mt 19, 11-12).

c. Deseos de tener vocación

Cuántas veces se ha escuchado a algún joven, al ver pasar algún religioso por la calle, el decir luego: ¡Feliz él! ¡Si tuviese también yo vocación! Ciertamente que no todos los jóvenes piensan lo mismo y hay muchos a los que la vida religiosa no les inspira ningún atractivo o deseo. Más bien todo lo contrario.

Las ansias o el deseo de la vida religiosa no pueden provenir ni del demonio ni de la propia naturaleza, y esto simplemente porque la vida religiosa es una vida llena de sacrificios y de renunciaciones, todo lo contrario a lo que aspira nuestra naturaleza caída.

Tampoco puede provenir del demonio, ya que lo que menos desea un enemigo es que las filas de su adversario se vean engrosadas y, como dice Santo Tomás, aunque viniese de él, habría que seguirlo en este consejo, como recordaba más arriba.

Debe haber, por lo tanto, algo de sobrenatural en ese deseo del alma. Cuando alguien comienza a tener esa secreta inclinación de entregarse por completo a Dios, bien puede sospecharse que Dios está actuando en su alma y, aunque este deseo no exista actualmente, si se ha tenido alguna vez en la vida no debe despreciarse; quizás se haya perdido actualmente o se haya sumido en un breve letargo. Bastará entonces que se la avive con la oración y meditación para que vuelva a estar allí.

En la práctica, dicho deseo se siente de cuando en cuando y normalmente se reaviva durante la oración, durante la liturgia bien celebrada, después de recibir el Cuerpo de Cristo o bien en los días de calma.

¡Cuántos han sentido deseos de ser sacerdotes al asistir a la ordenación sacerdotal de un amigo o a los votos religiosos de una amiga, hermana o pariente!

¡Cuántos se conmovieron simplemente al pensar que la mies es mucha y los obreros son pocos!

Y es más: muchas veces este deseo indefinido llega a la certeza de la convicción: “Sí, me haré religioso; lo demás no vale nada; es lo que me conviene...”. Es aquí cuando Dios llama claramente.

Un jovencito de quince años se presentó un día al P. Busuttil¹⁵ y le dijo lo siguiente:

– Padre, necesito oraciones. ¡Ruegue por mí!

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

– ¡Bueno! – le dijo el sacerdote. ¿Pero qué es lo que quieres conseguir?

– Tengo un deseo grande de hacerme sacerdote, pero temo que no llegaré. Temo que no tenga vocación. Pero *la quiero tener*. No sé si eso es pecado, pero ¡yo quiero de veras esa gracia!

¿Qué señal más clara quería este muchacho para estar seguro de que Dios le llamaba?

El P. Doyle señalaba, apoyado en la doctrina de los santos, que si alguna vez alguien se había planteado seriamente y por un buen tiempo la posibilidad de la vocación, esa era una señal cierta de poseerla. Quizás se diga que es exagerado, pero lo cierto es que no todos las personas se lo plantean, sino sólo algunos de ellos.

Nos planteamos todos tener un auto, una linda novia, un buen marido, etc., pero un deseo de este tipo, tan “contrario” a

¹⁵ Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 66-67.

nuestra naturaleza caída e instintos desordenados y que, además dura normalmente cierto tiempo, no puede ser una cosa pasajera o banal.

d. Conciencia de la vanidad del mundo

“Vanidad de vanidades, todo es vanidad” (Ecl 1,2).

Ya hemos hablado algo del tema, pero intentemos completar un poco más el cuadro. Sucede que este sentimiento de hastío por las cosas del mundo, comienza a hacer ver las quimeras inconscientes del mundo.

“¡Todo acaba, todo es vano, todo pasa!”

Esto piensa para sí quien tiene en germen la vocación.

– “¿Vale la pena emplear toda una vida para conseguir estos bienes caducos que no valen, que no son capaces de dar un minuto de serena alegría?”.

Esta idea se introduce en todo momento y de un modo particular durante las diversiones o luego de ellas.

– “¡Qué necio es el modo de pensar y de obrar de los hombres!” – se dice – ¡todo es artificial, todo es pasajero!

Se cuenta en la vida de San Felipe Neri¹⁶ una anécdota que vale la pena narrar y que podrá ilustrar un poco más lo que queremos decir:

Es la historia de Francesco Zazzera.

El joven Francesco estudiaba Leyes; era de hermoso aspecto, gran ingenio y poseía un aspecto de aristócrata que, sumado a su estampa de caballero le hacía ganarse la simpatía de muchos y muchas.

¹⁶ Cfr. ORESTE CERRI, *San Filippo Neri aneddotico*, Il villaggio del fanciullo di Vergiate, Roma 1986, 56-57.

Creído de gran talento y de óptimas cualidades, lleno de ambición, se auguraba a sí mismo una brillante carrera como abogado y una excelente fama en la ciudad de Roma. Una tarde, mientras conversaba con sus amigos sintió hablar por casualidad del Padre Felipe Neri, de sus andanzas, sermones y locuras; escuchaba con atención lo que del santo sacerdote se narraba y, lleno de curiosidad, resolvió dirigirse hacia su parroquia para escuchar una de sus famosas prédicas.

Una vez allí pudo escuchar el sermón entero y quedó, como muchos, edificadísimo. Terminada la homilía y para su sorpresa, el P. Felipe se acercó hasta él y abrazándolo como a un hijo, le dijo:

– Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?

– Francesco Zazzera.

– ¿Y a qué te dedicas? – replicó el santo.

– Soy estudiante de Leyes.

– Querido Francesco, tú eres muy afortunado... ¡Feliz de ti! Ahora estudias... pero ¡luego serás doctor en Leyes... bravo! Luego comenzarás a ganar una buena suma... luego serás alguna cosa... un gran hombre de negocios... Me mirarás desde arriba... Serás... serás... serás... ¡Feliz de ti, oh Francesco!... ¡Feliz de ti...!

El joven estudiante escuchaba con gran orgullo las palabras del Santo y, pensando que hablaba en serio, sonreía por el hermoso pronóstico que le auguraba el santo sacerdote. Sin embargo, interrumpiendo las alabanzas, San Felipe se le acercó al oído y le susurró suavemente:

– Serás... serás... serás... – y poniéndose serio, con acento compasivo agregó: ¿Y luego, qué? ¿Y luego de todo esto, qué...?

El joven que no se esperaba esta conclusión, quedó turbado y esbozando una esforzada sonrisa salió de la iglesia.

Esa noche le fue imposible dormir; sentía una y otra vez aquellas palabras del Padre Felipe: “¿Y luego qué?...”; “¿y luego qué?...”; “¿y luego qué?...”.

Al día siguiente volvió junto al Santo para pedirle consejo; había tomado la firme determinación de abandonar la carrera de abogado para dedicarse enteramente a Dios; en efecto, se había dado cuenta de la levedad de la vida y de la vanidad del mundo. San Felipe no tardó en aconsejarlo y luego de un par de semanas vistió la sotana siendo así uno de los discípulos más queridos del Santo de la alegría.

e. Atracción por una vida de oración

Quien comienza a plantearse en serio la vocación, tiene normalmente un deseo indecible de sentirse unido con Dios, de conversar con Él, de rezar. Desea estar solo, escondido del mundo para atraer al mundo hacia Dios... Se tienen deseos de hacer oración, de aprovechar realmente el tiempo y hacer penitencia por los pecados del mundo...

¡Y no son pocos los que así piensan! ¡cuántas veces se ve, entrando en alguna iglesia, a algún joven o alguna joven arrodillados y en oración! ¡cuántos de ellos van Misa durante la semana, haciendo muchas veces grandes sacrificios para poder llegar a horario en el medio del trajín del día! ¿no será que quizás Dios los esté llamando?

“¡Probablemente sea un simple ejercicio de piedad!”, diremos...; pero podría tratarse de algo más, de un deseo mayor; un deseo que no se apaga, como dice el salmo: “mi alma tiene sed del Dios vivo/ ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal. 42).

f. Ansias de sufrir y reparar por nuestros pecados

El amor, con amor se paga.

Nuestro Señor Jesucristo amándonos primero nos dio ejemplo de cómo amar.

– “¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo?” – se repetía San Ignacio de Loyola¹⁷.

El pensamiento de tantos pecados y de tanta ingratitud para con Dios de parte de los hombres deja, es cierto, indiferentes a los más, pero hiere a otros en lo más vivo de su ser y les hace sentir el deber de sufrir y sacrificarse para asemejarse a Jesús.

Muchas veces no piensan en los *porqués*, simplemente hay deseo de sufrir por amor a Dios; entonces es cuando se ve a estas almas entregarse al sacrificio y renunciar voluntariamente a los gustos propios; algunos hasta procuran hacer penitencia quitándole tiempo al sueño, ayunando o visitando a los enfermos y, de ese modo, encuentran el gozo y la paz del alma.

Un retoño de santidad como fue Santo Dominguito Savio, ayunaba por los pecadores a la tierna edad de once años; Santa Teresa buscaba dormir sobre tablas para hacer penitencia; San Luis Gonzaga, atormentaba su sueño con piedrecillas metidas entre las sábanas.

La vida de sacrificio y reparación resulta ser una de las señales más sólidas y seguras de vocación, por ello **es importante** presentar la vida religiosa tal como ella es, es decir, como una vida de renuncia y de sacrificio. Es inútil procurar mitigar este lado incómodo de la vida religiosa; la vida religiosa es Cruz y nada más que Cruz.

Cuenta el P. Busuttill¹⁸ que una joven a la que él dirigía espiritualmente se presentó a las Hermanas Franciscanas Misioneras de María para ser admitida en su Congregación. Una vez con ellas,

¹⁷ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* N° 53.

¹⁸ Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 76.

las hermanas empezaron a desanimarla diciéndole que su Regla era muy rígida y difícil, que pocas llegaban a resistir y que la mayoría tenía que volverse atrás. Al principio quedó un poco angustiada, pero luego quiso ir al Noviciado para ver y probar cómo era la realidad.

Al llegar, nuevamente la Maestra de novicias la previno:

– ¡Ni pensarlo! ¡Nuestra Regla es muy dura! ¡Nunca podrás resistir!

A lo que la joven respondió.

– Si hay que sufrir, mucho mejor. Yo no quiero hacerme religiosa para estar bien, sino para crucificarme con Jesús.

Y es que el que tiene *verdadera* vocación nunca temerá al sacrificio; por el contrario, intentará buscarlo. Es por esto que, quien pida abrazar la vida religiosa y al mismo tiempo desprecie el sufrimiento y el anonadamiento, probablemente no la tenga.

g. El amor a la Cruz

Junto con el deseo de sufrir por los pecados, existe otro gran amor en quien está perfilándose hacia la vida religiosa o sacerdotal: es la Cruz de Cristo que atrae y seguirá atrayendo hasta el fin del mundo.

La vocación no es un llamado a pasarla bien, sino a pasarla mal...: “Hijo, si te acercas a servir al Señor Dios, prepara tu alma a la tentación” (Sir 2,1). “Hay que morir cada día” (1Cor 15, 31), o como dice el Kempis: «es preciso vivir muriendo»; hay que crucificarse con Cristo (Cf. Ga 2,19) ya que el religioso es como un condenado a muerte (Cf. 2 Cor 4,11).

Si un joven o una joven, está dispuesto a ello, puede ser que tenga vocación, y, si ante esto se asusta, es señal de que, probablemente, no tenga vocación. El que tiene verdadera vocación

está dispuesto a hacer cosas grandes, heroicas, incluso épicas por Cristo y su Iglesia.

A quien quiera entrar en religión se le ofrece «pobreza y persecución». Y no piense mundanamente nadie que pedir estas cosas es algo negativo, es lo más positivo, y tal vez lo más hermoso que se puede pedir, porque es pedir poder vivir la octava bienaventuranza que es la confirmación de las siete anteriores y es pedir aquello más eficaz para convertir nuestro mundo, porque es dar testimonio de que «el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas».

La razón última de las vocaciones numerosas se encuentra en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Es ella la que atrae las verdaderas vocaciones.

Pero... ¿Qué queremos decir con la cruz de Cristo?

1) En primer lugar, queremos indicar la cruz que coronaba el Gólgota y en la que Él murió, como fuente inexhausta de todas las vocaciones a la vida consagrada de todos los siglos, como fuente primaria y fecundísima de todas las vocaciones que han existido, existen y existirán. Esa cruz de Cristo, con todo lo que en ella hizo y padeció, está en el comienzo, desarrollo y perseverancia final de toda vocación consagrada. Que muchos consagrados tengan miedo a la cruz de Cristo es señal, más que elocuente, de la decadencia de la vida consagrada y del porqué de la falta de vocaciones en muchas comunidades.

2) En segundo lugar, con «la cruz de Cristo» queremos indicar la que Él preparó para cada uno de nosotros en su cruz, como muy bien dice San Luis María Grignon de Montfort en su *Carta circular a los amigos de la Cruz*:

– La que cada uno debe cargar con alegría, con entusiasmo y con valentía;

– la cruz que mi Sabiduría le fabricó con número, peso y medida;

– la cruz cuyas dimensiones: espesor, longitud, anchura y profundidad, tracé por mi propia mano con extraordinaria perfección;

– la cruz que le he fabricado con un trozo de la que llevé al Calvario, como fruto del amor infinito que le tengo;

– la cruz que es el mayor regalo que puedo hacer a mis elegidos en este mundo;

– la cruz constituida, en cuanto a su espesor por la pérdida de bienes, las humillaciones, menosprecios, dolores, enfermedades y penalidades espirituales que, por permisión mía, le sobrevendrán día a día hasta la muerte;

– la cruz, constituida, en cuanto a su longitud, por una serie de meses o días en que se verá abrumado de calamidades, postrado en el lecho, reducido a mendicidad, víctima de tentaciones, sequedades, abandonos y otras congojas espirituales;

– la cruz, constituida, en cuanto a su anchura, por las circunstancias más duras y amargas de parte de sus amigos, servidores y familiares;

– la cruz, constituida, por último, en cuanto a su profundidad, por las aflicciones más ocultas con que le atormentaré, sin que pueda hallar consuelo en las creaturas. Estas, por orden mía, le volverán las espaldas y se unirán a mí para hacerle sufrir.

Es el deseo que tuvieron todos los santos.

h. Espíritu de generosidad para con Dios

Otro signo es el no estar nunca satisfecho con lo que uno hace por Dios, no decir nunca basta, querer hacer siempre más. Si

un joven empieza a experimentar cierta inquietud, una santa impaciencia por hacer siempre más por la causa de Dios, estamos frente a un amor genuino hacia Jesús, frente a la comprensión práctica de lo que Él ha hecho por nosotros, y de lo poco que hacemos por Él.

Aquel querer amar a Jesús hasta la locura, aquel atormentarse continuamente porque no se ama a Dios como uno quisiera, aquel querer *hacer un no se qué* para demostrar nuestro amor es lo que empuja a estas almas a verdaderos heroísmos de generosidad. El amor de Dios es fuente de tormento y alegría, al mismo tiempo; alegría porque lo tienen de veras, tormento porque no es del todo cuanto quisieran.

¿Estado místico? No necesariamente, pero signo muy probable de vocación.

i. Horror al pecado y delicadeza de conciencia

Se trata de un miedo saludable respecto del pecado.

Quien anda por estos caminos considera sus faltas como el verdadero y único mal del alma, al mismo tiempo que ve sumergirse a una parte del mundo en una gran corrupción ruina espiritual.

Es cierto que todo cristiano debe tener horror por el pecado, pero nos referimos a un deseo de perfección mucho más fuerte, deseo no sólo de no pecar, sino de *hacer que el mundo no peque*, de pedir por los pecadores, de perdonarlos, de ser testigo y copartícipe de la misericordia divina, como decía el Apóstol: “Revestíos... de entrañas de misericordia” (Col 3,12).

Junto con el horror al pecado, se halla una sensibilidad especial para guardarse aún de las más leves faltas. El sólo temor de ofender a Nuestro Señor hace que el alma sea capaz de cualquier

renuncia. Quien se siente atraído por Dios descubre en sí que es mucho lo que le falta y mucho más aún lo que debe corregir.

Esto no significa que no caigan en pecado. Pueden caer e incluso en gravísimos, por permisión de Dios, pero con la gracia intentarán levantarse una y otra vez para volver a emprender el camino que los llevará hasta la fuente de agua.

j. Temor a tener vocación

Según San Alberto Hurtado a veces es señal de vocación el mismo temor de que Dios quisiera llamarlo a uno a la vida religiosa.

A veces se tiene miedo de la vocación, se quita todo pensamiento sobre esa materia, el cual vuelve con insistencia y, ¡hasta se reza para no tenerla!. “Que Dios tenga lejana de mí semejante invitación, la cual destruiría tantos castillos ideados y acariciados”.

Hay en el joven un pensamiento similar al siguiente: “Éste o aquel otro quieren ‘pescarme’ para la vida religiosa”, “me quieren convencer”; ante esto, algunos evitan el “peligro” de conversar hasta con sacerdotes, de ir con religiosos o con jóvenes que tienen vocación, de ir a un retiro o a un campamento por temor a que se hable de la vocación o que vengan esos extraños deseos de consagrarse a Dios.

Conozco muchos que, por temor a enfrentarse con la realidad, hasta temen hacer los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio porque deben toparse allí con su propia alma y hacer también la “elección de estado” para ver qué es lo que Dios quiere de ellos; hay otros que (como yo cuando más joven), han hecho dichos *Ejercicios*, pero “salteando” el momento de elegir estado (no sea cosa que Dios me llamara...).

Todo esto, normalmente, es señal de verdadera vocación.

Sucede que el demonio puede conjeturar con cierta probabilidad que, si llegasen a ser sacerdotes o religiosos, harían muchísimo bien, y por eso procura poner en sus corazones esos temores infundados para alejarlos del camino que sería su salvación y la de tantas almas.

Los ejemplos de vocaciones empezadas en este terreno son muchísimos.

En la vida de Santa Faustina Kowalska se lee que desde los 15 años había comenzado a sentir el llamado a la vida religiosa. Al inicio no hacía mucho caso, pero finalmente, deseó hacer las cosas como Dios manda y decidió hablar con sus padres.

La respuesta fue negativa; no iría al convento; todo acabó allí y Faustina siguió su vida sin pensar nuevamente sobre el tema. Cada vez que le venía el pensamiento de la vida religiosa, hacía lo imposible por quitárselo de la cabeza.

La misma Santa relata una de estas ocasiones en su Diario:

“El decimoctavo año de mi vida pedí insistentemente a mis padres el permiso para entrar en un convento: fue categórica su negativa. Después de esa negativa me entregué a las vanidades de la vida sin hacer caso alguno a la voz de la gracia, aunque mi alma en nada encontraba satisfacción. Las continuas llamadas de la gracia eran para mí un gran tormento, sin embargo intenté apagarlas con distracciones. Evitaba a Dios dentro de mí y con toda mi alma me inclinaba hacia las criaturas, pero la gracia divina venció en mi alma” (Diario, Nº 8).

Durante ese mismo año tuvo una experiencia que marcó su vida. Fue invitada a una fiesta junto con su hermana Josefina, en el parque de Venecia, en la ciudad de Lodz:

“Una vez, junto con una de mis hermanas fuimos a un baile. Cuando todos se divertían mucho, mi alma sufría tormentos interiores. En el momento en que empecé a bailar, de repente vi a Jesús junto a mí. A Jesús martirizado, despojado de sus vestiduras, cubierto de

heridas, diciéndome esas palabras: “¿*Hasta cuándo Me harás sufrir, hasta cuándo Me engañarás?*” En aquel momento dejaron de sonar los alegres tonos de la música, desapareció de mis ojos la compañía en que me encontraba, nos quedamos Jesús y yo. Me senté junto a mi querida hermana, disimulando lo que ocurrió en mi alma con un dolor de cabeza. Un momento después abandoné discretamente a la compañía y a mi hermana y fui a la catedral de San Estanislao Kostka. Estaba anocheciendo, había poca gente en la catedral. Sin hacer caso a lo que pasaba alrededor, me postré en cruz delante del Santísimo Sacramento, y pedí al Señor que se dignara hacerme conocer qué había de hacer en adelante. Entonces oí esas palabras: “*Ve inmediatamente a Varsovia, allí entrarás en un convento*”.

El temor finalmente terminó y Faustina siguió la voz de Dios.

Pero no fue la única; también se lee en la vida del Beato Miguel Agustín Pro, S.J., que sentía una gran repulsión en su juventud respecto de los sacerdotes jesuitas: no podía verlos de ninguna manera. Estaba enfadado con ellos porque, siendo Directores Espirituales de sus hermanas, las dirigieron hacia el claustro. Una gran melancolía se había adueñado de él; no quería ver a nadie y menos a un sacerdote. Su madre, pacientemente logró convencerlo de que hiciese los *Ejercicios Espirituales* ignacianos para quitarse esa idea de la cabeza; finalmente fue, pero con el temor de encontrarse con Dios; fue eso precisamente lo que sucedió: Nuestro Señor le hizo ver que lo llamaba a una vida de mayor entrega y él no sólo respondió ingresando a los jesuitas, sino que hasta llegó a inmolar su vida por Dios en manos de los comunistas.

Es que de Dios nadie puede escapar, como dice el Salmo: “¿A dónde iré yo lejos de tu espíritu, a dónde de tu rostro podré huir? Si hasta los cielos subo, allí estás tú, si en el infierno me acuesto, allí te encuentras. Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, también allí tu mano me conduce, tu diestra me aprehende” (Sal 139).

k. Un gran celo por las almas

La narración de la lejana misión siempre ha encantado y conmovido: el pensamiento de millones de almas que aún no conocen a Jesús, puede hacer que – hasta por momentos – se nos escape una caprichosa lágrima.

Ante esta realidad, muchos quedan fríos, como si fuera algo que no les tocara, sin embargo, a otros les parece tener como una obligación; sienten que deben hacer algo para ayudarlas, que no pueden permanecer tranquilamente en sus casas.

Algunas veces ese pensamiento se vuelve hasta una fijación y los persigue.

“¡¡¡Alguien tiene que hacer algo!!!”

Se cuenta de Santa Teresa de Ávila que, cuando muy niña, escapó de su casa para ir a las Cruzadas a defender los santos lugares. Es la misma sensación que sentía el Salmista cuando cantaba: “No has querido sacrificios, ni ofrendas, ni holocaustos, por eso he dicho a mi Señor: He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Sal 39).

Quien esto perciba en su alma refleja, aunque no lo sepa, los mismos deseos de Jesús Crucificado que continúa gritando:

– “¡Tengo sed!”

Este sentimiento altruista, flor de la caridad cristiana, se encuentra con frecuencia en almas juveniles y es una señal evidente de que Dios llama al ideal de la paternidad o maternidad espiritual, que es la expresión más genuina de la caridad y de la vida consagrada al bien de los demás.

I. Anhelar la vida sacerdotal o religiosa

“¡Mirad cómo se aman!” decían los paganos de los primeros cristianos. Es ese amor y esa entrega por Cristo lo que muchas veces lleva a hacer suspirar por llevar una vida similar. Recuerdo que antes de entrar al seminario, visité un par de veces la casa de formación que luego sería mi seminario; veía que todos estaban alegres y que, aunque estuviesen limpiando las ollas, o los baños, o cocinando a la intemperie, todos cantaban, todos estaban felices. En verdad, pensaba que estaban fingiendo:

– “No pueden estar tan felices en medio de tanta nada – me decía – acá debe haber gato encerrado”.

Pero era así nomás; no fingían y yo envidiaba esa felicidad que en poco tiempo, sin saberlo todavía, también sería mía.

* * *

En realidad podríamos continuar todavía esta lista hasta casi el infinito, pero baste lo escrito hasta aquí para ilustrar algo de lo que puede pasar por el alma de quien está siendo llamado a la vida sacerdotal o religiosa.

Es importante tener en cuenta que lo que mencionamos aquí son simplemente “señales de la vocación”, es decir, no significa que quien las tenga, posea *todo* lo que se requiere para poder deducir la presencia de un verdadero llamado, sino que alguna o algunas de esas “señales” poseen ya un fundamento cierto de que alguien puede haber sido escogido por Dios.

Hay quienes nunca han sentido nada de esto y de todos modos entienden claramente que deben ser religiosos o religiosas y

esto porque Dios se ha manifestado de algún modo diverso. Él es el único médico de las almas y dueño de todo, por lo que no hay reglas o métodos que valgan al momento de comunicar una gracia tan grande como es la de la vocación.

Capítulo V

Tomando buenas decisiones

Hemos visto algunos signos, pero no es cosa solamente de ver las señales.

Hay gente que ha aprendido a manejar su vehículo y que diariamente lo usa para sus quehaceres, pero que toda su vida ha pasado los semáforos en rojo o ha estacionado donde no debía. Es decir, una vez que se han visto algunos avisos respecto de la vocación es necesaria una decisión de la voluntad guiada por la inteligencia e iluminada por la gracia; sin ello nadie podrá tomar una determinación tan trascendental; además, como diversos son los tipos de personas también serán diversos los modos por los cuales alguien podrá darse cuenta de si Dios lo llama o no a este estado de vida.

Intentaremos ver ahora, a la luz de la doctrina de San Ignacio de Loyola, algunos de los modos por los cuales se puede tener cierta certeza de ello.

Teniendo en cuenta la autoridad del santo autor de los *Ejercicios Espirituales* y de las veces que la Iglesia ha recomendado este método para rezar y discernir deberíamos decir que, según el militar de Loyola, Dios puede comunicarse a un alma de distintas maneras¹⁹.

1. Elección en base a una inspiración directa por parte de Dios

Si bien no es muy común, esta experiencia existe y ha existido: se trata de una irrupción directa de Dios en la vida del hombre y es cuando Él mismo, mediante una visión o con una clarísima inspiración, se comunica al alma de tal que no admite

¹⁹ Los números entre corchetes, corresponden a la numeración de la obra ignaciana; si bien dichas normas pueden ser utilizadas para varios tipos de discernimiento, aquí acotamos los planos para el momento de la elección de estado.

ningún género de dudas en quien recibe dicha inspiración. Así hizo Dios con San Pablo llamándole de una manera milagrosa y clarísima en el camino de Damasco; lo mismo sucedió – como vimos más arriba – con Santa Faustina, a quien el mismo Señor le expresó su voluntad de que se hiciera religiosa.

San Ignacio lo expresa así:

“El primer tiempo trata de una gracia especial de Dios, en la cual el alma, *sin dudar ni poder dudar* sigue lo que es mostrado. Dios se manifiesta de tal manera al alma que ésta goza de la plena seguridad de que es ése el querer de Dios, y no se le ocurre pensar el hecho de que Dios quiera lo contrario” [EE.EE., nº 175].

“Sin dudar ni poder dudar”; Dios se complace en comunicarse a muchas almas que quizás quedarán para siempre escondidas en la humildad pero que reciben de Él un trato de misericordia inefable.

Es el caso de quien “no sabe cómo”, pero ha visto claramente que Dios lo ha llamado a la vida sacerdotal o religiosa.

Pero no es el único modo.

2. En base a la experiencia de consolaciones y desolaciones

Esta es una manera muy frecuente por la cual Dios da a conocer sus designios; quien discierne sobre la vocación religiosa se siente fuertemente atraído hacia ella; no existe entonces, otro ideal, no puede dudar de que ése es su camino. Cuando piensa en la vocación se siente feliz, se llena de entusiasmo y está pronto a cualquier lucha o sacrificio con tal de llegar a ser sacerdote o religioso/a.

San Ignacio lo explica así:

“El segundo tiempo es cuando el alma *considera las experiencias de consolación y desolación*, y aplicando a éstas las reglas de

discreción de espíritus, entiende la manifestación clara y precisa de lo que Dios quiere. Esto requiere que el alma *con detenimiento* examine las mociones que la mueven para poder determinarse con certeza y seguridad a la voluntad de Dios” [EE.EE., nº 176].

Habrá, como siempre, tentaciones, momentos de duda y de desaliento, pero el alma que está siendo realmente llamada comprenderá que son tentaciones que pasarán pronto para dejar tras de sí la calma inicial. Para este método, ayuda mucho el *escribir las determinaciones en un papel*, es decir, anotar los *motivos* por los cuales se escoge o no el estado religioso; ello sirve para convencer a la inteligencia de que se tienen razones suficientes para tomar tal determinación. Ese escrito, fruto de la meditación, ayudará siempre para el momento de la tentación o vacilación, tanto antes como luego de haber decidido tal modo de vida.

3. La elección en tiempo de calma

Es la decisión fundada sobre el raciocinio; es el estado de aquellos que no se sienten movidos sensiblemente por la gracia sino que se hallan en un estado de tranquilidad absoluta; tienen tentaciones, pero éstas no son gran cosa; hay en ellos una santa indiferencia por lo que ha de ser la voluntad de Dios en sus vidas.

Quien se encuentra en tal estado no por “no sentir nada” habrá de creer que Dios no lo llame (como suelen pensar algunos) sino que Dios desea que hagan su elección considerando con la lógica cristiana los puntos siguientes:

- Para qué han sido creados
- Cuál es el fin de su vida en la tierra y
- Qué camino es el más adecuado para alcanzar mejor, más fácilmente y con mayor seguridad, su último fin.

Muchos santos han recurrido a este modo para conocer y encontrar su vocación. Así, de San Claudio de la Colombière²⁰ se lee que, llegado a la edad de tener que abandonar el colegio y los estudios inferiores y teniendo que elegir su camino, después de haber encomendado el asunto al Señor, se puso a pensar y a considerar sus inclinaciones, dotes, posibilidades, el fin de su vida, etc., y *aunque no le atraía la religión la escogió porque le parecía más apta para conseguir su salvación eterna* y el fin para que Dios le había creado.

Que escogió bien y que fue una verdadera vocación divina, lo prueba el hecho de que fue un perfecto religioso y que por este camino llegó a la santidad y al honor de los altares.

Pero detengámonos más en el modo de hacer esta decisión según este método “en tiempo de calma”.

a. Preparación remota para la elección en tiempo de calma

La decisión, como todas en la vida, debe ser *racional*, es decir, ponderando y midiendo las ventajas y desventajas de lo que se ha de elegir con la inteligencia iluminada por la gracia; habrá que saber entonces, qué es la vida religiosa, el alcance de los votos, lo que implica abandonarlo todo, cuáles son los derechos y las obligaciones, la belleza de esa excelsa dignidad, la vida de pobreza, etc.; deberá entenderse *al menos genéricamente* lo que se está dejando (así como cuando uno decide casarse sabe que tiene que renunciar a tener otras novias o que está obligado a cooperar con Dios para la procreación de la prole, etc.).

²⁰ Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 134.

Además, para poder contrapesar, deberá conocerse también genéricamente, la belleza del gran sacramento del matrimonio y lo que significa.

Es un momento de calma, por ello no debe haber prisas ni inmadurez, ni apuros ni falsas razones.

b. Preparación próxima

Ya llegando al momento de plantear la elección, otra cosa que se ha de hacer es *apartar de nuestra inteligencia toda clase de dificultades aparentes*. Suele suceder que en el caso de la elección de estado, el demonio comienza a turbar al joven e impedirle que haga bien su elección presentando para esto dificultades insuperables, futuribles, tentaciones de pasado y de futuro, etc., de modo que, en vez de buscar con sinceridad la voluntad de Dios, se convenza antes de tiempo de que no podrá ser nunca sacerdote o que la vida religiosa no se ha hecho para él o para ella; es por ello que hay que evitar todo tipo de *pre-ocupación*: a cada día le basta su afán.

Por lo que dijimos, antes de hacer la elección se ha de *fijar bien el objeto de la elección misma*, es decir, se ha de preguntar: “¿Quiere Dios que siga el camino ordinario, quedándome en el mundo o desea que me aparte de él para entregarme a una vida más perfecta?”.

Ahora sí, luego de esta breve preparación, veamos cómo explica San Ignacio el modo de hacer la elección en tiempo de calma:

c. Elegir serenamente, según San Ignacio

El tercer tiempo, según dice San Ignacio, es teniendo como objetivo el fin del hombre, esto es para qué ha nacido: «para alabar

a Dios nuestro Señor y salvar su ánima», y elegir en consecuencia lo que sea más conveniente con dicho fin [cfr. 177].

Es necesario repetir que se debe aplicar este último método en tiempo tranquilo, es decir, cuando el alma no esté agitada de varios espíritus y pueda usar de sus potencias sin verse turbada; si no se tiene en cuenta este punto, el resultado de la elección es probable que no sea del todo confiable. Si no hay tiempo tranquilo conviene esperar hasta que éste llegue.

Este tipo de elección posee, además, dos modos:

– **El primer modo** consta de los siguientes pasos:

1º) Poner delante la materia propuesta, sobre la cual se desea hacer elección [179]. En este caso, la posibilidad de la vida sacerdotal o religiosa.

2º) Reconsiderar el fin, esto es, «he sido creado para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi alma» [179].

3º) Pedir a Dios la gracia para que mueva mi voluntad y mi alma a elegir aquello que más sirva para su gloria y alabanza, de tal manera que mi inteligencia y mi voluntad se guíen de acuerdo a Su santísima voluntad [180].

4º) Considerar «*raciocinando*» todos los beneficios y provechos que se siguen al elegir uno de los extremos de la elección; tal oficio, tal estado, etc. y asimismo todos los males y peligros que ocasionaría determinarse por este oficio, estado, etc. Y por otro lado hacer lo mismo con el extremo opuesto, es decir mirar todos los beneficios y provechos en no tomar tal oficio o estado y todos los males y peligros que se siguen de eso. Es decir, ver todos los *pro* y *contra* en cada caso. Cuando sean decisiones importantes, convendría que se piensen con detenimiento, y que todas las razones que se encuentren en uno y otro caso, sean escritas con toda claridad y amplitud [181].

5º) Es el punto más importante, se trata de hacer un *juicio racional*, es decir, examinando lo que antes se ha escrito o pensado, juzgar qué

razones tienen mayor peso y dónde se siguen mayores bienes para la propia alma, siempre teniendo en cuenta el fin para el cual Dios nos ha creado («para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima»).

Se trata de un juicio racional y no sentimental; acá las apreciaciones sensibles de si “me gustaría más esto o aquello”, o “esto es más cómodo o más fácil”, deben ser dejadas de lado. Es la razón la que debe dominar la elección [182] y no los sentimientos.

6º) Hecha la elección debemos, delante de Dios, «ofrecerla, para que su divina majestad la quiera recibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza» [183].

– **El segundo modo** [184–188] consta de los mismos pasos que el anterior pero sólo varía en el número cuatro.

San Ignacio quiere que ganemos objetividad, que no nos movamos por nuestros intereses sino por los de Dios, presentándonos para ello cuatro reglas, un presupuesto y tres situaciones para considerar detenidamente:

1ª regla: Es considerar la cosa que voy a elegir y ver la relación que ella tiene con Dios, mi fin último, «de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige es sólo por su Creador y Señor» [184].

2ª regla: Mirar a un hombre que nunca se ha visto ni conocido, y deseando toda su perfección, pensar qué le diría sobre la materia que se ha propuesto elegir, viendo la mayor gloria de Dios y la salvación de su alma. Luego, aplicar a mí mismo tal decisión [185].

3ª regla: Ponerme *in articulo mortis*, es decir, en mi lecho de muerte, a punto de expirar; luego, imaginando esa situación, considerar cuál sería el pensamiento que en ese momento hubiese querido tener respecto de tal elección. Y por esa determinación moverme ahora [186].

Es decir, imaginarme a punto de morir y pensar: “¿Qué hubiese tenido que hacer en tal oportunidad, cuando me planteé seriamente la vocación al sacerdocio o a la vida religiosa? ¿haría lo mismo ahora, luego de que han pasado ya varios años, o cambiaría de decisión?”. Luego determinarse a decidir lo que Dios inspire.

4ª regla: Poner al alma delante del juicio de Dios, el momento más decisivo de la vida, delante del Supremo Juez y de toda la corte celestial, y considerar qué quisiera haber elegido para mostrarlo delante de Dios, y la regla que entonces hubiese querido haber tenido, tomarla ahora, porque entonces se halló con entero placer y gozo [187].

Ante la posibilidad de hacer una buena elección de estado en tiempo de calma, podría servir este pequeño ejemplo que damos más abajo: se trata simplemente de tomar papel y lápiz y anotar las ventajas y desventajas que se encuentran para conseguir el fin supremo, ya sea quedándose en el mundo y santificándose en el matrimonio o bien abrazando la vocación sacerdotal o religiosa. Conviene hacer entonces los *pro* y los *contra* de ambos estados de vida y *no solamente de aquél sobre el cual se quiere decidir*, ya que de este modo, la inteligencia se verá más iluminada ante las ventajas y dificultades de uno y de otro.

Es importante para ello pensar *en concreto*, es decir:

1) QUIEN ESTÁ DECIDIENDO SOY YO (y no mi hermano o mi vecino).

2) Es MI ALMA la que se juega el todo por el todo en esta decisión, por lo tanto, los *pro* y los *contra* de la vocación sacerdotal o religiosa deberán pensarse como para ser vivida por MI. Veamos un ejemplo:

Pro y contra de la vida religiosa

<i>Pro de la vida religiosa, para mí</i>	<i>Contra de la vida religiosa, para mí</i>
1) Poder volcar toda mi vida a la salvación de las almas.	1) No poder formar una familia.
2) Retribuir en algo todo el bien que Dios nos ha hecho.	2) En algunos casos, estar lejos de familia, amigos.
3) Combatir por el reino de Dios y la restauración de su Iglesia.	3) Pasar soledad y no ser comprendido por muchos.
	4) No aguantar el voto de castidad que la vida religiosa implica.

Pro y contra de la vida matrimonial

<i>Pro de la vida matrimonial, para mí</i>	<i>Contra de la vida matrimonial, para mí</i>
1) Poder formar una familia cristiana.	1) No poder dedicarme por completo a Dios.
2) Estar cerca de mis padres.	2) Estar ocupado con las cosas del mundo y no poder hacer tanto apostolado para la salvación de las almas.
3) Combatir por los ideales cristianos y para que Cristo reine en nuestra sociedad.	

Pensando y rezando se encontrarán muchas cosas más como para agregar en el papel; luego, analizándolo con un sacerdote experimentado, con un alma espiritual (y hasta incluso solo, si no hay más remedio) se podrá hacer un balance de las ventajas y desventajas, decidiendo en consecuencia.

Vale resaltar que quien ayude a discernir la vocación, simplemente “opinará”, es decir, *no decidirá* en lugar de quien debe hacerlo; será como un buen amigo que aconseja lo que cree prudente en el momento.

d. Dos avisos y un error: ¿sentir la vocación?

Avisos

– Hay que tener en cuenta que este método no ha de ser simplemente numérico sino moral; algunas veces una sola desventaja (en la hilera de los “contra”) puede anular todas las ventajas y viceversa.

– Dicho método para hacer elección de estado puede hacerse cuantas veces se desee, mientras no se haya tomado una decisión inmutable (vida religiosa, matrimonio) hecha verdaderamente en tiempo de calma ante Dios; el ser humano es tan cambiante que puede suceder que un día no esté del todo de ánimo como para hacerlo e igualmente lo intente; la decisión de allí surgida no será la más conforme a la realidad.

¿Sentir la vocación? Un grave error

Como venimos viendo más arriba, la vocación es algo bastante “racional”; las sensaciones son parte del hombre, es verdad, pero no sólo de él: también los animales sienten y no por ello llegan a ser hombres ni deciden su vocación...

Pío XI, en un documento solemne sobre el sacerdocio dirigido a los católicos de todo el mundo nos da una idea de lo que es la vocación; leamos con atención las partes más importantes:

“La vocación se revela más que en un sentimiento del corazón, o *en un sensible atractivo que a veces puede faltar*, **en la recta intención** de seguir a Dios (...). Quien se dirige al sacerdocio o a la vida religiosa únicamente por el noble motivo de consagrarse al

servicio de Dios y a la salvación de las almas, y juntamente, o a lo menos con el fin de alcanzar seriamente una sólida piedad, una pureza de vida a toda prueba, una ciencia suficiente, éste muestra que ha sido llamado por Dios”²¹.

Es esto lo que enseñan los santos al decir que la genuina vocación es sencillamente “un *firme deseo y voluntad de servir a Dios*”.

Hay aquí tres integrantes principales, como son la gracia de Dios que desea llamar a un estado de vida más perfecto, la inteligencia y la voluntad del sujeto, con las cuales se comprende y se quiere lo que nos conviene para la santificación, perfección y salvación del alma.

Tengamos en cuenta que Nuestro Señor *no dijo* al joven rico: “Si *lo sientes...*”, sino “si *quieres*”. El fervor sensible y el entusiasmo acompañan muchas veces a una vocación verdadera, pero no son estrictamente necesarios. Muchas veces Dios los concede para que el alma se fortifique y supere una serie de luchas internas o externas por las que deberá pasar para llegar a alcanzar su ideal. Son los caramelos de Dios, los consuelos de Dios.

De hecho, el que tiene la vocación ha de sacrificar familia, haberes, amistades, quizá hasta algún amor o ideal humano, etc., es decir, cosas por las que deberá “sentir” dolor, pero que, con la inteligencia y la voluntad, dirá: “de todos modos, *quiero*”.

No se trata, por consiguiente, de *sentir* sino más bien de *entender* con la inteligencia iluminada por la Fe y elevada por la gracia que, *para mí*, con todos mis defectos, talentos, debilidades, deseos, temperamento y circunstancias, *la vida sacerdotal o religiosa es lo más apto para salvarme y dar gloria a Dios*.

²¹ Pío XI, Carta encíclica “Ad catholici sacerdotii”.

* * *

Hemos visto – al menos sucintamente – distintos modos que, según San Ignacio de Loyola, pueden ayudarnos a tomar buenas decisiones respecto del planteo de la vida sacerdotal o religiosa; para una información mayor, daremos ahora algunos de los motivos, suficientes e insuficientes, que podrán ayudar a alguien que esté decidiendo abrazar tal estado de vida.

Capítulo VI

Los motivos para entrar en la vida religiosa

En el capítulo anterior veíamos los diversos modos que existen de hacer una buena elección de estado. Como decíamos, es necesario tener motivos suficientes y de peso para poder realizar dicha elección. En el presente capítulo intentaremos ver algunos de ellos que permitan elegir tranquilamente y en conciencia.

1. Algunos motivos sobrenaturales y suficientes

a. Seguridad de salvar la propia alma si se permanece fiel

Es sabido que, normalmente, en la vida religiosa se está alejado de los peligros y tentaciones del mundo; el claustro es en cierto sentido, una especie de muerte por medio de la cual el religioso voluntariamente hace oblación de sí mismo para dedicarse por entero a Dios: es ésta la razón por la cual vive alejado del mundo y de sus placeres, recibiendo en recompensa la vida eterna en el cielo y el ciento por uno en este mundo.

“Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos, pues?». Todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna” (Mt 19, 27.29).

Ha sido Nuestro Señor mismo, el primero en prometer que aún un vaso dado en su nombre tendría recompensa en el Cielo, ¿cómo podría dejar entonces sin el premio eterno a los que lo han dejado todo por su amor y lo han seguido entregándose en sacrificio? Su promesa ha sido contundente: “a quien me siguiere... le daré la vida eterna” (cfr. Mt, 19,29); pero – es cierto – ello no obra automáticamente, sino que requiere la fidelidad hasta el final de quien se ha decidido a abandonarlo todo y a seguirlo.

b. Encontrarse casi libre de pecado mortal

El sacerdote o la religiosa vive siempre bajo la mirada de Dios; tiene las reglas que le sirven de barrera contra las tentaciones; tiene a sus superiores y compañeros que velan por ellos para alejar toda ocasión de ofensa a Dios. Quien se entrega a Dios se liga a Él con los santos votos o promesas, pero no sólo él, Nuestro Señor mismo se ata también a sus consagrados empeñándose en derramar enormes gracias para los momentos de prueba.

Según una conocida sentencia de San Bernardo “el religioso vive más puramente, cae raramente, se levanta prontamente, muere confiadamente, se le libra del purgatorio más prestamente y es remunerado más abundantemente”.

Es más; podríamos decir con seguridad que un buen religioso fácilmente puede pasar toda su vida sin cometer un pecado mortal; pero no contentos con ello, veamos lo que dice Santo Tomás al preguntarse si en un mismo género de pecado, peca más un religioso que un seglar:

El pecado cometido por los religiosos puede ser más grave que el cometido por los seglares por tres razones. Primero, si va contra los votos religiosos, como la fornicación o el robo, ya que, al fornicar, peca contra el voto de castidad, y al robar, contra el de pobreza, además de pecar contra la ley divina. En segundo lugar, si peca por desprecio, ya que en ese caso parece que es más ingrato para con los favores divinos que le han elevado al estado de perfección. El Apóstol dice al respecto, en Heb 10,26, que *el fiel merece mayor castigo*, puesto que, al pecar, *pasa por encima del Hijo de Dios* con su desprecio. Por eso el Señor se lamenta en Jer 11,15: *¿Qué tiene que hacer en mi casa mi amado, estando cubierto de iniquidad?* En tercer lugar, el pecado del religioso puede ser más grave por el escándalo, porque es objeto de las miradas de muchos. Por eso se dice en Jer 23,14: *En los profetas de Jerusalén he visto adulterio y mentira, y dar su brazo a los perversos para que nadie se convirtiera de su maldad.* Pero si el religioso, por debilidad o por ignorancia, comete algún

pecado que no va contra los votos de su profesión sin dar escándalo, sino de un modo oculto, peca menos que el seglar que comete el mismo pecado, porque, si su pecado es leve, queda absorbido, de alguna manera, por las muchas obras buenas que realiza. Si el pecado es mortal, se levanta de él más fácilmente. Primero, porque su voluntad está dirigida hacia Dios, y si se desvía por un momento, vuelve con facilidad a su estado anterior. Por eso, en su comentario sobre el salmo 36,24: *Cuando caiga no se estrellará*, dice Orígenes: *Cuando el pecador vuelve a pecar no se arrepiente ni sabe enmendar su pecado. Pero el justo sabe enmendarse y corregirse, como aquel que había dicho (Mc 14,71; cf. Mt 26,72): «No conozco a ese hombre», poco después, al ser mirado por el Señor, empezó a llorar muy amargamente, y aquel que, desde su terraza, había visto y deseado a una mujer (2 Re 11,2), supo decir: «He pecado y he cometido el mal ante ti».* Además, sus hermanos le ayudan a levantarse, conforme a lo que se dice en Ecl 4,10: *Si uno cae, el otro le levanta. Ay del que está solo, porque, si cae, no tiene quien le levante*²².

He aquí la doctrina segura del Doctor Angélico.

c. Vivir en un “estado de perfección”

Esto mismo es lo que buscaba el joven rico del Evangelio (Mt 19, 16-22): él ya había observado los mandamientos desde su infancia, pero entendía que aquello era poco; todo le quedaba chico...; su alma anhelaba algo mucho más grande, quería hacer más por Dios, no se contentaba con lo estrictamente obligatorio.

– “*Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, ven, y sígueme*” – dijo Nuestro Señor.

Pero el joven se entristeció...

Este *estado de perfección* del que hablamos ya varias veces, es simplemente eso, un “estado”, un modo de vida en el cual se tiende continuamente a la perfección; aclaremos: vivir en un “estado

²² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II II^{ae} pars, q. 186, a. 10.

de perfección” no significa *ya ser perfecto*, ni tampoco que quien elija el estado matrimonial será un “ciudadano de segunda”. Por “estado de perfección” se entiende el seguimiento no sólo de los *preceptos* evangélicos, sino también de los *consejos* evangélicos buscados a través de los votos religiosos; pueden haber (¡y claro que los hay!) matrimonios mucho más santos que muchísimos religiosos – de esto la historia puede dar innumerables ejemplos – pero lo que la teología afirma es que el estado de vida religioso, en abstracto, resulta más perfecto que cualquier otro a causa de la entrega que en él se hace; en aquél el hombre da todo de sí a Cristo y a la Iglesia.

Fue Nuestro Señor mismo quien dijo al joven rico: “si quieres ser perfecto...”, es decir, “si quieres ser como Yo...” dándole luego los consejos evangélicos; fue Él quien quiso ser casto, pobre y obediente, proponiéndolo luego como modelo de perfección para los que se animasen.

d. Poseer muchos medios para alcanzar la santidad

Todo en la vida sacerdotal o religiosa está dirigido a que los hombres alcancen la santidad. El sacerdote o la religiosa debe obedecer a un superior negando su propia voluntad, debe vivir sujeto a una Regla, a una vida común, debe intentar vivir en pos de los demás, mortificarse en los propios deseos, las propias opiniones...; todo ello ayuda para que se convierta en un verdadero héroe escondido.

Amén de ello se encuentran también los beneficios espirituales: la Santa Misa, la dirección espiritual, la confesión frecuente, la formación intelectual, la oración, las lecturas, las visitas al Santísimo Sacramento, etc.

Aquel gran Doctor de la Iglesia que fuera San Juan de la Cruz, dejó un parrafito que no tiene desperdicio. Se trata de una serie de consejos que le daba a un religioso que quería alcanzar la santidad:

No has venido al convento sino a *que todos te labren y ejerciten*. Y así, para librarte de todas las turbaciones e imperfecciones que se te pueden ofrecer acerca de las condiciones y trato de los religiosos y sacar provecho de todo acaecimiento, conviene que *pienses que todos son oficiales* que están en el convento para ejercitarte, como a la verdad lo son, y que *unos te han de labrar de palabra, otros de obra, otros de pensamientos contra ti*, y que en todo esto tú has de estar sujeto, como la imagen lo está ya al que la labra, ya al que la pinta, ya al que la dora²³.

e. Se puede lograr una muerte santa

Para cuántos jóvenes ha sido el pensamiento acerca de la muerte lo que los ha decidido a ingresar en la vida religiosa. Nos lo dice también San Ignacio cuando aconseja al joven que hace la elección de estado, que se considere en el lecho de muerte con el sacerdote al lado y a los familiares llorando; que piense: ¿Qué hubiera preferido escoger en la hora de mi muerte? ¿Moriré más contento y tranquilo, más confiado y sereno si muero rodeado entre religiosos o religiosas, o bien, si lo hago rodeado de una hermosa familia cristiana? Ante mi muerte... ¿querría abandonar el mundo o permanecer en él? Y entonces, concluye San Ignacio, escoge *ahora* lo que hubieras deseado escoger en la hora de tu muerte.

Del religioso se puede decir: “Dichosos los muertos que mueren en el Señor” (Ap 14,13). Aquél ha vivido para Dios, ha muerto por Él y en Él; ha acumulado verdaderas riquezas que no podrán ser robadas por los ladrones ni destruidas por la polilla.

San Alfonso María de Ligorio narra así la muerte de un religioso:

Un santo religioso de la Compañía de Jesús comenzó a reír en la hora de la muerte, y como le preguntasen por qué reía, respondió: “¿Y por qué no he de reír?; ¿no ha prometido el paraíso el mismo Jesucristo al que lo ha abandonado todo por su amor?;¿no ha dicho

²³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cautelas a un religioso*, nº 15.

también que *el que dejase la casa, el padre o la madre, recibirá el ciento por uno y después la vida eterna? Yo lo he abandonado todo por Dios; y como Dios es fiel, no puede faltar a sus promesas; por consiguiente ¿no hay sobradas razones para alegrarme y sonreír, con tantas prendas como tengo de alcanzar el paraíso?*"²⁴

f. Estar en lo cierto de que siempre se hace la voluntad de Dios

En el caso de los religiosos, el voto de obediencia obliga a someter la propia voluntad a los Superiores legítimos, que hacen las veces de Dios cuando mandan algo según la Regla. Con ello, el religioso se compromete a obedecer al superior, en todo lo referente a la vida religiosa y apostólica, imitando en esto a Jesucristo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2,8).

Este privilegio, como decíamos, lo gozan únicamente los religiosos ya que cualquier cosa que hagan, desde un sermón a barrer el piso, desde la penitencia hasta dormir, si lo hacen por orden o con el permiso de sus superiores, estarán haciendo siempre la voluntad de Dios. Un superior manda a su súbdito a que vaya a asistir a un moribundo: es la Voluntad de Dios; otro manda a que el religioso vaya a visitar a su familia o a descansar: ¡no hay que discutir!, es la Voluntad de Dios. Como decía San Francisco de Sales, "todo es seguro en la obediencia y todo es sospechoso fuera de ella"²⁵.

He aquí el secreto: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4,34).

g. Gozar de una gran felicidad en la vida religiosa

¡Entendámonos! No se trata de una felicidad natural y humana. Es otra felicidad la que se busca; es aquella que notaba San

²⁴ SAN ALFONSO, *La vocación religiosa*, Iction, Bs. As. 1981, 95.

²⁵ SAN FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, VI, 13.

Agustín cuando decía: “Señor, nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti”.

Es la felicidad de la conciencia tranquila, del amor de Dios, de la convicción de estar haciendo lo que Dios manda en el lugar que Él manda.

Es parte del ciento por uno aquí, en esta vida.

h. Poder llevar una vida de sacrificio y renunciamento por amor de Dios y las almas

Por esta razón no pocos escogen la vida religiosa; el que quiere sacrificio puede estar seguro de que ama al Señor. No hay señal más clara y segura del amor a Dios.

¡Con cuánta frecuencia estas almas generosas quieren ser semejantes en todo a Jesús, pero especialmente en la cruz!

Este aspecto de la vida religiosa es uno de los más bellos y de los más deseados por las almas buenas. Baste citar a Santa Margarita María de Alacoque, la cual solía decir a Jesús que no creería en su amor mientras no la hubiese hecho participe de su Pasión y de su Cruz.

Pero no sólo los Santos sentían así: todas las almas que quieren amar a Dios con sinceridad son atraídas por una vida austera y sacrificada.

i. Posibilidad inmensa de aumentar los méritos

En la vida religiosa, los méritos por las acciones se dan de manera muy sencilla y abundante, ya que, por ejemplo, todos los religiosos de una misma congregación forman un único cuerpo, un cuerpo moral en el que todo es común, todo se comparte: no sólo los bienes materiales y las limosnas, sino también los bienes espirituales y los méritos; las alegrías y las tristezas.

Un religioso que quizás no puede rezar o trabajar por encontrarse enfermo, recibe un continuo aumento de gracia por los méritos y las fatigas de todos sus hermanos que son misioneros, profesores, predicadores, etc.; pero a su vez ese mismo enfermo puede recibir méritos por sus dolores y sacrificios que redundan en beneficio de los predicadores, profesores, enfermeros, etc.

Es incalculable el cúmulo de méritos que se vuelcan sobre el alma de un religioso en un solo día de vida de religión.

j. Vivir en compañía de almas buenas

En la vida religiosa bien vivida, es difícil tener compañeros malos o que arrastren al mal; pueden existir, es verdad, pero no duran mucho y si duran toda la vida, ¡bienvenidos sean!: habrán más oportunidades de santificarnos mientras los soportamos.

En las congregaciones donde se vive según la Regla hay una santa porfía de edificación mutua. Si es verdad que “los ejemplos arrastran”, los religiosos encuentran una ayuda efficacísima para su vida espiritual hallándose rodeados de almas llenas de amor de Dios, de deseos de perfección, de buena voluntad, de ayuda mutua para ser siempre mejores a los ojos de Dios.

Se narra en la vida de San Juan Berchmans que sus compañeros quedaban inflamados de amor de Dios simplemente con haber pasado con él un recreo y que llegaban a apreciar más una conversación con el santo que toda una hora de meditación.

k. Para los jóvenes: la excelencia del sacerdocio

El sacerdote es el guerrero de Dios; habría muchísimo que decir acerca de él, pero no nos sentimos en condiciones de decir

mucho más de lo que ha escrito la genial pluma de Hugo Wast²⁶ en su pequeño escrito titulado “Cuando se piensa...”:

“Cuando se piensa que ni la Santísima Virgen puede hacer lo que un sacerdote.

Cuando se piensa que ni los ángeles ni los arcángeles, ni Miguel ni Gabriel ni Rafael, ni príncipe alguno de aquellos que vencieron a Lucifer pueden hacer lo que un sacerdote.

Cuando se piensa que Nuestro Señor Jesucristo en la última Cena realizó un milagro más grande que la creación del Universo con todos sus esplendores y fue el convertir el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre para alimentar al mundo, y que este portento, ante el cual se arrodillan los ángeles y los hombres, puede repetirlo cada día un sacerdote.

Cuando se piensa en el otro milagro que solamente un sacerdote puede realizar: perdonar los pecados y que lo que él ata en el fondo de su humilde confesionario, Dios obligado por su propia palabra, lo ata en el cielo, y lo que él desata, en el mismo instante lo desata Dios.

Cuando se piensa que la humanidad se ha redimido y que el mundo subsiste porque hay hombres y mujeres que se alimentan cada día de ese Cuerpo y de esa Sangre redentora que sólo un sacerdote puede realizar.

Cuando se piensa que el mundo moriría de la peor hambre si llegara a faltarle ese poquito de pan y ese poquito de vino.

Cuando se piensa que eso puede ocurrir, porque están faltando las vocaciones sacerdotales; y que cuando eso ocurra se conmoverán los cielos y estallará la tierra, como si la mano de Dios hubiera dejado de sostenerla; y las gentes gritarán de hambre y de angustia, y pedirán ese pan, y no habrá quien se los dé; y pedirán la absolución de sus culpas, y no habrá quien las absuelva, y morirán con los ojos abiertos por el mayor de los espantos.

²⁶ HUGO WAST, *Navega hacia alta mar*, en *Obras Completas*, Fax, Madrid 1957, 1750-1751.

Cuando se piensa que un sacerdote hace más falta que un rey, más que un militar, más que un banquero, más que un médico, más que un maestro, porque él puede reemplazar a todos y ninguno puede reemplazarlo a él.

Cuando se piensa que un sacerdote cuando celebra en el altar tiene una dignidad infinitamente mayor que un rey; y que no es ni un símbolo, ni siquiera un embajador de Cristo, sino que es Cristo mismo que está allí repitiendo el mayor milagro de Dios.

Cuando se piensa todo esto, uno comprende la inmensa necesidad de fomentar las vocaciones sacerdotales.

Uno comprende el afán con que en tiempos antiguos, cada familia ansiaba que de su seno brotase, como una vara de nardo, una vocación sacerdotal.

Uno comprende el inmenso respeto que los pueblos tenían por los sacerdotes, lo que se refleja en las leyes.

Uno comprende que el peor crimen que puede cometer alguien es impedir o desalentar una vocación.

Uno comprende que provocar una apostasía es ser como Judas y vender a Cristo de nuevo.

Uno comprende que si un padre o una madre obstruyen la vocación sacerdotal de un hijo, es como si renunciaran a un título de nobleza incomparable.

Uno comprende que más que una Iglesia, y más que una escuela, y más que un hospital, es un seminario o un noviciado...”

Hasta aquí Hugo Wast; ¿cuánto más hermoso podría decirse?

El Beato Miguel Agustín Pro, un año antes de su terrible martirio perpetrado por los marxistas mejicanos, escribió lo siguiente a un amigo que pronto sería ordenado sacerdote²⁷:

Carta al futuro sacerdote Benjamín Campos.

“Ayer recibí su tarjeta postal en la que me da las gratísima nueva de la concesión de misas...

Padre mío Campitos, si en vez de emborronar una carta pudiera charlar con Ud. una media hora, le diría de tú a tú la gran consolación que he sentido al saber de cierto que Ud. va a subir al altar. A pesar de mis perrerías, yo llevo ya casi un año de tener esa dicha y puedo decirle con toda sinceridad que lo que allí se siente no es nada de este bajo y rastroso mundo sino algo superior, espiritual, divino...

Despídase para siempre de su antiguo “Benjamín”, pues aunque Ud. no lo quiera, va a sufrir una metamorfosis radical. El Espíritu Santo, que va a dársele de una manera especial el día de la ordenación, va a destruir todo lo que de humano le quedaba en ese pobre corazón de tierra. Ud. mismo se admirará después de ver cambiada y mejorada esa mísera naturaleza que tan malas partidas nos juega. Y no sólo en las grandes líneas de nuestra vida, sino aún en los pequeños detalles de cada día...

¿Es esa misma voluntad que yo tenía antes? ¿Es la misma mi manera de pensar, de juzgar, de decidir? ¿La concepción que yo tenía de la vida es la misma? Y aún los ideales de santidad que yo había acariciado durante largos años de vida religiosa ¿son los mismos?...

Padrecito Benjamín, si cree Ud. a la pobre experiencia de un infeliz barretero, esté seguro que el Campos de hoy no será de ninguna manera el Campos de mañana.

Ese algo que yo encuentro en mí, que nunca lo había sentido, que me hace concebir las cosas de otro modo, no es fruto de los estudios,

²⁷ Carta del P. Miguel Pro a su amigo Benjamín Campos, el 27 de mayo de 1926; ANTONIO DRAGÓN, *Vida íntima del P. Pro*, Buena Prensa., México 2005.

ni de nuestra santidad, más o menos sólida, ni de nada que tenga el sello personal y, por lo mismo, humano. Es la marca divina que el Espíritu va a imprimir en nuestra alma al darnos el carácter sacerdotal; es una participación más estrecha en la vida divina que nos eleva y edifica; es una fuerza superior que nos hace fáciles y asequibles a los deseos y aspiraciones que hasta ahora tal vez no habíamos realizado...

Y este cambio yo no lo había sentido, sino hasta haberme visto en contacto con las almas. Dejando a un lado las falsas humildades y abriéndole de par en par mi pobre corazón de hermano, puedo asegurarle que en mis seis meses de ministerio, Dios Nuestro Señor se dignó tomarme como instrumento para hacer el bien. ¡Cuántas almas dejé consoladas, cuántas penas destruidas, cuánto ánimo infundí para seguir el camino difícil de la vida! Dos vocaciones casi perdidas, volvieron a Dios; un seminarista decidido a dejar la sotana, sigue con nuevos bríos los designios de la Providencia.

Y una prueba evidente de que no era yo el que hacía todo eso, es que, dada mi manera de proceder, mi temperamento, mi discreción y mis estudios, debía decir “negro” y sin embargo dije “blanco” y lo dije muy acertadamente y con fruto.

¿Podré gloriarme de mis cualidades humanas, cuando a todas luces veo que no hubiera dado resultado? Y ¿no es palpable que si hice bien, se debe a la gracia de mi sacerdocio, al Espíritu Santo que me regía y gobernaba, a ese algo que no tiene nada de humano y que yo no había sentido hasta el día en que fui ordenado?

Mire, Padre mío, qué facilidad tengo para subirme a la parra y ponerme a dar lecciones a quien por lo contrario debía de dárme las. Pero de la abundancia del corazón habla la lengua y yo estoy lleno, abrumado de favores que el Señor me ha hecho desde el día feliz de mi ordenación, y no puedo decir otra cosas que no sea agradecerle tan inmerecido amor de predilección... El Señor levanta al pobre del estiércol y lo coloca con los príncipes de su pueblo...

Ud. perdonará si le doy la lata; pero crea que el consuelo que he sentido al saber que Ud. va a recibir las mismas gracias que yo

disfruto, me ha movido a emborronarle esta pobre carta, sin orden ni concierto pero hecha con la mayor buena voluntad que Ud. imagine”.

Todo esto, y más, es un sacerdote.

I. Para las jóvenes: la frescura de los votos

Tres cadenas de oro unen a Dios; tres cadenas que redoblan los méritos, que nos convierten en predilectos de Dios, que nos imposibilitan felizmente volver atrás.

Santa Margarita María escribió el día de su profesión, con gozo indecible:

“He aquí mis resoluciones, que deben durar hasta el fin de mi vida, porque están dictadas por mi Amado. Después de haberle recibido en mi corazón, me dijo: ‘He aquí la llaga de mi costado para que hagas en ella tu mansión actual y perpetua. Aquí podrás conservar la vestidura de la inocencia con que he revestido tu alma, a fin de que vivas en adelante la vida del Hombre–Dios: vive como si no vivieras ya, para que viva Yo perfectamente en ti; no pienses en tu cuerpo ni en nada de cuanto te suceda, como si no existiera ya, sino Yo solo en ti. Es necesario para esto que tus potencias y sentidos queden enterrados en Mí y que estés sorda, muda, ciega e insensible a todas las cosas terrenas... Has de estar siempre dispuesta a recibirme, y Yo estaré siempre dispuesto a darme a ti... Nada temas; te rodearé con mi poder y seré el premio de tus servicios... Sea tu divisa amar y sufrir a ciegas; un solo corazón, un solo amor, un solo Dios”²⁸.

Después de estas palabras la Santa escribió con su sangre el propósito de su vida religiosa:

“Yo, ruin y miserable nada, protesto a mi Dios que quiero someterme y sacrificarme a todo lo que Él pida de mí; inmolar mi corazón al cumplimiento de su beneplácito, sin reservarme otro interés que el de su mayor gloria y su puro amor, al cual consagro y abandono todo mi ser y todos los momentos de mi vida. Yo soy para siempre de mi Amado, su esclava, su sierva y su criatura, puesto que

²⁸ Citada por EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 166-167.

Él es todo mío y yo soy su indigna esposa Sor Margarita María, muerta al mundo. Todo de Dios y nada mío; todo a Dios y nada a mí; todo para Dios y nada para mí”²⁹.

La vida religiosa es un martirio lento y diario, no menos heroico y meritorio que el martirio sangriento. Muchos Santos Padres parangonan los votos a un nuevo bautismo y creen que Dios perdona completamente el Purgatorio que el religioso habría merecido por los pecados cometidos en su juventud; hasta podría decirse que *realmente* comienza una nueva vida.

m. Posibilidad más directa de la defensa de la Iglesia

Sabemos que la Iglesia es el Reino de Dios, el Puerto de Salvación para la humanidad; esta Iglesia fundada por Jesucristo es su Esposa inmaculada, la pupila de sus ojos y, al mismo tiempo, un signo de contradicción para el mundo. Siempre ha sufrido ataques y hoy en día parece que más que nunca.

¡Cuántos jóvenes sienten el deseo y el deber de defenderla! ¡Dar la vida por ella! En este sentido, los religiosos pueden dedicarse a estudiar su doctrina, sus dogmas y sus modos de acción. Hay incluso muchas almas que se han decidido por la vida religiosa precisamente por ver que ese era el modo que Dios les pedía para luchar contra los enemigos de Dios y de su Iglesia, ya que no sólo la espada, sino también la pluma y la predicación es necesaria para defender las verdades que nunca pasan.

n. Cooperar directamente en la salvación de las almas

Es un motivo que no falta casi nunca en la decisión de un joven que quiere hacerse religiosa o sacerdote. Es la mies dorada lo que atrae; es el lamento de Jesús que ve perderse las almas por las

²⁹ JOSÉ M. SÁENZ DE TEJADA, *Vida y obras completas de Santa Margarita María de Alacoque*, Mensajero, 3ª edición, 206 (cfr. EMVIN BUSUTIL, *Las vocaciones*, 167).

que ha dado su Sangre y su vida; es la vista de tantos hermanos que se pierden para toda la eternidad...

Hay jóvenes que arden de celo y crecen en el deseo de trabajar por las almas cada vez que meditan en el infierno. “¡Pensar – diría uno – que aquellas almas tendrán que estar allí para siempre alejadas de Dios, sin la posibilidad de hacer jamás un acto de amor de Dios! No sé qué haría por impedir que una sola alma cayese en aquellas llamas”.

– “¡¡¡Sitio!!!” – dijo Nuestro Señor. “¡¡¡Tengo sed!!!”.

Es la sed de almas lo que atrae; es el mismo sentimiento de los beatos pastorcitos de Fátima, que después de haber visto el infierno con los condenados que se agitaban y movían, comenzaron a hacer sacrificios heroicos para impedir que las almas se condenasen para siempre.

* * *

Hemos visto brevemente algunos de los motivos por los que vale la pena quemar las naves, por los que vale la pena decidir la vocación sacerdotal o religiosa. Se trata de la experiencia de los santos, de los doctores; quien decide hacerse religioso por alguno o algunos de los motivos anteriormente expuestos, puede estar seguro de que tiene ya *recta intención*, es decir, el primer requisito necesario para tener verdadera vocación.

Si a esto se añade la idoneidad de la que anteriormente hablamos, tendrá el segundo requisito necesario. Finalmente, si habiendo hecho la petición a los superiores es aceptado por ellos, podrá estar seguro de que Dios lo llama a una vida de mayor entrega.

Pero no contentos con ver los motivos válidos para entrar en la vida religiosa, nos pareció también importante anotar aquí aquellos motivos que no serían del todo suficientes para decidir el ingreso en la vida religiosa.

2. Algunos motivos puramente naturales e insuficientes

La vocación no nace por generación espontánea.

Es un llamado de Dios a una vida superior y no puede provenir del mismo hombre. Es algo sobrenatural, algo que supera las fuerzas de nuestra naturaleza.

¿Podrá sin embargo existir quien, sin buenas intenciones, desee abrazar el estado sacerdotal o religioso?

Sí, en este mundo todo puede ser... Normalmente, quien abrace el estado sacerdotal o religioso sin buenas intenciones no soportará las obligaciones a las que estará sujeto, pero puede ser incluso que hasta Dios se las ingenie para darle la gracia de la vocación.

¿Y esto por qué? Porque Dios lo puede todo. Dios puede valerse de lo que Él desee, incluso de nuestros pecados o malas intenciones; vale la pena aclararlo; San Pablo dice certeramente que “todo coopera para el bien de los que aman a Dios” (Rom 8,28), y San Agustín dice que este “todo” también significan nuestros pecados. Dios puede ingeniárselas entonces para sacar de esas piedras, fieles hijos de Dios.

Pero veamos ahora algunos de los motivos naturales por los cuales alguien podría pensar en abrazar sin ser llamado a este estado de vida.

a. Posibilidad de ser respetado en el mundo

El sacerdote o la religiosa que caminan por la calle, normalmente son tratados con cierto respeto: la gente los saluda, les

pide oraciones, le comenta sus problemas ...; sin embargo hoy en día y en especial a raíz de la campaña de persecución que sufre la Iglesia, parecería suceder todo lo contrario. De todas maneras, habrá quizás alguno o alguna que aún piense que ése sería un buen motivo para hacerse sacerdote o religiosa.

De ser como decíamos más arriba, habría que decir que si alguien desea ser reconocido por el mundo por el solo hecho de ser alabado, no le convendría la vida religiosa; hay muchos otros modos de llamar la atención (y a menor costo): la delincuencia, el vedettismo y el fútbol, son simplemente algunos de ellos, sin tener que hacer tantos sacrificios.

b. Es que... no sirvo para nada

Entonces tampoco servirás para ser sacerdote o religiosa. Dios elige a lo peor para elevarlo a lo mejor, pero no elige a quienes tienen vocación de fracasados.

c. Entrando en la vida religiosa podría estar tranquilo, librarme de mi familia...

Quizás alguien razonaría así:

“Nadie me entiende en el mundo; no estoy de acuerdo con mis padres...; los religiosos tienen una vida tranquila; quiero escaparme y vivir tranquilo, pero... ¿a dónde voy? Estar solo es difícil; vivir por mi cuenta... es condenarme a morir de hambre porque todavía soy muy joven e incapaz de valerme por mí mismo... ¡Ya sé: me haré religioso! Tendré la comida asegurada, estaré lejos de mi familia y espero que nunca vengan a verme. Es verdad que tendré que sujetarme a las reglas y a los superiores... ¡Paciencia!; cualquier cosa con tal de salir de casa”.

U otro:

“Una Misa al día, el Breviario recitado a ratos perdidos entre charla y charla, algún que otro sermón..., realmente no existe nada mejor. Y por añadidura sin mujer ni hijos que alimentar, sin dolores

de cabeza con empleados, sin la preocupación del trabajo cotidiano...”.

La vida religiosa, como decíamos más arriba no es para vivir tranquilo, sino para mortificarse, practicar las virtudes, rezar, atender al prójimo, estudiar, visitar a los enfermos, etc., etc., etc.; un joven como el que describíamos más arriba no pasaría seguramente más que un par de meses en el noviciado.

Aparte de todo esto, recordemos lo siguiente: de Dios nadie se burla.

d. El hábito o la sotana son tan hermosos...

Dice el Padre Busuttil³⁰, esto va especialmente para algunas jóvenes, que – sin quererlo – por momentos encuentran cierta simpatía en los velos, el color, la forma del hábito o las sandalias... Otras, en cambio, sienten una simpatía natural por una Hermana: “¡me quiere tanto!”; “¡quisiera estar siempre con ella porque es mi amiga!”.

Todo parece “gracioso”, “bonito”, “delicado”. Cualquier cosita, cualquier sonrisita... ¡y ya tenemos una vocación! ¡No! ¡Eso no es serio! No se puede fundar todo un porvenir en tonterías.

Es cierto que el hábito puede despertar una inquietud, pero por lo general no pasará de eso; lo más profundo no es la tela, sino el modo de llevarla, el modo de vivir con ella; aquí sí vale el viejo refrán: “el hábito no hace al monje...” (o a la monja).

e. Es que ya se lo prometí a aquel sacerdote...

“El padre Fulano ha conversado tantas veces conmigo..., que me da pena decirle que en realidad no tengo vocación; le he dicho que sí porque todos los días lo ayudaba en la Santa Misa, pero en realidad

³⁰ Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 185.

no entraré por mi cuenta, sino más bien de compromiso, total con el tiempo quizás Dios me regale la vocación”.

Error: quien así actúa significa que no tiene carácter ni que tampoco conoce lo que es el no tener respeto humano; aquel sacerdote seguramente se alegraría de saber que uno le habla con sinceridad. Y si no se alegra, ¡peor para él!

Hay que temer a Dios antes que a los hombres; al fin de cuentas el que nos pedirá cuentas es Él; por ello, quien ingresara así a la vida religiosa, no duraría mucho tiempo allí, salvo una gracia especialísima de Dios.

f. Cuando era chico, mi madre me consagró a Dios y...

Hay muchas madres que cuando sus hijos nacen, se lo ofrecen a Dios; ese hermoso acto que debería ser normal entre los católicos; ellas no son dueñas de sus hijos, sino sólo custodios y guardianes. De todos modos, esto no significa que Dios deba llamar a la vida religiosa a todos los que fueron ofrecidos a Dios; el voto de hacer o no tal o cual cosa, es de quien lo emite y no obliga más que a esa persona.

Sin embargo, puede darse que Dios escuche las oraciones de los padres porque son conformes a Su Voluntad; por eso algunas veces esas coincidencias pueden ser señal de verdadera vocación, pero como se trata de oraciones en las que tiene mucha parte el sentimiento (amor al hijo, miedo de perderle por muerte prematura, hasta desesperarse, desalientos, etc.) y por otra parte la voluntad del joven no juega para nada, sería imprudente basarse sólo en tales hechos para juzgar como verdadera una vocación.

Como estas “razones”, habría mil más que resultarían totalmente insuficientes para ingresar en religión, pero dejemos aquí para poder seguir adelante.

* * *

Hemos visto someramente algunos motivos por los cuales un alma puede decidir su ingreso en la vida religiosa. Dios quiere un corazón sincero y no uno artificial y macaneador. Él escruta nuestras almas y nos conoce más que nosotros mismos; es por esto que sabrá a quién elegir cómo y cuándo.

Alguien puede tener motivos rectos para ingresar y luego, una vez dentro, desviar su voluntad hacia otro fin que no sea Dios; por el contrario, puede existir también quien haya ingresado con la intención no del todo recta o clara y luego Dios se digne llevarlo igualmente por el camino de la perfección; como decíamos más arriba, no somos quién para poner límites a Dios.

Sin embargo, quien puede poner límites al llamado de Dios, puede ser el mismo candidato, sus amigos, sus parientes y hasta el mismo demonio (que lo que menos quiere es que haya más y mejores sacerdotes y religiosas). Es por ello que en el próximo capítulo intentaremos resumir las objeciones más comunes que se presentan en la vida de quien ha decidido rectamente seguir más de cerca a Jesucristo.

Capítulo VII

Rompiendo algunas objeciones

A decir verdad, quien se ponga a pensar acerca de las desventajas de la vida sacerdotal o religiosa (al menos en abstracto) no debería encontrar demasiadas. Decimos a propósito “en abstracto”, porque corresponde, evidentemente, ver en cada caso la conveniencia o no de tal estado para una persona en particular.

Si Dios ha llamado a “alguien” y no a “todos”, con más razón aún habrá que analizar cada alma y cada llamada.

Naturalmente se presentarán, además, algunas objeciones; por ello y para dar una mano a quien deba pasar por este trance, hablaremos ahora de algunas de las dificultades o trabas más frecuentes que pueden presentarse al momento de tener que decidirse a dar el paso fundamental.

1. Es mejor conocer primero el mundo, ponerse de novio, adquirir experiencia...

Probablemente sea una de las más frecuentes.

Ciertamente, como afirma San Alberto Hurtado, un conocimiento empírico acerca de las experiencias de la vida – sus alegrías y desilusiones – ayudará luego a quien decida la vocación al estado religioso, pero ello no resulta indispensable; Dios mismo lo ha atestado al haber convocado para este estado a un número enorme de santos desde su más tierna edad: San Juan Bautista, San Juan Apóstol, Santo Tomás de Aquino, San Juan Bosco, Santa Teresita del Niño Jesús, etc.

La razón es sencilla y lo repetimos una vez más: no hay “métodos” para Dios; además, si a cada joven que tiene vocación religiosa, debiéramos decirle que experimentase antes un poco de la vida, lo mismo deberíamos decirle a quien se haya decidido por la vida matrimonial: “conoce primero el seminario”, “vive en un claustro algunos años antes de casarte... y luego escoge a tu media naranja...”; ante la ley pareja... nadie se queja.

Si alguien ya ha decidido que Dios lo quiere para una vida de mayor intimidad y todo está dispuesto para la partida, ¿por qué hacer lo contrario?

Pensemos un poco en las consecuencias: la experiencia dice que, quienes dilatan innecesariamente su ingreso en la vida sacerdotal o religiosa, terminan – normalmente – por no ingresar nunca en ella. No nos engañemos: las seducciones del mundo son tantas que difícilmente perseverará en su vocación. Además, en caso de que ingrese más adelante luego de haber tomado experiencia: ¿cómo compensar las miles de misas que se podrían haber dicho; las miles de confesiones que se podrían haber oído; las miles de visitas a los enfermos, las oraciones, los sermones, los sacrificios, etc.?

A Nuestro Señor se le presentó un caso similar donde un joven le pedía tiempo para sepultar a su padre; Él le respondió:

– «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9,60).

Y, lamentablemente, los primeros en dar estos consejos son los mismos padres o amigos, siempre con la mejor intención.

Es tanto el amor que un padre siente por su hijo, que siempre deseará lo mejor para él, sin saber muchas veces (como en este caso) qué es lo mejor.

Santo Tomás de Aquino tuvo una experiencia similar con sus padres: queriendo ingresar en la Orden de los Predicadores, su familia se opuso tenazmente y ante la insistencia del joven, decidieron detenerlo y encerrarlo en un castillo para disuadirlo; allí pasó más de un año hasta que logró convencerlos de que su decisión era irreversible.

Después de un buen tiempo, ya sacerdote, escribió un pequeño trabajo acerca de la vocación religiosa donde llegaba a decir: «En el asunto de la vocación, muchas veces los padres no

parecen ser los aliados, sino los enemigos, como dice el profeta: “Los enemigos del hombre están en su propia casa”»³¹.

Es cierto que los padres deben llamar a la reflexión a sus hijos antes de dejarlos partir; esto es natural y hasta necesario, sin embargo, como señala el famoso moralista P. Ballerini: «El poder de los padres no puede arrogarse el derecho que tienen sus hijos e hijas de hacer por sí mismos la elección del estado de vida que les convenga, o de seguir, si así lo quieren, los consejos evangélicos. La reverencia, sin embargo, que pide la piedad filial, no debe despreciarse y por eso debe requerirse el asentimiento paterno; y si éste es rechazado, no deben los hijos enseguida dejar a sus padres, sino que convendría esperar algún corto tiempo, hasta que aquéllos caigan en la cuenta de sus obligaciones. Si, a pesar de todo, se pudiera temer peligro de que los padres, injustamente impidieran la ejecución de la vocación de sus hijos, pueden éstos – y deben – marcharse sin el consentimiento de sus padres»³².

Si Dios llama a un hombre a la vida matrimonial y encuentra la mujer de su vida, no sería razonable aconsejarle que “pruebe” primero con otras o que incluso ingrese al seminario para comprobar que la primera fue una buena elección.

2. Será una gran pérdida para mis padres y les causaré un gran dolor

Para muchos ésta es una dificultad importante y al mismo tiempo una terrible tentación; es una lucha íntima que se traba en el corazón de quien ama verdaderamente a sus padres y también a Dios...

San Alfonso María de Liguorio nos narra que la prueba más dura que sufrió en la vida fue la de notificar a sus padres sus

³¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra retrahentes*, c. 9.

³² Cfr. EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 284.

propósitos de abandonar el mundo; era un abogado muy exitoso y tenía por delante un porvenir espléndido.

– ¡Hijo mío, no me dejes! ¡Oh hijo mío, hijo mío!; no merezco que te portes así conmigo –le decía su padre.

Era duro, durísimo para él despegarse de los suyos y si no hubiese sido por su firmeza la Iglesia hubiera perdido uno de sus más grandes santos y doctores. Afortunadamente recordó las palabras de Aquél que, pudiendo llamarse el más bondadoso y tierno entre los hombres, no obstante dijo:

– «No penséis que he venido a poner paz en la tierra... no he venido a poner paz, sino división, a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... Porque el que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí» (Mt 10, 34-37).

No es que Nuestro Señor nos pida depreciar a nuestros padres (cosa que iría contra el 4to mandamiento) sino que jerarquicemos nuestro amor. “Se ha de servir primero a Dios que a los hombres”, decía Antígona.

Es verdad que puede resultar muy doloroso al inicio, pero también en esto hay mucha exageración; el hijo que se consagra a Dios no se pierde ni está muerto; normalmente, se lo puede visitar, se puede hablar con él, se lo puede recibir en las vacaciones, etc. Está también la experiencia de muchísimas madres, quienes al hablar de su hijo o de su hija religiosos, dicen: “Es el único que me escribe...”, “el único que se acuerda de mí...”, “el único que me visita”.

Por otro lado, ¡es la ley de la vida!, como decía San Pablo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne” (Ef 5,31), es decir, tarde o temprano, casado, sacerdote o religiosa, todos terminarán por abandonar la casa paterna. Nuestros padres hicieron lo mismo cuando dejaron las casas de nuestros abuelos y nadie murió en el intento.

Si una familia comprendiera el tesoro enorme que ha recibido con la vocación de alguno de sus integrantes, no sólo no sufriría, sino que agradecería enormemente a Dios.

3. Pero... tengo novio/a y lo/a quiero...

Esta es una objeción común porque puede ser que justamente Dios mande la vocación en el momento que creíamos haber encontrado nuestra “media naranja” ¿qué hacer entonces?

Primero, es importante tener en cuenta que Dios sólo bendice la unión entre el hombre y la mujer en el momento de matrimonio, donde ambos contrayentes dan el sí *definitivo* frente a la sociedad; el noviazgo, hasta tanto, seguirá siendo siempre un tiempo de preparación y conocimiento mutuo.

En los designios de Dios, puede haber casos en los que Dios haya querido preparar la vocación religiosa por medio de un sano noviazgo, llevándolos suavemente de la mano hasta ella (conozco un caso muy cercano en el que una pareja de novios cristianos, luego de cinco años y medio de compromiso, decidieron dejarlo todo para abrazar al mismo tiempo la vida religiosa).

Pero, “¿qué le digo a mi novio o a mi novia?”.

Hay que actuar con total naturalidad; si se la/lo ama de verdad, no hay motivos para ocultar lo que sucede. En estos casos es mejor hablar antes que después ya que, de lo contrario, el demonio podría hacerse un festín con las indecisiones y los jueguitos sentimentales.

Si Dios ha llamado a uno de los dos a esta vocación sublime y ambos se aman realmente habrá que decir las cosas como son. Si realmente, quien tiene vocación para el matrimonio se entera de que el otro la tiene para la vida religiosa, debería ser el primero en

fomentársela, ya que el amor verdadero busca primero *el bien para el otro*.

Forzar a que alguien se quede en el mundo y se case, sería arruinar no sólo su vida, sino la de toda una familia.

Más de una vez he escuchado decir a un hombre o a una mujer que, antes de casarse, había sentido la vocación pero que, por temor o respeto humano, no la había seguido; las consecuencias – por lo que les he oído –han sido siempre desfavorables.

4. Estoy en la universidad y todavía no termino mis estudios...

En la actualidad, dado que muchos jóvenes luego de su preparación media siguen los estudios universitarios, puede suceder que en esta última etapa alguien comience a pensar seriamente en la posibilidad de la vocación.

En esto no hay norma fija, sino que todo depende de la prudencia sobrenatural y de una buena guía espiritual.

Habrán algunos casos en los que será necesario terminar los estudios, pero existirán otros en los que no valdrá la pena hacerlo. En esto puede jugarse la misma vocación.

Las circunstancias, como dijimos, pueden ser infinitas: un joven que está a punto de graduarse y que posee una gran firmeza en la vocación, podrá perfectamente continuar con su carrera para ingresar luego a la vida religiosa; otro, en circunstancias diversas, quizás no tenga las fuerzas para seguir firme en la brecha y será entonces conveniente que ingrese inmediatamente en dicho estado de perfección.

5. Pero... me gustan mucho los chicos/as ...

La mujer y el hombre que deciden ingresar a la vida religiosa, no pierden en absoluto su feminidad o masculinidad, al contrario: sólo siendo perfectamente hombres y perfectamente mujeres, pueden tener vocación religiosa. Es decir: si a un joven no le gustaran las chicas y a una joven los chicos, ello sería signo claro de que no tiene vocación, porque le faltaría algo fundamental: la idoneidad.

Cuando hombre o mujer deciden seguir la vocación, no por ello sus apetitos naturales desaparecen. Descartar la posibilidad de casarse y formar una familia implica un gran sacrificio, una gran renuncia. Es el ejemplo de Jesucristo, casto, pobre y obediente, el que impulsa y da la gracia para poder imitarlo.

La castidad no es imposible, más cuando Dios da la gracia.

6. Mis padres me necesitan...

Este sí que puede ser un obstáculo real y serio, por ello hay que considerarlo con diligencia y buen sentido.

Hay casos en que la partida de uno de los hijos puede llegar a ser de una gran dificultad para los padres: podría suceder, por ejemplo, que con su partida éstos se vieran privados de lo necesario para el sustento, o pasasen serias dificultades económicas, o se quedasen sin cuidado ante una grave enfermedad, etc.

En esos casos el hijo deberá considerar seriamente que Dios verdaderamente lo está llamando a la vida sacerdotal o religiosa, pero que antes le está exigiendo un sacrificio extra. Sopesadas entonces prudentemente las circunstancias, habrá que pensar que quizás deba permanecer un tiempo más en el mundo, cumpliendo así con su deber como hijo. Han existido, sin embargo, algunos casos en que han sido los mismos padres quienes, a pesar de todas las

dificultades, permitieron el ingreso de sus hijos en la vida religiosa, no obstante los inconvenientes que pudieran sobrevenir. Se trata de pequeñas flores de santidad que Dios nos manda como ejemplo.

Así hizo una madre italiana, muy pobre ella, la cual después de haber dado a su hija el permiso para hacerse religiosa tuvo también la generosidad de concedérselo a su hijo que le rogaba dicha venía:

– “Yo pediré limosna pero no quiero obstaculizar ni tus ideales ni tu felicidad” – decía³³.

La pobre quedó sola en su casa, pero Dios la premió con la santidad de sus hijos y las frecuentes visitas de muchos religiosos.

Si en la práctica, la necesidad de los padres no es tan grave, no hay que pensarlo demasiado (así, no basta, por ejemplo, que la mamá diga que necesita el afecto de su hijo o que lo va a extrañar mucho); uno se ocupa de las cosas de Dios y Él se ocupará de las nuestras.

7. He cometido muchos pecados...

Dios llama como quiere, cuando quiere, donde quiere y a quien quiere; todo el inmenso mar de nuestros pecados son nada ante una ínfima gota de la misericordia de Dios.

¡Qué penoso hubiera sido para la Iglesia si San Pablo, Santa María Magdalena o San Agustín hubiesen pensado así!

Ante esta inquietud hay que responder con el dicho popular: “lo pasado pisado”, y no por eso dejar de hacer lo que Dios manda.

Si uno se ha arrepentido y se ha confesado, es de fe que los pecados se han esfumado como ceniza: ya no existen. Recordemos:

³³ EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 202-203.

“todo coopera para el bien de los que aman a Dios”, incluso nuestros propios pecados.

8. Prefiero tener una seguridad total...

Este es un grave y típico error; hay quienes para tener la certeza de la vocación esperan que se les aparezca un ángel o que Jesucristo mismo les hable al oído. La certeza que podemos tener de nuestra vocación es una certeza moral, no física ni metafísica; basta con tener las razones suficientes para saber que en este estado de vida uno podrá dar mayor gloria a Dios y cooperar para la salvación de las almas; eso es todo.

San Francisco de Sales decía: “Para saber si Dios quiere que uno sea religioso, no es necesario aguardar que el mismo Dios le hable o que desde el cielo le envíe un ángel para manifestar su voluntad. Ni tampoco es necesario un examen de diez doctores para resolver si la vocación debe o no seguirse; lo que importa es corresponder a ella y acoger el primer movimiento de la gracia sin preocuparse de los disgustos o de la tibieza que puedan sobrevenir; porque, haciéndolo así, Dios procurará que todo redunde en su mayor gloria”³⁴.

9. ¿Y si no perseverase?

Si se ha hecho bien la elección de estado el temor a no perseverar es ridículo, precisamente porque el perseverar depende de nuestra voluntad y de la gracia de Dios; es por ello que cuando uno ha decidido su vocación a la vida religiosa – como cuando uno decide casarse – debe deliberarlo bien y una vez tomada la decisión, no mirar nuevamente para atrás.

³⁴ Cfr. SAN ALBERTO HURTADO, *Elección de carrera*, nro. 13.

“Pero... ¿Qué diría la gente si me vuelvo...? ¿Si no lo aguanto?”. En el peor de los casos, la gente olvidará todo a las pocas semanas.

En general, cuando alguno/a dejó el seminario o la vida religiosa, las personas luego de un brevísimo tiempo no saben si el que volvió se había ido de viaje, estaba enfermo o trabajaba en un circo... La gente olvida lo que pasó mucho más rápidamente de lo que uno piensa; de todos modos este es un tema menor: lo importante es que Dios no abandona. Además, mayor vergüenza sería presentarse en el día del juicio sin haber hecho lo que Dios nos pedía en su momento.

El hecho de que algunos, a pesar de haber obrado con sinceridad hayan tenido que dejar la religión antes de hacer los votos perpetuos, no ha de considerarse como un deshonor sino como un honor, ya que han demostrado que tuvieron la valentía de emprender el camino hacia la perfección. Fuera de esto, es importante notar que nunca, pero nunca, los años pasados en la vida religiosa han de ser en vano para un cristiano, y esto pueden atestiguarlo muchos de los que han ingresado en ella y luego han debido dejarla.

Respecto de la perseverancia como sacerdotes o religiosas, es cierto que nadie la tiene asegurada: pero para eso están los años previos a la ordenación o a los votos perpetuos, para prepararse, para estudiar la vocación, para conversar con los superiores y directores espirituales.

De ahí que siempre se deba pedir a Dios con las palabras del Salmista: “No abandones, Señor, la obra de tus manos” (Sal 138).

10. No lo siento...

Ya hemos hablado de “sentir” la vocación, pero insistamos un poco más en esto porque nunca es tanto.

Recuerdo que una vez me contaron una anécdota de la vida de San Francisco de Asís. Unos fieles lo veían rezar y quedaban maravillados de su recogimiento:

– Dinos, Francisco: ¿Qué es lo que sientes cuando rezas en la iglesia? Se te ve tan recogido...

Luego de un instante el Santo respondió:

– ¿En verdad? Un gran dolor en las rodillas...

Es que no siempre, ni necesariamente, ni ordinariamente la gracia de Dios (como lo es la vocación) resulta ser sensible; ¡generalmente no lo es! En un asunto tan delicado como éste sólo debemos dejarnos llevar por la razón iluminada por la Fe.

Es triste por esto ver a alguien esclavo de sus sentimientos, aferrado a sus pasiones; es como una veleta que sigue dando vueltas sobre su propio eje y va para donde la lleva el viento...; hay que tomar el timón, hacer que el piloto maneje la barca y no las olas. Es una decisión de la voluntad racional y no del el apetito sensible.

11. Sería más útil en el mundo, estaría más libre...

¡Cuántas veces se escucha esta excusa...!

Es verdad que hacen falta en el mundo laicos comprometidos con la causa de Dios, pero hay que entenderlo: ¡eso es *otra* vocación!

El llamado al sacerdocio o a la vida consagrada son vocaciones distintas a las de la vida laical; si Dios llama a otro estado de vida, ¿por qué deberemos ponerle límites? Si Él ha llamado a alguien a un estado de perfección: ¿por qué entonces escoger lo menos?

Digamos la verdad: la mayoría de las veces se aduce tal razón para “camuflar” un temor al sacrificio que toda verdadera

vocación implica. Reconocemos que muchísimos laicos comprometidos son realmente el brazo derecho de la jerarquía eclesial y que realizan una labor insustituible, pero ello es así ¡porque Dios los ha querido en ese estado!

Si interrogamos a esos grandes apóstoles del laicado (Codreanu en Rumania, Jean Ousset en Francia, el Beato Pier Giorgio Frassati en Italia o Sacheri y Genta en Argentina y miles más) veremos que la mayoría de las veces han tenido siempre la idea clara de que *Dios les pedía eso* y no otra cosa. Existen también, sin embargo, algunos que, volcados hoy a la acción pastoral de la Iglesia, recibieron alguna vez la llamada de Dios para abandonarse a la vida sacerdotal o religiosa y no fueron del todo dóciles para responderla. ¿Qué son hoy? El reflejo lejano del joven del Evangelio que... “se alejó *triste*”.

Sin duda que Dios les ha inventado otro plan de salvación, otro modo de santificarse, pero el sinfín de gracias que Él había previsto derramar por su intermedio, se han perdido para siempre.

Una vez un joven le dijo a San Alfonso:

– Padre: ¡En todos lados se puede servir a Dios! – a lo que el santo respondió:

– Sí, en todos lados puede servir a Dios *el que no es llamado a la vida religiosa*, pero no así el que, siendo llamado a ella, quiere quedarse en el mundo; es muy difícil que éste lleve buena vida y sirva a Dios.

12. Pero entonces... ¡todos deberían hacerse religiosos!

Siendo tan sublime la vocación a la vida religiosa o al sacerdocio, algunos podrían pensar que todos deberían abrazar tal estado de perfección.

La respuesta es NO. ¡Todos no...!, sino sólo aquellos que tengan vocación para ello; ¡zapatero a tus zapatos! Cada uno debe

estar en el puesto que Dios le asignó; si se ve de una manera clara que, ponderadas bien las ventajas y desventajas, el mejor camino para uno es la religión o el sacerdocio, quiere decir que el Señor lo está llamando a tal estado de vida.

Del resto del mundo no hay que preocuparse demasiado... Dios es Dios y desde hace años que se las ingenia para que muchos se santifiquen por diversas vías.

13. Es una lástima... no podré desarrollar mis dotes naturales

Hay quien está inclinado a la música, a la medicina, a las letras, a las ciencias... ¿qué hacer con los talentos que Dios ha derramado en cada uno?

Esta aparente desventaja es precisamente una ventaja.

¿Cuántos en el mundo tienen enormes dones que explotar pero no lo pueden mostrar porque la familia o el mismo mundo les exige ocupaciones más lucrativas?

El religioso, en cambio, libre de los cuidados de una familia y de las ocupaciones vanas del mundo, pueden bajo mandato de sus superiores, seguir sus inclinaciones naturales respecto al estudio y al apostolado para desarrollar, multiplicando al máximo lo que Dios le ha regalado.

Pueden contarse entre los religiosos a muchísimos científicos, astrónomos, músicos, juristas, pintores y escultores, escritores, etc. Más aún, el religioso emplea como el mejor su genio, porque lo pone al servicio de Dios y de la Iglesia, Madre fecunda de genios e inspiradora de las más bellas obras de arte de la Humanidad.

Recuerdo una vez que en el seminario donde estudiaba ingresó un muchacho ya entrado en años. Durante gran parte de su vida había sido payaso; viajaba por todo el país en un Renault 4, ofreciendo sus obras en plazas, colegios y lugares públicos.

Ni bien ingresó al noviciado pensó: “Adiós a mi actuación...; desde ahora seré sólo para Dios y dejaré atrás mi vida de payaso...”; después de esta breve reflexión le comunicó lo decidido a quien era su Maestro de Novicios.

– “Muy bien – le dijo el sacerdote – me parecen muy buenas tus palabras, pero ahora ve a disfrazarte porque viene un grupo de niños a los que debemos entretener. Tenemos que usar nuestros talentos y saber aprovecharlos para ganar muchas almas para Dios”.

Y por ahí anda ahora, un gran misionero haciendo de las suyas con sus locuras auestas...

14. No soy digno de tal estado...

Es verdad, nadie es digno de servir tan de cerca a Nuestro Señor; ante los misterios tan excelsos que celebran (por ejemplo los sacerdotes) nadie puede considerarse digno; el mismo San Francisco de Asís quiso quedarse como un simple diácono antes de ser ordenado sacerdote...; sin embargo, está aquello de San Pablo cuando dice que “nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios” (Heb 5,4).

La vocación es una gracia especialísima de Dios, y por lo tanto gratuita; si Él la da, dará también las disposiciones suficientes para poderla ejercer y mantenerse fiel durante toda la vida. Él sabe lo que nos conviene y lo que le conviene a su Iglesia.

15. No tengo las cualidades, la simpatía, el poder de convencimiento...

No son precisamente esas las cualidades que se necesitan para tener vocación; éstas se necesitarían más bien para vender teléfonos celulares o ropa de moda...

Basta con el llamado de Dios; tampoco Moisés tenía cualidades para hablar a los judíos (¡es más, era tartamudo!) y sin

embargo llevó adelante la obra de la liberación de Israel de un modo admirable. El buen religioso pone su confianza en Dios, no en sus fuerzas. “Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no tiembla, está asentado para siempre” (Sal 125,1), porque... “¿quién confió en el Señor y fue defraudado?” (Eclo 2,10).

16. Es que hoy en día muchos religiosos están relajados y...

Es cierto y entonces... ¡justamente por eso! ¡Para contrarrestar el efecto!

Con este criterio, alguien trastornado diría: “Si hoy todos se divorcian, ¿para qué nos vamos a casar?”. El gran ejemplo a imitar es Jesucristo, Aquél que dijo “sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48), el que es el mismo ayer, hoy y siempre; el que no se relaja, ni pierde las fuerzas, ni se “aggiorna” a las modas pasajeras.

Es más: conozco a un sacerdote que entró al seminario con la intención de ofrecer su vida en reparación por aquellos pastores que desempeñaban mal su ministerio y hoy lleva adelante fervientemente su sacerdocio.

17. ¡Qué bueno! Lástima que soy tan chico...

Hemos visto más arriba algunas de las objeciones frecuentes que pueden plantearse a un joven respecto de su vocación religiosa. Ahora queremos dar solamente algunas pautas respecto de aquellos o aquellas adolescentes que ya han sentido el llamado de Dios, ¿Pueden hacer algo? ¿Puede Dios llamar a un niño o una niña a la vida sacerdotal o religiosa?

Daremos aquí brevemente – tanto para ellos como para sus padres – ciertos puntos de utilidad para comprender mejor la posibilidad de la vocación en la más tierna edad.

Vayamos por parte.

1. ¿Se puede tener vocación siendo aún un niño?

Conscientes, como decíamos más arriba, de que el llamado de Dios es un don gratuito y que depende totalmente de Su divina voluntad, hay que tener en cuenta que no sólo las almas le pertenecen, sino también *el momento* para llamarlas.

No es necesario tener treinta años, o veinticinco, o dieciocho para ingresar al seminario o al convento...; existen vocaciones adultas o tardías, pero también infantiles y tempranas; una vez más: es Dios quien llama y lo hace a quien quiere, como quiere, donde quiere y... *cuando quiere* y en este “cuando” está incluida también la edad de aquéllos a los que Cristo llamó cuando dijo: “dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis” (Mt 19,14).

Es que la vocación puede manifestarse en diversos períodos de la vida del hombre: en la juventud, en la edad madura y hasta en los niños, entre los cuales no es raro que pueda darse un cierto “*germen*” de la vocación, unido a una peculiar piedad y a un ardiente amor a Dios. El Papa Juan Pablo II afirmaba al respecto que el “sígueme” de Cristo “se hace sentir *la mayoría de las veces ya en la época de la juventud*, y, a veces, se advierte *incluso en la niñez*”³⁵.

Precisamente para ello la Iglesia ha erigido lo que se ha llamado el Seminario Menor, para los niños, o lugares similares como el Aspirantado, para las niñas; se tratan de lugares donde precisamente se intenta “cultivar los gérmenes de vocación”³⁶, siendo su fin propio el ayudar a los niños o adolescentes a que discernan lo que está pasando en sus almas.

³⁵ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Parati semper* a los Jóvenes y a las Jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud, (31/03/1985), nº 8.

³⁶ PABLO VI, Decreto *Optatam totius*, nº 3.

Se trata nada más que de esto, de “gérmenes de la vocación”: es el brote de una planta que todavía no está del todo definido; es una semilla que está despertando a la vida, con toda su debilidad y fragilidad, y por lo tanto, sujeta a muchos avatares que le pueden impedir el crecimiento.

Es normal que haya niños o niñas que piensan desde chicos en consagrarse a Dios totalmente. Serán los padres quienes, luego de analizarlo y conversarlo con un sacerdote experimentado, podrán dar o no el permiso para que sus hijos prueben dicho estilo de vida.

A modo de ayuda, daremos aquí algunas objeciones frecuentes que suelen plantearse al momento de pensar en las “vocaciones tempranas”³⁷.

a. No es natural separar a un niño o a una niña de su familia

Es verdad, no es natural: es sobrenatural. Sólo con la visión que da la fe se puede “entender” el misterio del llamado de Dios. Pero ello no significa que sea “anti-natural”; y esto por dos motivos:

1º) Porque el Seminario Menor o el Aspirantado, no cortan los lazos con las familias, al contrario, los robustecen, los promueven, los ordenan. De hecho, los niños y las niñas visitan permanentemente a sus familias y, éstas, a su vez, saben que tienen en el Seminario o Aspirantado, su propia casa.

2º) Porque no se le hace al niño un vacío afectivo sino que todo se da en un afectuoso y alegre clima de familia: se aprende a amar a los compañeros como verdaderos hermanos y a sus superiores como verdaderos padres.

³⁷ Cfr. *Directorio de Seminarios Menores*, V.E, San Rafael 1994, c. 1, nº 1-12.

b. Terminará siendo presionado para abrazar la vida consagrada

Nada más alejado de la realidad. El ingreso al Seminario Menor o al Aspirantado no implica para el niño una decisión definitiva. Éste cursa sus estudios secundarios en la mayor libertad y si después de un tiempo – o tal vez al término –, descubre no tener vocación, no habrá perdido nada; al contrario, habrá ganado mucho: una formación intelectual y espiritual sólida que muy difícilmente podría haber conseguido en otro ambiente.

Además, en la práctica, no todos llegan a abrazar la vida religiosa luego de haber terminado los estudios secundarios. Algunos se dan cuenta que, con el paso del tiempo, ésa no era la vida que Dios les había marcado y por lo tanto deciden libre y conscientemente volver a sus hogares más y mejor hombres y mujeres de lo que eran antes. La experiencia señala que luego de un tiempo en el Seminario Menor o en el Aspirantado, esos jóvenes se convierten en muy buenos padres y madres de familia sin olvidar los beneficios que recibieron en sus años de mocedad.

c. ¿Qué sabe aún de la vida a esa edad?

Lo primario en el discernimiento de la vocación es escuchar la voz de Dios, y para esto no se requiere haber experimentado todo. Son una legión los hombres y mujeres que han vivido y experimentado “todo” y sin embargo se les escurren los años de la vida sin que hayan encontrado el Norte; buscaron por todas partes, menos en Dios.

San Juan Evangelista, modelo de las vocaciones menores, no lo experimentó “todo”, pero respondió generosa y prontamente al Señor que también lo llamaba desde temprana edad y por eso mereció el nombre de “el discípulo amado”; tal apelativo nos da a

entender cómo ama Dios de modo especial a aquellos que se entregan a su servicio desde la primera juventud.

Muchos padres que desean ver a sus hijos convertidos en “genios” (de algún deporte, de la música, etc.) y así “salvarse para toda la cosecha”, no escatiman esfuerzos: los envían a “escuelitas de fútbol”, a “centros de alto rendimiento deportivo”, a costosísimos conservatorios de música, etc., donde durante mucho tiempo los niños se hallan concentrados, lejos de la familia y sin poder siquiera verlos. Los someten a pruebas dolorosísimas y hasta los presionan para que “sean los mejores” en lo suyo ya que de eso depende, en gran parte, el futuro de la familia.

¿Por qué entonces poner el grito en el cielo cuando un niño o una niña desean volcarse a lo que creen es su vocación?

¿Acaso están planteando algo malo?

Seamos realistas y permitamos que Dios decida y no nosotros.

* * *

Hasta aquí algunas de las objeciones más típicas; podrían enumerarse muchísimas más, pero sería cansar al lector. En realidad, quien no tiene recta intención para razonar libre y desapasionadamente encontraría un millón y nunca las resolvería.

Pero puede pasar el caso de alguien que haya decidido ya ingresar en este estado de vida. ¿Qué hacer? ¿Cómo comportarse? Veamos ahora entonces, algunas normas prudenciales que podrían servir a aquel que ha decidido su vocación pero que todavía no ha ingresado en la vida religiosa.

Capítulo VIII

Ya me decidí: ¿Ahora qué hago?

¿Y si no sigo?

Hemos sopesado bien los argumentos; Dios me quiere sacerdote o religiosa.

“Desea que lo sirva más directamente, más de cerca; me está llamando a un estado de perfección. Está bien...; me he decidido; lo seguiré, pero mientras... ¿qué hacer?”.

Daremos ahora algunos consejos útiles para aquellos que ya han decidido su vocación a la vida sacerdotal o religiosa. Posteriormente expondremos algunas consecuencias que podrían darse para uno y para la Iglesia al no corresponder al llamado divino.

1. Luego de la decisión: acción

Los santos son los ejemplos a seguir luego de Nuestro Señor Jesucristo, es por esto que conviene seguir sus consejos en lo que toca a la vida espiritual. Veamos algunos de ellos sumado a lo que han dicho grandes autores de la vida espiritual.

a. Generalmente, no conviene comunicar la decisión más que al padre espiritual

Cuando un hombre se ha decidido por esta gesta heroica que implica la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, la cosa no termina allí, sino que recién comienza. Habrá que comentárselo a los amigos, a los parientes, etc., y muchas veces esto será lo más difícil.

Conviene siempre conversar primero con el director espiritual, y esto no es una actitud egoísta: la historia, maestra de la vida, enseña que fuera del prudente consejo de una persona experimentada, los parientes y los amigos muchas veces son los principales enemigos de las vocaciones. ¡Y esto hecho incluso con la mejor buena voluntad del mundo!

Lo que normalmente sucede cuando se comparte tal decisión con quien no se debe, es que no solamente la partida se hará más dolorosa, sino que también la permanencia en el mundo se volverá casi insoporable.

“Quédate con nosotros...”; “no nos dejes”; “salgamos a tomar algo a modo de despedida...”, podrán ser algunas de las frases que se escuchen. Una lagrimita por acá, otra por allá, una oferta de un gran empleo, una beca muy esperada durante varios años u otro sinfín de ofertas, son los modos por los cuales el demonio tentará en este momento tan delicado.

Si le pidiéramos a algunos sacerdotes o religiosas que recordasen esos momentos previos a su ingreso, por lo general nos comentarían que justo en ese instante, surgieron oportunidades hermosas para permanecer en el mundo, como casarse, conseguir un trabajo, o ser correspondido por ese amor que nunca les había dado ni la hora...

El diablo sabe hacer las cosas y hará lo imposible para quitar un solo soldado de las filas del ejército de Dios.

b. Una vez decidido, es importante avivar los deseos de Dios

Los medios para hacerlo son infinitos: la lectura de libros espirituales, la Misa diaria, la confesión y comunión frecuente..., son sólo algunos de los modos por los cuales se puede mantener la vocación antes de ingresar en la vida religiosa.

En este momento, más que nunca, la oración es la vida del alma y si no se reza, muy posiblemente se perderá la gracia del llamado; para esto no hace falta estar necesariamente en una iglesia (aunque sería lo ideal): basta con elevar el alma a Dios desde donde uno se encuentre; el banco de una plaza, el asiento de un tren, una buena caminata, etc., serán hermosos “templos” que podrán servir de catedrales espirituales. Durante todo este tiempo, Dios dará la gracia para tener oración donde sea, con tal de que se tenga el deseo ferviente de unirnos a Él.

c. Escapar de los peligros que puedan atentar contra la vocación

Sabiendo que la vocación es un don que se puede perder, quien haya decidido su entrega total a Dios deberá alejarse voluntariamente de todos los peligros que el demonio le tendrá preparados. Acá habrá que huir no sólo de toda ocasión de pecado, sino inclusive de toda circunstancia que, aunque lícita, no sea conveniente para este momento de la vida, recordando aquello de San Pablo: “no todo lo bueno me es conveniente” (1 Cor 10,23).

2. Creo que tengo vocación pero ¿no pienso entrar! Total... ¿qué puede pasar?

Repitamos algo que ya hemos dicho más arriba: quien ha visto clara su vocación deberá enfrentarse con un viejo enemigo de la humanidad: el mismo demonio. Sí. Él mismo, el gran mentiroso no se quedará de brazos cruzados mientras sabe que otra alma se prepara para cooperar en la obra de la salvación y consagrarse por entero a Dios.

El demonio – que es el gran seductor y padre del engaño – no se contenta con hacer caer a Adán y Eva; también quiso hacer lo mismo con Nuestro Señor Jesucristo en el desierto... ¿no hará entonces lo mismo con nosotros, miserables creaturas?

Hará dar vueltas, girará los argumentos, planteará dudas y pondrá mil excusas para desoír el llamado divino.

Y esto sucede – lamentablemente – muy a menudo, como narra el P. Busuttill³⁸:

“Conocí a un joven bueno, muy inclinado a la piedad, amigo sincero de la gracia de Dios. Hablé con él de la vocación y le encontré ya casi decidido. A los pocos días estaba convencido de que Dios le llamaba y radiante de alegría hablaba a cada momento de su vocación.

³⁸ EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 229-230.

Pasaron dos meses; había hasta intentado atraer a otros hacia el ideal de la vida religiosa; meses de apostolado y de fervor.

Un día vino a mi aposento todo desencajado; se sienta y me dice con tono nervioso:

– ¡Ya no quiero ser religioso!

Creí que bromeaba y me refí.

– No; lo digo en serio.

– Pero ¿por qué? – pregunté poniéndome serio yo también.

– Porque no quiero.

– Pero, ¿es que tienes alguna dificultad en la vocación? ¿Es que te has dado cuenta ahora de que Dios no te llama?

– No, *estoy convencido y segurísimo de que tengo vocación*, pero no la quiero seguir. No diré que sí al Señor.

¡Quedé espantado! Procuré hacerle ver que se trataba de una tentación del demonio, el cual ciertamente preveía el gran bien que haría una vez que fuese sacerdote. Todo fue inútil. Se cerró en un mutismo hermético, ni siquiera me miró una sola vez a la cara.

Poco tiempo después empezó a dejar la comunión, la oración...; hablaba contra los que se querían hacer religiosos (probablemente para acallar su conciencia), después dejó el colegio y ya no se le vio casi nunca”.

¡Misterios de la libertad humana!

¿Qué habrá sido de la vida de este joven? ¿Habrá cometido un pecado al rehusarse a seguir la llamada?

Es verdad que según los principios racionales y la moral cristiana *de suyo* no hay obligación estricta de seguir la vocación bajo pena de pecado mortal: *la vocación no es un mandamiento, sino un consejo evangélico*, sin embargo, *en la práctica* puede haber ocasiones que, por diversas circunstancias, pueden convertir esta negación en la causa de la ruina completa para un individuo.

Veámoslo así: un médico recomienda a su paciente que haga deporte, que se traslade a un aire de montaña, que haga una vida menos sedentaria, etc., pero el paciente, aunque comprende perfectamente el consejo, prefiere – por capricho o comodidad – no seguirlo, sino todo lo contrario. ¿Tendrá entonces todas las fuerzas físicas para poder afrontar los futuros malestares? ¿Su salud será siempre la misma o por no seguir dichas recomendaciones se verá cada vez más débil?

Analicemos más detenidamente este tema y las posibles consecuencias de una respuesta negativa:

a. Consecuencias para el individuo que rechaza la vocación

Dios había dispuesto desde toda la eternidad que él o ella fuesen para Sí; había sembrado en ellos una serie de gracias, de mociones, de ayudas divinas, hasta inclusive de caídas que los acompañarían paso a paso hasta conducirlo a la casa del Señor. Pero ahora es el mismo convocado el que rehúsa voluntariamente aquel camino queriendo fabricarse otro.

¿Qué hará Dios con quien rehúsa su llamado?

Ciertamente que le otorgará las gracias suficientes para salvarse, pero... ¿tendrá aquellas gracias eficaces, sobreabundantes y continuas que Dios le había preparado para el *otro* estado de vida y sin las cuales su pobre naturaleza, no podría sin mucha dificultad y mucho esfuerzo, salvarse?

No lo sabemos.

Ciertamente la misericordia de Dios es infinita y todo lo puede; lo que es seguro, es que no podrán exigirse las mismas gracias que Dios había pensado para aquel primer estado.

Podría darse que Dios, en su infinita providencia, hubiese pensado desde toda la eternidad que alguien debiera seguirlo más

íntimamente en la vida sacerdotal o religiosa. ¿Qué pasaría si ese alguien no siguiese Su voluntad? Escuchemos a San Alfonso:

¿Cree usted que permaneciendo en el siglo podrá también santificarse? Sin duda que lo podrá, señor mío, pero con no poca dificultad. Pero *si Dios lo llama a usted a la vida religiosa y quiere permanecer en el mundo, su santificación, como he dicho, será moralmente imposible*; porque *en el siglo se verá privado de las luces y auxilios* que Dios le dispensará en la religión y sin unos y otras no logrará usted salvarse³⁹.

Quien a pesar de haber visto claramente su vocación, no la sigue ¿se salvará? Quizás sí, quizás no; pero lo que es seguro es que le resultará más difícil.

Es como si alguien que nació con dotes enormes para el ballet (cuerpo estilizado, delicadeza de movimientos, ritmo gracioso, etc.) se empecinara ahora en ser físico culturista. O alguien que ha sido llamado a la vida matrimonial, se empecinara en ser religioso o religiosa. ¿Le será fácil la vida en comunidad, el cumplimiento de los votos, la oración, etc.?

Además, es un hecho que, muchas veces, los jóvenes que han rechazado voluntariamente la vocación, convencidos de que Dios los llamaba, han terminado (normalmente) en una vida de pecado, cumpliéndose así el famoso proverbio latino: “*corruptio optimi, pessima*” (“la corrupción de lo mejor es lo peor”).

Al encontrarse sumergidos en un estado de continuo remordimiento por la mala decisión tomada, buscan –por lo general– ahogar dicha negación entregándose más exageradamente que los otros a las diversiones y distracciones del mundo. Empiezan abandonando la oración, después los sacramentos y por último hasta al mismo Dios.

³⁹ SAN ALFONSO, *La vocación religiosa*, 85.

Esto, repetimos, no es matemático, pero es lo que normalmente se ve. Quien rechaza la vocación sacerdotal o religiosa termina, la mayoría de las veces, dando vueltas como “bola sin manija”.

b. Consecuencias para Nuestro Señor

Es evidente que a Dios nada le falta y que todo lo perdona, sin embargo no debe ser muy agradable para Nuestro Señor el haber amado con amor de predilección a alguien para que éste luego lo defraude... Adán y Eva recibieron un don y sin embargo lo traicionaron.

Con el joven rico del Evangelio, sucedió algo similar; no es que el Señor se haya desanimado (¡quien se fue triste fue el joven!) con la negativa, pero algo debió pensar al decir con desazón que a quienes se aferran a las riquezas les sería muy difícil entrar en el Cielo.

c. Consecuencias para la Iglesia y para el mundo

Si San Patricio no hubiera dicho sí a los catorce años ¿sería hoy católica Irlanda? Si San Francisco Javier, que bautizó centenares de miles de paganos no hubiese respondido a su vocación, ¿dónde hubieran ido a parar todas aquellas almas? Y si San Juan Bosco, San Luis Orione, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís y tantos otros santos hubiesen dicho *no* a Jesús, ¿dónde estaría hoy todo el bien que han hecho sus instituciones y sus vidas de santidad?

“¡Es que yo no soy San Francisco!” – se nos dirá...; es verdad ¿pero acaso se piensa que los santos ya eran “santos” cuando aceptaron su vocación o, más bien, se convirtieron en santos por aceptarla?

Además, San Juan Bosco solía decir que alrededor de cada sacerdote existe un gran número de almas confiadas a él *desde toda*

la eternidad; es a él a quien corresponde salvarlas. Si él no las salva ¿quién lo hará por él?

¡¡¡ De una sola respuesta depende la salvación de tantas almas...!!!

Transcribamos aquí una carta que San Alberto Hurtado le escribiera a un gran amigo suyo que retrasaba el ingreso en la vida religiosa.

3 de junio de 1945, Loyola

Mi querido Víctor⁴⁰:

Esta mañana, al leer en la santa Misa el Evangelio de hoy, me ha venido un fuerte deseo de escribirte para decirte algo que tengo atravesado entre el pecho y la espalda desde hace tiempo, y que jamás me atrevía a decírtelo, a pesar de la confianza que me has dado, por respetar en forma total tu libertad, como tú has visto que lo he hecho siempre....

Si recuerdas el santo Evangelio de hoy (S. Lucas 14, 16–24), el Señor hizo una cena y los llamados comienzan a excusarse con los pretextos más fútiles desairando así a quien generosamente los había invitado. Esta lectura me trajo a la mente tu recuerdo, pues, si quieres que te diga francamente mi impresión, ésta es que tú querrías servir a Cristo, ser generoso con Él, pero que no acabas nunca de decidirte a cortar las amarras, porque éstas son fuertes, justas, santas, bellas, las más bellas en el orden de lo lícito: las del hogar donde uno ha nacido, y en un caso como el tuyo, de un hogar donde todo el cariño se reconcentra en el hijo único. Yo debo pensar en los que el Señor ha confiado a mis cuidados y muchas veces he pensado que tu inconsciente lucha muy fuertemente contra el llamamiento del Señor que te dice HOY, y tú le dices: MAÑANA... y yo me temo que ese “mañana”, pueda equivaler a “nunca”, como ha resultado verdad para

⁴⁰ SAN ALBERTO HURTADO, *Cartas*, Universidad Católica de Chile, Santiago 2003, 97-99.

tantos amigos nuestros, incluso para otros que, en el mismo puesto que tú ocupas en la A. C., sintieron un día el llamamiento de Cristo y hoy van por otro camino, honesto, lícito, pero que no es el que ellos creyeron en un primer momento, y en el que yo siempre he pensado que habrían dado más gloria a Dios, si a tiempo hubiesen marchado generosamente. Después, los oídos se endurecen, los ojos no tienen la finura para percibir y llega uno a creerse no llamado.

Tú has reaccionado violentamente contra una actitud semejante, pero te pido, Víctor, que delante de Nuestro Señor, ante su Cruz pienses si eres sincero con Él al esperar aún más; o si no sería mejor afrontar la dificultad en la forma más valiente que sea posible: fijarte una fecha, hablar con tus padres, quemar las naves y echarte al agua, esto es, en los brazos de Cristo para trabajar por su gloria y por la salvación de las almas. Si tú en tu conciencia crees que la conducta debe ser otra, ten por no dichos mis consejos, pero si la voz de Cristo persiste, tú que has “puesto la mano al arado no vuelvas los ojos atrás”, porque ese “no es apto para el Reino de los cielos”. “El Reino de los cielos padece violencia y sólo los esforzados lo arrebatan”. “El que ama su alma la perderá y el que la perdiere por mí la hallará”. “El que quiera venir en pos de Mí, niéguese, tome su cruz y sígame”. [cf. Lc 9,62; 16,16; 17,33; 9,23].

Quizás el Señor espera para bendecir a la A. C. y a otras vocaciones en germen, tu sacrificio. No dudes en hacer en cada momento, hoy mismo, lo que creas delante de Dios que debas hacer. El mañana es muy peligroso.

Ruega a Jesús que yo también no ponga obstáculos a sus designios sobre mí. Afectísimo amigo y hermano en Cristo.

Alberto Hurtado C. s.j.

3. Entonces... estoy decidido, ¡entraré! ¿qué me espera luego?

Veamos un breve párrafo de San Alfonso⁴¹ donde nos narra cuál será la gloria de los sacerdotes y religiosos que perseveren en sus propósitos hasta el fin:

⁴¹ Cfr. SAN ALFONSO, *La vocación religiosa*, 107–110.

Considera, en primer lugar lo que dice San Bernardo: que difícilmente se condena el religioso que muere en su vocación. “De la celda al Cielo – dice el santo – es camino trillado; apenas habrá uno que de la celda baje al infierno”... Considera, además, que el Cielo, como dice el Apóstol, es corona de justicia, de donde se sigue que, si bien el Señor premia nuestras obras más de lo que en sí se merecen, sin embargo, da a cada uno el premio que ha merecido según aquellas palabras de San Mateo: “Dará el pago a cada cual según sus obras”.

El religioso ofrece a Dios todos los bienes de la tierra, y se complace en vivir pobre, sin facultad de poder disponer de cosa alguna. El religioso se desprende de sus parientes, de sus amigos y de su patria, para unirse más estrechamente con Dios. El religioso se priva continuamente de muchas cosas que pudiera disfrutar en el siglo. El religioso, finalmente, se entrega a Dios por entero, sacrificándole su propia voluntad por el voto de obediencia.

El religioso, entregando a Dios su propia voluntad, se da a sí mismo y se da enteramente, pues le da, no sólo los frutos del árbol, sino el mismo árbol. Después de esto puede decir con toda verdad: Señor, desde que os he dado mi voluntad, no tengo nada más que daros.

El religioso, observando su regla, ganará más en un mes, que el seglar en un año, con todas las oraciones y penitencias.

Comprendamos: Dios es fiel a sus promesas, más aún si nosotros somos fieles a las nuestras.

Es lo mismo que San Pedro le preguntó hace dos mil años a Nuestro Señor (Mt 19, 27-29):

– “Señor, ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué será de nosotros?”

A lo que el Buen Pastor respondió:

– “En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, os sentaréis también sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Porque *todo el que deje casa, o hermanos o hermanas, padre o madre,*

o hijos o campos por mi nombre, recibirá el ciento por uno en esta tierra y la vida eterna en el Cielo” (Mt 19,27-29).

* * *

¡Que la decisión es difícil! ¡Seguro! Pero ya muchos han pasado por lo mismo y han sobrevivido; ¡vale la pena! La recompensa en esta tierra es enorme y en el Cielo, infinita.

Capítulo IX

¡Socorro, tengo un hijo religioso!

“De las familias de los consagrados se salvan hasta la tercera y cuarta generación”⁴²
(San Juan Bosco).

Ya hemos hablado bastante respecto de los hijos, toca ahora hablar un poco acerca de aquellos que han sido, en gran medida, los cooperadores indispensables de la vocación.

El misterio de la vocación trasciende a quien recibe el llamado; Dios no sólo llama a aquellos que serán sus colaboradores más íntimos, sino que también – de algún modo – hace partícipes de este gran don a aquellos que han sido generosos con la transmisión de la vida. Sí, los padres, de un modo diverso, han sido elegidos para la vida religiosa: muchos de ellos formaron un matrimonio y hasta perseveraron en él; otros, por distintas circunstancias de la vida, no han tenido esa gracia, pero de todas maneras y casi sin darse cuenta, han sido partícipes de la gracia a través de sus hijos.

Nadie nace de un zapallo..., y es por eso que Dios ha querido en su infinita Providencia que cada uno surgiera en un lugar determinado, en una época determinada y con unos padres determinados. No sería lícito, por lo tanto, dejar de dar algunos consejos a aquellos padres que han tenido la dicha de que Dios llamase a algunos de sus hijos.

1. ¿Mi hijo sacerdote? ¿Mi hija religiosa? ¿Qué hago!

Cuando un hijo o una hija han comunicado a sus padres que desean entrar en la vida religiosa, normalmente hay un *shock* del cual ni las mejores familias se salvan.

⁴² SAN JUAN BOSCO, *Biografía y Escritos*, BAC, Madrid 1967, 320.

– “¡No es normal!”; “¡yo esperaba que te casaras, que me dieras nietitos...!”.

Es cierto que no es muy corriente tener un hijo sacerdote o una hija religiosa, pero eso no significa que debamos asustarnos. Lo primero que conviene hacer al recibir la noticia es, como en todo, no perder la calma: las pasiones suelen traicionarnos en este tipo de circunstancias y no nos dejarán actuar con serenidad. Luego, habrá que conversar con el hijo o la hija y preguntarle si lo ha pensado bien, si lo ha consultado con un sacerdote, si está realmente decidido/a... o si es simplemente una “locura” del momento.

Es lo menos que se debe hacer; los padres tienen experiencia en esto: cuando uno de sus hijos les ha dicho que tiene el propósito de casarse con una muchacha, normalmente suelen examinar el caso; preguntan por el novio o la novia y se interesan por saber si son conscientes de que es para toda la vida...

Aquí sucede lo mismo; los padres conocen a sus hijos y pronto sabrán si la decisión es sincera o no.

Es importante hablar con calma; sobre todo escuchar y después plantear las dificultades que existieran, los temores futuros, las causas de la decisión y los posibles inconvenientes. Vale la pena también *examinar al hijo*, es decir, su modo de obrar en estos momentos, su modo de vestir, su comportamiento para con las cosas de Dios, sus virtudes, etc.; si todo esto ha ido en aumento en el último tiempo, puede sospecharse que la vocación de su hijo es algo real y no un capricho pasajero.

Por el contrario, si los padres ven que su hijo, lejos de haberse acercado más a Dios en el último tiempo, se ha mundanizado cada vez más, no frecuenta los sacramentos ni renuncia a las malas compañías, etc., podrán pensar con todo derecho que lo que está planteando es una locura.

En caso de que la vocación parezca seria, después de haberlo escuchado, conviene recordarle las dificultades que según el parecer ordinario, traerá la vida religiosa (los votos, los sacrificios, el desapego de los seres queridos, etc.) y, por el contrario, mostrarle la belleza de la vida familiar a la cual quiere renunciar, las posibilidades de santificarse en el mundo, etc.; así y todo si el joven tiene verdadera vocación, todo será para bien y no lo harán dudar en lo más mínimo.

De todos modos, para dar un juicio exacto – como en todas las cosas– será conveniente conversar con un sacerdote o un religioso, ya que normalmente, conocen más y mejor acerca de estos casos; en especial vale la pena platicar con quien ha sido el director espiritual del joven y plantearle a él mismo los interrogantes que la familia se hace.

Finalmente no hay que pasar por alto la cosa más importante: pedir a Dios la luz para ver Su divina Voluntad y la fortaleza para seguirla. Nadie niega que sea un trance duro el tener que separarse de los hijos, pero si lo consideramos a la luz de la fe, es un honor enorme el tener entre los hijos a un escogido de Dios, a uno que ha atraído sobre la familia la mirada del Omnipotente.

Pero tengamos presente esto: sin los ojos de la fe, ninguno de estos consejos servirá; todo será locura, escándalo y nada más.

2. Lo que nunca hay que hacer

No sería justo dejar de prevenir respecto de aquello que muchos padres, sin saberlo (ni quererlo), muchas veces terminan por realizar al momento de recibir esta noticia inesperada.

Demos aquí algunos ejemplos de lo que hay que evitar.

a. Impedir caprichosamente el ingreso de un hijo en la vida religiosa

Así como nunca conviene forzar a un hijo o a una hija a que se case sin estar del todo dispuesto para ello, tampoco es conveniente empujar a alguien que tiene vocación religiosa a que no la abrace. La experiencia en este caso es siempre maestra y ha mostrado incansablemente que los efectos son siempre *contraproducentes*.

Como decíamos más arriba, el joven que tiene vocación y se niega a seguirla, no es seguro que cometa un pecado grave, pero quienquiera que impida ilegítimamente a alguien el abrazar el estado religioso (o el matrimonial), o fuerce a abrazarlos, comete, al menos un grave pecado contra la prudencia. Y esto porque Dios ha creado al hombre libre y quiere que él ejercite su libertad en todo, más aún en lo que se refiere a la “elección de estado”; aquí no sólo está en juego la libertad del joven y su salvación personal, sino también la misma voluntad divina y la suerte de aquellas almas que Dios ha querido hacer depender de su decisión libre.

Además, el hijo no pertenece totalmente a los padres; ellos no son dueños de su vida, sino simplemente y por un tiempo, sus guardianes; él es enteramente libre y – si ha sopesado correctamente su decisión ante Dios – nadie tiene el derecho de oponérsele sin justa causa.

A los padres, en este sentido, no les ha sido dada ninguna autoridad para decir que “no” cuando Dios dice “sí”; menos la de obstaculizar o frustrar Sus designios; los hijos les han sido dados como un don, como un regalo que deben cuidar y preparar para que algún día fructifique según los planes del Señor.

b. Hacer peligrar la vocación

“¿Acaso hay alguno entre vosotros, que cuando vuestro hijo le pide pan le da una piedra?” (Mt 7,9)

Un padre nunca querrá el mal para su hijo, sin embargo muchas veces las pasiones suelen traicionarnos; así sucedió con los padres de Santo Tomás de Aquino, como narrábamos más arriba. Al enterarse los condes de Aquino de la decisión de su hijo, resolvieron encerrarlo en una celda para que se le pasara la idea de ser sacerdote. Una vez allí y para disuadirlo, introdujeron a una prostituta para tentarlo; por gracia de Dios, Tomás resistió a la tentación y terminó echando a su tentadora con una antorcha encendida, para trazar luego con el leño encendido, una cruz indeleble en la pared.

He conocido un caso parecido: a un joven que quería hacerse sacerdote, su padre, ni bien enterado comenzó a hacerle la vida imposible.

Había concebido la idea de que, llevándolo de viaje por el mundo y mostrándole sus bondades y placeres, lo haría recapacitar. Dicho y hecho: como meta del viaje escogió una ciudad en la cual todos los espectáculos y placeres estaban al alcance de la mano; lo llevaba a los cines y teatros, a ver espectáculos degradantes y, todo eso... porque amaba a su hijo... Todo estaba dispuesto para hacer peligrar la vocación del joven; éste, mientras caminaba y padecía el tormento, sin que su padre se diera cuenta, hacía lo imposible por pedir a Dios fuerzas para mantener su vocación. Finalmente, venció las tentaciones y logró ingresar en la vida religiosa. Pasado el tiempo, visto que su hijo se hallaba afianzado y contento en el lugar que Dios le había preparado, terminó recapacitando y se llenó de orgullo por su hijo sacerdote.

Pero hay otros que plantean las trabas de este modo: “si alguien tiene realmente vocación nunca la perderá”.

¡Seamos coherentes! Todo el que juegue con fuego algún día recibirá una pequeña chispa, más en los tiempos que corren, donde todo conspira contra Dios y sus derechos. Además, si realmente pensamos que quien tiene vocación verdadera nunca podría perderla, deberíamos hacer lo mismo con quien tiene

vocación para el matrimonio: pongamos a todos los esposos a prueba durante mucho tiempo siendo acosados por distintas señoritas que no sean sus legítimas esposas: “si realmente es fiel, no traicionará a su mujer ni su vocación matrimonial...”.

Seamos racionales: la vocación es también una gracia como todas las demás y por lo tanto se puede perder sin muchos esfuerzos; es una gracia a la que se ha de corresponder, alimentar, guardar y defender, de lo contrario puede perfectamente desaparecer.

c. Intentar retrasar el ingreso del hijo en la vida religiosa

“No, no te digo que no...; solamente quiero que esperes un añito más y luego podrás entrar...”. “Por favor, sólo un par de meses más, para que pueda digerir bien tu decisión...” – son frases que a veces se escuchan decir, sin fundamentos.

El P. Busuttill⁴³ cuenta una pequeña historia que puede ilustrar este punto:

Un mendigo estaba a la puerta de la ciudad pidiendo limosna cuando pasó por allí el príncipe heredero quien, viendo a aquel pobre lleno de harapos, con paternal solicitud bajó del coche y le dio una bolsa llena de monedas de oro. El mendigo, en vez de alargar la mano y tomar con gratitud la limosna, permaneció inmóvil e impasible; finalmente volvió la cabeza diciendo que no la aceptaba.

– Lo siento –dijo– pero no quiero aceptar la limosna hasta la semana que viene. Por lo tanto si de verdad desea dárme la tendrá que volver de nuevo, bajar del coche y ofrecerme la bolsa.

¿Qué debería responderle el príncipe a aquel mendigo? ¿Aparte de recibir la limosna quiere poner condiciones?

La comparación es clara ¿Qué debería decir a Cristo un hijo que tiene vocación: – “Señor, ten paciencia, a mi mamá no le parece

⁴³ EMVIN BUSUTTIL, *Las vocaciones*, 287.

bien. Vuelve el año que viene y, si a ella le parece, yo te seguiré y haré tu voluntad?”

Obligar injustificadamente a un hijo a retrasar el día de su ingreso en la vida sacerdotal o religiosa, es oponerse a los planes de Dios y nada más.

3. Consecuencias de la negativa para los padres

Recordemos que *se trata de negar a alguien un bien, no un mal*; la vocación es un don gratuito de Dios y el padre o la madre que se nieguen por capricho, comodidad, vano sentimentalismo, etc., es como si estuviesen negando una gran corona para su hijo. Es lo de Jesucristo: un hijo le pide pan y no sólo que su padre no se lo da, sino que le da una piedra.

Veamos con algunos ejemplos lo que puede suceder ante una injusta oposición por parte de los padres:

a. El hijo andará perdido, como bola sin manija

El hacerse religioso no es lo mismo que seguir una carrera como medicina, abogacía o arquitectura. Implica una decisión radical, un modo de vida distinto, una vida diferente. Dios quiere que tal o cual persona deje de vivir como vivía para dedicarse enteramente a Él.

Normalmente, en la práctica (y esto es cuestión de mirar alrededor) quien no ha seguido la vocación religiosa o quien la ha abandonado por culpa propia, termina como “perdido” en el mundo, desubicado, afligido; es que *ésa no es su vida*. Dios quería *otra cosa* para él. Así, los padres que hacen todo lo posible para que sus hijos no ingresen en la vida religiosa, serán cooperadores de las desdichas futuras de sus hijos que comenzarán a vivir la historia repetida del Joven Rico del Evangelio.

b. Pueden sobrevenir dificultades mayores

El padre Grech Cumbo⁴⁴, misionero en la India, cuenta un caso terrible: un joven de su misión le confió su vocación: ¡quería ser sacerdote!

“Para el Padre Cumbo era una alegría enorme: ¡sería el primer sacerdote salido de aquella misión!

Pero había una gran dificultad: su padre.

A pesar de todos los esfuerzos del joven y del misionero, el padre no quería dar su permiso; se justificaba diciendo que sería mejor que su hijo se casara y tuviese muchos hijos, lo cual sería una gran ganancia para la Iglesia, ya que de ellos haría buenos cristianos y quizás, por qué no, podrían surgir hasta buenos y santos religiosos.

Así, el joven fue obligado a tomar esposa y finalmente a casarse; todo fue una tragedia: el mismo día de su boda se sintió mal, se le administraron los últimos sacramentos y falleció. Su padre nunca se lo perdonaría”.

Otra anécdota nos puede servir de ejemplo:

La Madre Superiora de las hermanas del hospital donde curaban a Jacinta, una de las pequeñas videntes de Fátima, preguntó un día a la madre de la beata si le agradecería que las otras dos hermanas de Jacinta, Florinda y Teresa, se hicieran religiosas.

“La madre, desdichadamente, respondió:

– ¡Dios me libre!

Jacinta no había oído el diálogo; no obstante, más tarde, dijo a su madrina:

– «La Virgen, quería que mis hermanas se hicieran religiosas. Mi madre, por el contrario, no quiere. La Virgen, por esto, vendrá dentro de poco para llevárselas al Paraíso».

⁴⁴ Cfr. *Ibi*, 290.

Efectivamente, las dos hermanas murieron muy pronto”⁴⁵.

Recordemos: Dios sabe cómo hacer las cosas y busca nuestro bien escribiendo derecho en renglones torcidos. Él sabe lo que nos conviene y qué es lo que debe hacer de nuestras vidas.

4. Consecuencias de aceptar la voluntad de Dios

En vez de mirar solamente el lado doloroso de la vocación (que existe, no hay que dudarlo), es necesario ver lo que quiere decir ser padre o madre de alguien que ha sido elegido por Dios:

a. El tener un hijo sacerdote o religiosa es un honor para toda la familia

Debe ser una alegría el que Dios se haya detenido precisamente delante de esta alma y de esta familia para escoger, del fruto del amor de sus padres, a uno de sus ministros, a un predilecto de su Corazón, a un continuador o continuadora de su obra redentora.

Dios, de esta manera, alaba la educación de esa familia que supo dar a sus hijos una formación adecuada para no rechazar los deseos divinos. De hecho, salvo raras excepciones, Dios escoge a muchachos buenos y moralmente sanos, de buenas y cristianas familias. Sin embargo, para mostrar que nada lo condiciona, también elige a otros de familias más alejadas de Dios para que sean los hijos los encargados de evangelizar en la propia familia y ganarse las almas para el Cielo.

b. Es garantía de la salvación, si nos mantenemos fieles

Recordemos lo que decíamos al principio por boca de San Juan Bosco: “de las familias de los consagrados se salvan hasta la tercera y cuarta generación”.

⁴⁵ LUIS GONZAGA DA FONSECA-JIMENEZ, *El mensaje de María al mundo. Las Maravillas de Fátima*, Sol de Fátima, Madrid 1990, 134.

La vocación de un hijo significa la bendición de Dios sobre toda la familia; con un hijo o una hija religiosa, se recibe el ciento por uno en esta vida y además la vida eterna; contrariamente a lo que siempre se piensa, no es únicamente el hijo el que usufructuará esa promesa del Evangelio.

Jesús de hecho dijo: “El que dejare padre, madre (y esto va para el hijo que deja el padre y la madre), hijo, hija (y esto va para los padres de quien abraza la vida sacerdotal o religiosa), haberes, etc., tendrá el ciento por uno en esta tierra y después la vida eterna”. Así pues, el hijo, con su fidelidad a la vocación mantiene misteriosamente a la familia unida a Dios, ya que Aquél a quien sirve, no dejará de derramar sobre sus seres queridos las gracias necesarias para la salvación eterna.

La vocación no es cuestión de una sola alma; la familia interviene y seguirá interviniendo en ella como protagonista número uno.

Es haciendo la voluntad de Dios como se logra alcanzar la vida eterna, como decía Nuestro Señor: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4,34).

¡Dios permita a todos los padres comprender el don tan hermoso que Dios les ha hecho por medio de sus hijos!

* * *

Conclusión

Hemos llegado al final de estas líneas y sólo queda el lector con su alma y sus pesares, sus dudas e inquietudes. La vida continúa. Pasa y no vuelve...

Pero yo...

¿Qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué he de hacer por Cristo?

¡Ésta es la pregunta!

Si Dios ha llamado a alguien al sacerdocio o a la vida religiosa, entonces ¡adelante!, ¡no hay tiempo que perder! ¡Muchas almas dependen de ese “sí”!

La decisión puede ser dura al principio, pero toda historia de amor verdadero se escribe con dolor y esta no será la excepción; *no hay rosas sin espinas*.

Se trata de dar la vida, ni más ni menos que eso, pero no a cualquiera, sino a Aquél que ha dicho “quien quiera perder su vida por mí, la encontrará” (Mt 16, 27) y para ello hay sólo un camino que es seguir el que Dios mismo ha trazado en cada alma. El destino es incierto pero si somos fieles Él marcará el rumbo.

Me decían⁴⁶ los hombres serios de mi aldehuela

“Si eso fuera seguro con su prueba segura

También me arriesgaría, yo me hiciera a la vela,

⁴⁶ LEONARDO CASTELLANI, fragmentos de la poesía *Jauja*, publicada en el Apéndice del libro *De Kirkegord a Tomás de Aquino*, Guadalupe, Bs. As. 1973.

Pero arriesgarlo todo sin saber, es locura...”

Pero arriesgarlo todo justamente es el modo,

Pues Jauja significa la decisión total

Y es el riesgo absoluto, y el arriesgarlo todo,

Es la fórmula única para hacerla real....

Busco la isla de Jauja, sé lo que busco y quiero

Que buscaron los grandes y han encontrado pocos

El naufragio es seguro y es la ley del crucero

Pues los que quieren verla sin naufragar, son locos,

Quieren llegar a ella sano y limpio el esquife

Seca la ropa y todos los bagajes en paz

Cuando sólo se arriba lanzando al arrecife

El bote y atacando desnudo a nado el caz...

¡Adelante marinero!, ¡*duc in altum!*!, navega mar adentro, pero timoneando con firmeza hacia la única meta que nos mueve: el Cielo; lanzando el ancla para mantenerse en la Verdad que no pasa, sin cederle en nada al Enemigo. Habrán tormentas, pero pasarán y luego llegaremos a tierra firme: mojados, cansados, pero contentos de haber hecho algo por Cristo y haber quemado las naves por ese Gran Capitán.

Apéndice 1

*Consejos de San Alfonso María de Ligorio*⁴⁷

⁴⁷ Extractos de SAN ALFONSO, *Avisos sobre la vocación religiosa*, Ediciones Paulinas, Bs. As. 1952, pp. 83-105.

Respuesta a un joven que pide consejo acerca del estado de vida que debe elegir

Hermano mío:

En carta, usted me da a entender que desde hace algún tiempo se siente inspirado por Dios a abrazar la vida religiosa. A la vez me dice que se han despertado algunas dudas en su espíritu, y especialmente aquella de que si podrá santificarse en el siglo sin hacerse religioso (...).

Asunto de capital importancia

Aquí solamente le diré en pocas palabras que el negocio de la elección de estado es de capital importancia, por depender de él la salvación eterna. *El que abraza el estado a que Dios le llama, fácilmente se salvará (...).*

Por tanto, si usted quiere elegir aquél género de vida en el cual asegure mejor su salvación, que es lo único que nos debe importar, considere que su alma es inmortal y que Dios le ha puesto en el mundo, no a buen seguro para atesorar riquezas, ni conquistar honores, ni llevar vida cómoda y regalada, sino únicamente para alcanzar la vida eterna por medio de la práctica de la virtud. “Tenéis por fin”, dice San Pablo a los romanos, “la vida eterna” (Rom 6,22). En el día del juicio de nada le servirá el haber puesto en buen pie su casa y haberse aventajado sobre los demás en el mundo; lo único que entonces le aprovechará será el haber servido y amado a Jesucristo, que le ha de juzgar.

Serio error

Cree usted que permaneciendo en el siglo podrá también santificarse. Sin duda que lo podrá, señor mío, pero con no poca dificultad. Pero *si Dios lo llama a usted a la vida religiosa y quiere permanecer en el mundo, su santificación, como he dicho, será moralmente imposible*; porque *en el siglo se verá privado de las luces y auxilios que Dios le dispensará en la religión y sin unos y otras no logrará usted salvarse*.

Para alcanzar la santidad hay que emplear los medios que nos conducen a ella, como son la huída de las ocasiones peligrosas, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la unión con Dios y la vida de recogimiento. Además, para no cansarse en el camino emprendido, debe frecuentar los sacramentos, hacer todos los días oración mental, leer algún libro piadoso y ejercitarse en otras prácticas devotas, sin las cuales no es fácil conservar el fervor. Ahora bien, ejercitarse en todas estas obras de piedad en medio del bullicio y tráfago del mundo es harto difícil, por no decir imposible. Los cuidados de la familia, las necesidades de la casa, los lamentos y quejas de los parientes, los negocios, las persecuciones de que está lleno el mundo, tendrán su ánimo tan preocupado y tan cargado de temores, que apenas le será posible encomendarse a Jesús por la noche, y esto en medio de mil distracciones (...).

Falsedad del mundo

Los amigos del mundo, por su parte, no tendrán reparo en inspirarle temor a la vida religiosa, pintándosela como insoportable y llena de sinsabores. Por otra parte, el mundo le brindará con sus riquezas, placeres y diversiones: piénselo bien y no se deje engañar, porque *el mundo es un traidor, que sabe prometer, pero no sabe cumplir*. Le ofrece bienes de la tierra; y aunque le diese todo lo que ofrece, ¿serían suficientes todos ellos a calmar las ansias de su alma? No, porque sólo Dios puede darle la paz verdadera. El alma ha sido creada únicamente para Dios, para amarle en esta vida y después

gozarle en la eterna, y por esto sólo Él puede satisfacer los deseos de su corazón.

Todos los placeres y riquezas del mundo son incapaces de darnos la verdadera paz; al contrario, el que mayor caudal de estos bienes posee en el mundo, anda más turbado y afligido, como confiesa Salomón, quien después de haber gozado tanto, exclama: “todo es vanidad y aflicción de espíritu” (Ecl 1,14).

Si el mundo con todos sus tesoros pudiera llenar los senos del corazón humano, los ricos, los grandes, los reyes, que nadan en la abundancia, que gozan los placeres, que son por todos honrados, serían plenamente felices; pero la experiencia nos enseña lo contrario; nos enseña que mientras más encumbrados y enaltecidos están, tanto mayores son las angustias, los pesares y las aflicciones que experimentan. Un pobre lego capuchino, vestido con burdo sayal y ceñido con un ceñidor de cuerda, que come pobrementemente y duerme sobre la paja en celda estrecha, vive más feliz y contento que un príncipe que viste telas recamadas de oro y posee tesoros sin cuento. Se sentará todos los días a opípara mesa, dormirá en mullido lecho bajo ricos pabellones, pero los cuidados y las angustias de espíritu ahuyentarán el sueño de sus párpados. “¡Cuán loco es, exclama San Felipe Neri, el que por amar al mundo no ama a Dios!”.

Situación en la hora de la muerte

Pero si los mundanos llevan una vida de sobresaltos y congojas, mayores los experimentarán en la hora de la muerte, cuando el sacerdote que los asista les intime la orden de partir de esta vida, diciéndoles: “Alma cristiana, sal de este mundo”, abrázate con el crucifijo, porque el mundo ya se acabó para ti (...).

Por tanto si usted quiere acertar en la elección de estado, procure que no se le caiga de la consideración la hora de la muerte, y, puesto en aquel duro trance, mire bien el género de vida que hubiera querido llevar. Entonces ya no podrá corregir el yerro, si

tiene ahora la mala fortuna de equivocarse, menospreciando el divino llamamiento por seguir su libertad y sus caprichos. Considere que todo lo de este mundo pasa y desaparece, como dice San Pablo por estas palabras: “La escena de este mundo pasa en un momento” (1 Cor 7,31). Todo se acaba, y la muerte nos sale al encuentro, de suerte que a cada paso que damos nos acercamos a ella y nos aproximamos a la eternidad, para la cual hemos nacido. Porque escrito está: “Irá el hombre a la casa de su eternidad” (Ecl 12,5). Cuando estemos más descuidados nos sorprenderá la muerte, y en aquel duro trance todos los bienes del mundo nos parecerán vana ilusión, mentira, engaño, vanidad. “¿De qué le aprovechará entonces al hombre — pregunta Jesucristo—, haber ganado todo el mundo, si pierde su alma?” (Mt 16,26). Sólo servirá para acabar con muerte desgraciada una vida infeliz.

Consuelos del que abandona el mundo

Por el contrario, un joven que ha abandonado el mundo para seguir las huellas de Cristo, vivirá feliz y contento (...). Verdad es que en el monasterio no tendrá ni conciertos, ni bailes, ni comedias, ni otras mundanas diversiones, pero tendrá a Dios, que le recreará con mil regalos y le dará a gustar aquella paz que se puede gozar en este valle de lágrimas, lugar de trabajos y padecimientos, donde hemos sido puestos para conquistar, a fuerza de paciencia, aquella otra verdadera y cumplida paz que Dios nos tiene deparada en la gloria. Cuando se vive alejado de las diversiones del mundo, una amorosa mirada dirigida de cuando en cuando al crucifijo, un “Dios mío”, que se escapa del corazón, proporciona al alma más consuelo que todos los pasatiempos y banquetes del mundo, que después de gustados traen en pos de sí no pocos dejos de amargura.

Y si por haber abrazado el estado religioso vivirá contento durante la vida, mayor contento experimentará en la hora de la muerte. ¡Qué consuelo no experimentará entonces al recordar que ha gastado su vida en la oración, la lectura espiritual, la mortificación

y otros ejercicios devotos, y especialmente si en la religión ha empleado sus mejores años, salvando almas por medio del apostolado propio del instituto, del ministerio de la predicación y confesión! Todo aumentará a la hora de la muerte la confianza que tiene puesta en Jesucristo, el cual, como muy agradecido, sabe premiar con largueza a los que han trabajado por aumentar su gloria.

Doble perspectiva

Pero vengamos ya a tratar más de propósito, la elección que debe usted hacer. *Ya que el Señor le mueve a dejar el mundo para darse todo a Él en la religión, tiene sobrados motivos para alegrarse y temblar a la vez. Alégrese, pues, y dé gracias a Dios, porque el ser llamado a una vida más perfecta, es una gracia especialísima que el Señor no dispensa a todos.* “No ha hecho otro tanto —dice el salmista— con las demás naciones” (Sal 147,20). Pero a la vez tiemble, porque si no obedece a la voz divina, pone en gran peligro su eterna salvación. No puedo detenerme a referirle aquí los muchos ejemplos de jóvenes que por no haber hecho cuenta con la vocación divina, han llevado vida desgraciada, acabándola con muerte desastrosa. Tenga por cierto que si, a pesar de la inspiración que usted siente de abrazar la vida religiosa, permanece en el mundo, llevará una vida sin paz ni sosiego (...) por los remordimientos, a causa de haber desoído la voz de Dios, que le llamaba al claustro.

Doble respuesta

Al fin de su carta me pregunta usted que si en el caso de no tener bastante ánimo para entrar en religión, sería mejor casarse, como quieren sus padres o hacerse sacerdote secular.

A lo primero le diré que el estado de matrimonio encierra sus grandes dificultades por las que San Pablo no lo aconseja en general; a no ser que circunstancias especiales lo hagan ver como un remedio para la propia salvación y se lo escoja con noble aspiración.

En cuanto a hacerse sacerdote secular, advierta que el sacerdote en el siglo tiene todas las cargas del sacerdocio, y además las distracciones y peligros de los seculares, puesto que, viviendo en medio del mundo, no puede evitar los tropiezos y dificultades que le causan los negocios de su casa o de sus parientes, ni puede verse libre de los peligros que rodean su alma. Le cercarán las tentaciones en su propia casa, puesto que no podrá impedir que entren en ella mujeres, ya sean de la familia, ya sean criadas, ya otras mujeres extrañas. Debería usted vivir en una habitación retirada, para no pensar más que en las cosas del divino sacerdocio; mas este género de vida es muy difícil en la práctica, y por lo mismo son muy contados los sacerdotes que, viviendo en su propia casa, aspiran a la perfección, sobre todo si no se toman con decisión y obediencia las nuevas disposiciones canónicas que imponen a los clérigos precisas medidas de prudencia respecto al personal doméstico, negocios y diversiones.

Ventajas positivas y múltiples

Por el contrario, si usted entra en un instituto religioso donde reina la observancia regular, se verá libre de los cuidados que ocasionan el pensar en la comida y en el vestido, porque de todo lo proveerá la religión; allí vivirá lejos de los parientes, que de continuo le molestarían con los negocios y asuntos de la casa; allí no encontrará mujeres que puedan turbar su espíritu; allí alejado del ruido del mundo, nada le estorbará vivir recogido y dedicado a la oración.

Le hablo de una religión donde “reine la observancia regular”; porque si usted quisiera entrar en un instituto del cual ha desaparecido el fervor, mejor sería que permaneciera en su casa, cuidando como mejor pudiera de la salvación de su alma; puesto que dando su nombre a un instituto que ha caído en la relajación, se expone al peligro de condenarse; pues dado caso que entrase resuelto a dedicarse a la oración y a no pensar más que en Dios, arrastrado

sin embargo por los malos ejemplos de los compañeros y ridiculizado por ellos y tal vez hasta perseguido, por no querer llevar su manera de vida, acabaría por abandonar todas sus devociones y seguir los derroteros que le señalaran los demás, como lo prueba la experiencia.

Recomendación final

En fin, si Dios se digna concederle la gracia de la vocación, esfuércese por conservarla encomendándose sin descanso a Jesús y a María en sus oraciones, y no olvide que, si se demora a entregarse totalmente a Dios, el demonio se esforzará cada día más por hacerle caer en pecado y sobre todo para hacerle perder la vocación.

Termino ofreciéndole todos mis respetos y pidiendo al Señor le haga todo suyo.

ALFONSO MARÍA DE
LIGORIO

Avisos a una joven que vacila acerca del estado que ha de elegir

Hermana mía en Jesucristo:

Me dice usted que está deliberando acerca del género de vida que debe abrazar. Advierto que usted vacila, porque por una parte el mundo la convida a escoger el estado del matrimonio, y por otra la invita Jesucristo a tomar el velo de religiosa en un monasterio observante.

Se trata de cosa, importante

Piénselo bien, porque de la elección que haga depende su eterna salvación. Por esto le recomiendo que pida a Dios todos los días su santa gracia, y comience ya a hacerlo hoy mismo en que empieza a leer estas páginas, a fin de que el Señor le dé la luz y la fortaleza que necesita para elegir aquel estado en que mejor asegure su salvación, y no tendrá que arrepentirse de la elección hecha durante toda su vida y por toda la eternidad, cuando le falte el tiempo de enmendar su yerro.

Piense bien cuál sea para usted el partido más ventajoso y que le haga más feliz y dichosa, si el tener por esposo a un hombre del mundo, o a Jesucristo, Hijo de Dios y Rey del cielo: vea cuál de los dos le parece mejor, y elija entre ambos. Trece años tenía la virgen santa Inés cuando, por su extremada belleza, se vio pretendida de muchos jóvenes, entre los cuales se encontraba el hijo del Prefecto de Roma; mas ella, dirigiendo una mirada a Jesucristo que la quería para sí, contestó: “He hallado a un esposo mejor que tú y que todos los reyes de la tierra; justo es que no le cambie por otro”. Y en efecto, antes que consentir en cambio tan desigual, prefirió gustosa perder la vida, en tan temprana edad, muriendo mártir por amor de Jesucristo. La misma respuesta dio la virgen santa Domitila al conde Aurelio, gran señor de Roma, y antes que abandonar a

Jesucristo prefirió ser martirizada y quemada viva. ¡Cuán alegres y gozosas estarán ahora en el cielo y lo estarán por toda la eternidad estas santas vírgenes por haber hecho tan buena elección! Suerte tan feliz y dichosa tiene el Señor deparada a todas las doncellas que por consagrarse a Jesucristo han abandonado el mundo.

Examine, pues, las consecuencias que se han de seguir de la elección que usted haga entre el mundo y Jesucristo. El mundo le brinda los bienes de la tierra: honores, riquezas, placeres, pasatiempos. Jesucristo, por el contrario, le presenta azotes, espinas, oprobios, cruz; que estos fueron los bienes que Él disfrutó mientras vivió en el mundo. Pero en cambio, Jesucristo le ofrece dos inapreciables bienes que no puede darle el mundo, a saber: la paz del corazón en esta vida y el paraíso en la otra.

Se trata de la eternidad

Además, antes de resolverse a abrazar el uno o el otro estado, debe tener muy en cuenta que su alma es eterna; es decir, que después de esta vida, que tan presto se acaba, vendrá la muerte, que le abrirá las puertas de la eternidad, y al entrar en ella le dará el Señor el premio o el castigo que haya merecido por las obras llevadas a cabo durante su vida. De suerte que la morada que le toque habitar en el punto de la muerte, ya sea feliz, ya desgraciada, en ella permanecerá por toda la eternidad: si tiene la dicha de salvarse, gozará para siempre de todos los encantos y alegrías del paraíso; si por desgracia se condena, padecerá los eternos tormentos del infierno. No pierda, pues, de vista que todas las cosas de este mundo presto se acaban. ¡Dichoso el que se salva, desventurado el que se condena! No se le caiga jamás de la memoria aquella admirable sentencia de nuestro Salvador: “¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si al cabo pierde su alma?” Esta máxima ha determinado a tantos jóvenes a encerrarse en los claustros y a sepultarse en desiertas cuevas, a tantas doncellas a abandonar el mundo para consagrarse a Dios y acabar sus vidas con santa muerte.

Mísero fin de las grandezas mundanas

Considere, por otra parte, la mísera suerte que ha cabido a tantas nobilísimas damas, a tantas princesas y reinas que en el mundo ha habido; no les han faltado ni honores, ni alabanzas, ni servidores, ni aduladores viles; pero si han tenido la desgracia de condenarse, ¿de qué les aprovecharán ahora en el infierno tantas riquezas atesoradas, tantos placeres gozados, tantos honores disfrutados? Les servirán de tormentos y angustias de conciencia que despedazarán su corazón eternamente mientras Dios sea Dios, sin poder hallar remedio alguno a su eterna ruina.

Promesas mundanas y promesas divinas

Examinemos ahora muy despacio los bienes que el mundo promete en esta vida a sus seguidores, y los bienes que da el Señor a los que le aman y por su amor todo lo abandonan para seguir el divino llamamiento.

El mundo promete mucho a sus amadores; pero ¿quién ignora que es un traidor, que promete y no sabe cumplir? Demos que cumpla sus promesas; ¿qué bienes podemos de él esperar? *Bienes de la tierra; pero no puede dar la paz ni el contento que promete, porque todos sus bienes halagan a la carne y a los sentidos, pero no pueden calmar las aspiraciones del alma y del corazón.* Nuestra alma ha sido criada por Dios, únicamente para amarle en esta vida y después gozarle en la otra; por lo cual todos los bienes del mundo, todos sus placeres y grandezas giran en torno de nuestro corazón, pero no entran en él, que sólo Dios puede colmar. Por eso Salomón llamaba a los bienes del mundo vanidad y mentira, más aptos para afligir que para contentar nuestra alma. “Vanidad de vanidades”, los llamó, “y aflicción de espíritu”. En efecto, la experiencia demuestra

que mientras más riquezas poseen los ricos más angustiados y afligidos viven.

Si el mundo colmase las ansias del corazón con los bienes que da, las princesas y las reinas, a quienes no faltan diversiones, comedias, fiestas, banquetes, soberbios palacios, lujosas carrozas, ricos vestidos, joyas de inestimable valor, pajes y lacayos que las sirven y les hacen la corte, vivirían en perpetua paz y contento. Pero ¡ah! ¡Cómo se engañan los que así piensan! Preguntadles si gozan de paz verdadera; decidles si viven contentas. “¡Qué paz y qué contento!” –os responderían todas–, “mi vida es la vida de una desgraciada; no sé lo que es paz, ignoro lo que sea tener contento”. El mal proceder de sus maridos, los disgustos que a cada paso le dan los hijos, los celos, los temores, las necesidades de la casa les dan a beber de continuo sinsabores y amarguras.

Suerte de la mujer casada que ha desoído el llamamiento a la vida religiosa

De la mujer casada hay que decir que es una mártir de paciencia y que, para atesorar en su corazón esta admirable virtud, *necesita de una especial vocación unida a las gracias siempre renovadas del sacramento del matrimonio. ¿Qué resultará, pues, si una joven entró en ese estado tan arduo contrariando la vocación a un modo de vida perfecto?* Por un lado tendrá que cargar con los remordimientos de conciencia y por otro, apegada como estará a las cosas terrenas, no tendrá ni tiempo ni gusto para pensar en su alma, recibir los sacramentos y apenas si se acordará de encomendarse a Dios. Privada, por tanto, de estos medios, que tanto ayudan para bien vivir y para merecer las gracias de estado, casi de continuo se verá expuesta a faltas de todo género y a consiguientes remordimientos de conciencia. De donde resultará que todas las alegrías que le prometía el mundo, se convertirán en amarguras y serios temores de caer en los severos juicios de Dios. Son conocidas las dificultades

que toda mujer casada encuentra para dedicarse al adelantamiento de su propia alma. Quisiera recogerse a hacer oración; pero los cuidados de la familia y las gentes de casa, que siempre están en movimiento, se lo prohíben. Quisiera asistir a los sermones, confesar y comulgar con frecuencia; quisiera ir a menudo a la iglesia; pero se lo estorba el marido y las atenciones domésticas. Añádase a todo esto la crianza de los hijos, las visitas, las preocupaciones del hogar y tantas cosas que la tienen atada a la casa de modo que apenas los días festivos y a hora temprana podrá ir a misa. Ante todas estas realidades de la vida doméstica *la mujer que haya desoído la voz de Dios, se sentirá fácilmente desventurada y prorrumpirá en quejas por la mala suerte, que ella temerariamente se ha acarreado.*

Suerte de las religiosas

Muy otra será la suerte de la religiosa que ha abandonado el mundo para consagrarse a Jesucristo. Será feliz en compañía de tantas esposas del Señor, en una celda solitaria, lejos del bullicio del mundo y de los continuos y próximos peligros que corren de perder a Dios las personas que viven en el siglo. En la hora de la muerte le consolará el recuerdo de haber pasado sus mejores años dedicados al apostolado de su instituto y a la oración, mortificación y otros ejercicios santos, como visitar al Santísimo Sacramento, confesarse y comulgar con frecuencia, hacer actos de humildad, esperanza y amor a Jesucristo; y si bien el demonio no cesará de atormentarla con el recuerdo de los pecados cometidos durante su juventud, su divino Esposo, por cuyo amor abandonó el mundo, sabrá consolarla, y llena de confianza morirá abrazada a Jesús crucificado, que la llevará consigo al paraíso para vivir en su compañía por toda la eternidad.

Hay que mirar a la hora postrera de la vida.

Ya que, hermana mía, va usted a elegir estado, escoja aquel que hubiera deseado elegir en la hora de la muerte. En aquella hora tremenda, al ver que todo se acaba, todos exclaman: *¡Ojalá hubiera*

trabajado por santificarme! ¡Ojalá hubiera abandonado el mundo para consagrarme a Dios! Pero entonces, lo hecho, hecho está; no tienen más remedio que rendir el alma y presentarse ante el tribunal de Cristo (...).

Ahora está usted a tiempo de elegir entre el mundo y Jesucristo; si toma el partido del siglo sin estar robustecida por una vocación clara no se olvide que tarde o temprano se ha de arrepentir, porque la vida del mundo está llena de dificultades y, en gran parte, colmada de obstáculos para la virtud; por eso piénselo bien. De entre las mujeres que viven en el mundo pocas son las que logran decidirse a una vida enteramente virtuosa; mientras que en los monasterios todo está ordenado hacia la perfección y una feliz eternidad. Encomiéndese a Jesús Crucificado y a María Santísima a fin de que le den luz y gracia para elegir el camino que mejor eleve a su perfección y salvación eterna.

Recomendaciones finales

Si quiere, pues, hacerse religiosa, ha de estar resuelta a santificarse, porque si piensa llevar en el monasterio, a ejemplo de algunas religiosas, vida tibia e imperfecta, de nada le servirá entrar en religión; porque después de vivir vida infeliz, la acabaría con muerte desgraciada.

Si no se siente decidida a abrazar la vida religiosa, puede muy bien permanecer en su casa dedicándose al trabajo de su santificación y a hacer todo el bien que pueda a los suyos y al prójimo, según se lo aconsejen las circunstancias.

Nuestro Señor, por boca de San Pablo ha dicho: “quien se casa, obra bien; pero la que no se casa, hace mejor”. Fuera de la vida religiosa hay, pues, dos estados que puede elegir una joven cristiana, ambos son buenos, pero el uno mejor que el otro.

Le ruego, en fin, que durante nueve días rece la siguiente oración:

¡Oh Señor mío Jesucristo, que habéis muerto para salvarme!, os suplico, por los méritos de vuestra preciosísima sangre, que me deis luz y fuerza necesaria de elegir el estado que más convenga a mi salvación. Y Vos, oh María Madre mía, alcanzadme esta gracia con vuestra poderosa intercesión.

ALFONSO MARÍA DE
LIGORIO

Apéndice 2

Mi vocación

Normalmente no conviene ponerse de ejemplo, pero por esta vez creo que puede servir.

Trataré de contar brevemente cómo se me ocurrió ingresar a la vida religiosa y quizás esto sirva un poco para quien lo esté pensando como posibilidad.

Con 17 años cumplidos terminé la escuela; apenas salido del colegio no sabía qué carrera seguir; me anoté en Economía y luego de un par de meses vi que la cosa no funcionaba. Luego vino Psicología y Sociología... y nada... Seguí entonces el famoso proverbio popular que dice “serás lo que debas ser, o serás abogado...” y fue así nomás que me inscribí en la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

En unas vacaciones un viaje al norte de la Argentina hizo que me pusiera de novio con la hermana de un gran amigo: casi mi misma edad y estudiante de Derecho, congeniamos rápidamente. Nuestros gustos y quehaceres eran similares: a ambos nos encantaba la lectura, el arte y la música; hasta pudimos, con un grupo de amigos, hacer algunos viajes por Europa que despertaron nuestro interés por la Iglesia y su historia.

El tiempo fue afianzando ese noviazgo que iba creciendo día tras día hasta que, luego de 3 años, nos comprometimos en una Misa privada. Estábamos en eso cuando una tarde su hermano nos dio una gran noticia: “me voy al seminario” – nos dijo.

Fue una gran alegría pero al mismo tiempo un baldazo para todos; entre nuestros amigos, habían algunos que ya habían abrazado la vida religiosa pero la suya fue una decisión casi sorpresiva, pues acababa de conseguir su segundo título universitario.

Como para despedir a mi amigo y hermano de la que era mi novia, ambos decidimos llevarlo al seminario (más de 900 kilómetros de viaje), sin saber que con ello estábamos acelerando

nuestros propios destinos. Cargamos las valijas y comenzamos a hablar de su decisión, del futuro y de lo que haría en la vida religiosa.

Al llegar a la ciudad donde debíamos dejarlo, decidimos visitar un monasterio que allí había y pedimos hablar con un monje al cual ya conocíamos. El Cielo, las dudas, la Santa Misa y la Iglesia eran algunos de los temas que salían casi naturalmente durante la charla. De repente, entre conversación y conversación, nos encontramos preguntándonos acerca de nuestras vidas: ¿Qué haríamos cuando nos casáramos? ¿cómo podríamos ser útiles a la Iglesia, a la Patria, a nuestras familias? ¿era ese el estado de vida al cual Dios nos llamaba?

El monje simplemente se limitó a decir: “Ese es un problema entre uds. y Dios; yo no puedo hacer nada”. Y ahí nos dejó...

Nos despedimos y emprendimos el retorno a Buenos Aires; durante el viaje de vuelta, como quien no quiere la cosa, salió el tema de la vida religiosa y la posibilidad de que Dios llamase a alguno de nosotros. Con plena libertad consideramos la posibilidad de “entrar en religión”.

Sabíamos que parecía una locura, pero algo nos empujaba a preguntarnos al menos, acerca de la posibilidad de ese llamado. Decidimos seguir juntos hasta que Dios dispusiera cuál era Su voluntad. Fueron dos años más de hermoso noviazgo pero a la vez de una larga despedida, pero Dios había custodiado dos vocaciones por medio del noviazgo; porque Él es un gran ironista...

Casi al final de la carrera universitaria, cada uno por su parte decidió ingresar en la vida religiosa. Nos graduamos y hoy, por gracia de Dios ambos gozamos del ciento por uno en la tierra esperando la recompensa en el Cielo.

Dios de la perseverancia a los hijos que se le han encomendado.

Algunas definiciones y nociones

1. Definiciones

Aspirantado: casa religiosa donde habitan las niñas que, aún sin haber terminado los estudios medios o secundarios, desean ingresar en la vida religiosa.

Claustro/clausura: parte de un monasterio, convento o casa religiosa que es utilizado sólo por los religiosos.

Clero secular o diocesano: sacerdotes que ejercen su ministerio en una jurisdicción o diócesis determinada y que normalmente no viven en comunidad.

Congregación Religiosa: comunidad religiosa que vive de acuerdo a una Regla o Constituciones y sus miembros profesan votos de castidad, pobreza y obediencia.

Laicos o personas seculares: católicos que viven en el mundo e intentan santificarse en su propio estado de vida.

Noviciado: tiempo establecido en el cual el candidato/a se prepara para profesar temporalmente los votos religiosos en un determinado instituto religioso, bajo la guía de un maestro/a de novicios/as; normalmente dura uno o dos años dependiendo de la congregación y, al inicio del mismo, se recibe el hábito religioso.

Orden religiosa: comunidad religiosa que vive de acuerdo a determinadas Reglas profesando sus miembros los solemnes votos de castidad, pobreza y obediencia. Existen, estrictamente, sólo 4 órdenes religiosas: Dominicos, Benedictinos, Franciscanos y Carmelitas.

Postulantado: tiempo de prueba anterior al Noviciado en el cual la persona comienza a conocer la congregación religiosa o el instituto de vida consagrada y al mismo tiempo, es conocido por los

superiores de la misma. Usualmente puede durar algunos meses, aunque normalmente no sobrepasa el año.

Profesión: es la promesa de los votos religiosos que, realizada libremente y aceptada según los reglamentos y cánones de la Iglesia, alguien realiza temporal o perpetuamente, obligándose a cumplirla dentro de la vida religiosa.

Religioso: nombre que se aplica frecuentemente al miembro de una familia religiosa que posee los votos de castidad, pobreza y obediencia.

Seminario menor: casa religiosa donde habitan los niños que, aún sin haber terminado los estudios medios o secundarios, desean ingresar en la vida sacerdotal o religiosa.

Sociedad de vida religiosa: comunidad religiosa que vive de acuerdo a una Regla sin votos públicos.

Tercera orden: modo de vida determinado por el cual ciertos laicos desean santificarse de acuerdo a los caminos trazados por la Regla o Constitución de algún Instituto u Orden religiosa, gozando de sus frutos y viviendo el carisma de su fundador.

Vida activa: modo de vivir la vida religiosa en la cual los religiosos se dedican a obras de misericordia, tanto corporal como espiritual.

Vida contemplativa: modo de vida de algunos religiosos que se dedican principalmente a la oración y la contemplación, sin excluir también el trabajo manual.

Vida religiosa: vida devota realizada según determinada regla.

Voto: promesa libre y deliberada hecha a Dios, por la cual alguien se obliga bajo pena de pecado a realizar algún tipo de obra por un tiempo determinado o perpetuamente. Los votos pueden ser tanto públicos (oficialmente aceptados por la Iglesia) como privados.

Bibliografía consultada

BUSUTTIL, EMVIN., *Las vocaciones: encontrarlas, examinarlas, probarlas*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1961².

CANO, MARCELO, *La vocación de los niños en Santo Tomás de Aquino*, Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino in Urbe, Roma 2007.

Catecismo de la Iglesia Católica, Ciudad del Vaticano 1992.

Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio, Ciudad del Vaticano 2005.

GONZAGA DA FONSECA-JIMENEZ, LUIS, *El mensaje de María al mundo. Las Maravillas de Fátima*, Sol de Fátima, Madrid 1990.

DOYLE, G., *Vocations*.

———, *Ven, sígueme. Visión certera del llamamiento divino*.

———, *¿Seré yo sacerdote? Orientaciones para quien fluctúe en tema de tanta trascendencia*.

GARRIGOU-LAGRANGE, R., O.P., *Las Tres Edades de la Vida Interior*, Madrid 1999, T. I-II.

V.E., *Directorios*, San Rafael 1994, T. I-V.

JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores davo vobis*, Ciudad del Vaticano 1992.

———, *Don y Misterio*, Ciudad del Vaticano 1996.

LORING, J., S.J., *Para Salvarte, “Ellos”*, Madrid 1998.

MAGGILO, M., O.P., *La Vocazione Religiosa secondo San Tommaso*, Padova 1961.

- RATZINGER, J. – SEEWALD, P., *La sal de la tierra. Quién es y cómo piensa Benedicto XVI*, Ediciones Palabra, Madrid 2005.
- RAYMOND, M., *Tres monjes rebeldes*, Herder, Barcelona 1981.
- ROYO MARÍN, A., O.P., *La Vida Religiosa*, Madrid 1968.
- SAN ALBERTO HURTADO CRUCHAGA, S.J., *La Elección de Carrera*, Universidad Católica de Chile, Santiago 2003.
- , *Cartas*, Universidad Católica de Chile, Santiago 2003.
- SAN ALFONSO, *La vocación religiosa*, Icton, Bs. As. 1981.
- *Avisos sobre la vocación religiosa*, Paulinas, Bs. As. 1952.
- SAN JUAN BOSCO, *Biografía y Escritos*, BAC, Madrid 1967, 320.
- SAN LUIS ORIONE, (a cura di Vincenzo Alesiani), *Sole o Tempesta? Lettere ai Giovani*, Milano 2004.
- , (a cura di Vincenzo Alesiani), *Da vero Amico Lettere ai laici*, Milano 2004.
- TOTH, T., *Formación religiosa de jóvenes*, Buenos Aires 1942.
- VILLA, L., *A te mamma del seminarista*, Bologna 1966.

Índice

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO I	7
CONOZCO UNA CABALLEROSIDAD MÁS NOBLE	7
CAPÍTULO II	31
¿QUÉ ES LA VOCACIÓN?	31
1. LAS VOCACIONES DE CRISTO	33
a. <i>La vocación en general</i>	35
b. <i>La vocación a la vida sacerdotal o religiosa</i>	36
2. LOS REQUISITOS PARA UNA MAYOR INTIMIDAD CON DIOS	37
3. ¿QUÉ SE NECESITA PARA ENTRAR EN RELIGIÓN? ¡SER NORMAL!	38
a. <i>Dotes de la inteligencia</i>	38
b. <i>Dotes de la voluntad</i>	39
c. <i>Dotes físico-psíquicas</i>	40
d. <i>El sí libre</i>	41
CAPÍTULO III	43
¿CÓMO LLAMA DIOS?	43
1. DIOS LLAMA A ALGUNOS DESDE LA CUNA	45
2. OTRAS VECES SE MANIFIESTA DE UN MODO CASI SUPERFICIAL	47
3. ALGUNA INDISCRETA INVITACIÓN	48
5. LA SANA AMISTAD	49
6. LA VISTA DE LOS RELIGIOSOS	50
7. LA VANIDAD DEL MUNDO	51
8. CUANDO LA MUERTE LLAMA A LA VIDA RELIGIOSA	52
CAPÍTULO IV	57
¿TENGO YO VOCACIÓN?	57
1. PEQUEÑOS INDICIOS DE LA VOCACIÓN	60
a. <i>El alma percibe una felicidad desconocida al pensar en el estado religioso</i>	61

<i>b. Le rodea la idea de no querer ser “uno más”</i>	61
<i>c. Comprende que debe rezar más</i>	62
<i>d. Va despreciando más y más el mundo</i>	63
2. SEÑALES DE VERDADERA VOCACIÓN	64
<i>a. Conocimiento de la malicia del mundo y sus peligros</i>	65
<i>b. Atracción por una vida de pureza</i>	67
<i>c. Deseos de tener vocación</i>	68
<i>d. Conciencia de la vanidad del mundo</i>	70
<i>e. Atracción por una vida de oración</i>	72
<i>f. Ansias de sufrir y reparar por nuestros pecados</i>	72
<i>g. El amor a la Cruz</i>	74
<i>h. Espíritu de generosidad para con Dios</i>	76
<i>i. Horror al pecado y delicadeza de conciencia</i>	77
<i>j. Temor a tener vocación</i>	78
<i>k. Un gran celo por las almas</i>	81
<i>l. Anhelar la vida sacerdotal o religiosa</i>	82
CAPÍTULO V	85
TOMANDO BUENAS DECISIONES	85
1. ELECCIÓN EN BASE A UNA INSPIRACIÓN DIRECTA POR PARTE DE DIOS	87
2. EN BASE A LA EXPERIENCIA DE CONSOLACIONES Y DESOLACIONES	88
3. LA ELECCIÓN EN TIEMPO DE CALMA.....	89
<i>a. Preparación remota para la elección en tiempo de calma</i>	90
<i>b. Preparación próxima</i>	91
<i>c. Elegir serenamente, según San Ignacio</i>	91
<i>d. Dos avisos y un error: ¿sentir la vocación?</i>	96
CAPÍTULO VI	99
LOS MOTIVOS PARA ENTRAR EN LA VIDA RELIGIOSA.....	99
1. ALGUNOS MOTIVOS SOBRENATURALES Y SUFICIENTES	101
<i>a. Seguridad de salvar la propia alma si se permanece fiel</i>	101
<i>b. Encontrarse casi libre de pecado mortal</i>	102
<i>c. Vivir en un “estado de perfección”</i>	103
<i>d. Poseer muchos medios para alcanzar la santidad</i>	104
<i>e. Se puede lograr una muerte santa</i>	105
<i>f. Estar en lo cierto de que siempre se hace la voluntad de Dios</i>	106
<i>g. Gozar de una gran felicidad en la vida religiosa</i>	106

<i>h. Poder llevar una vida de sacrificio y renunciamiento por amor de Dios y las almas</i>	107
<i>i. Posibilidad inmensa de aumentar los méritos</i>	107
<i>j. Vivir en compañía de almas buenas</i>	108
<i>k. Para los jóvenes: la excelencia del sacerdocio</i>	108
<i>l. Para las jóvenes: la frescura de los votos</i>	113
<i>m. Posibilidad más directa de la defensa de la Iglesia</i>	114
<i>n. Cooperar directamente en la salvación de las almas</i>	114
2. ALGUNOS MOTIVOS PURAMENTE NATURALES E INSUFICIENTES	116
<i>a. Posibilidad de ser respetado en el mundo</i>	116
<i>b. Es que... no sirvo para nada</i>	117
<i>c. Entrando en la vida religiosa podría estar tranquilo, librarme de mi familia</i>	117
<i>d. El hábito o la sotana son tan hermosos</i>	118
<i>e. Es que ya se lo prometí a aquel sacerdote</i>	118
<i>f. Cuando era chico, mi madre me consagró a Dios y</i>	119
CAPÍTULO VII	121
ROMPIENDO ALGUNAS OBJECIONES	121
1. ES MEJOR CONOCER PRIMERO EL MUNDO, PONERSE DE NOVIO, ADQUIRIR EXPERIENCIA.....	123
2. SERÁ UNA GRAN PÉRDIDA PARA MIS PADRES Y LES CAUSARÉ UN GRAN DOLOR.....	125
3. PERO... TENGO NOVIO/A Y LO/A QUIERO... ..	127
4. ESTOY EN LA UNIVERSIDAD Y TODAVÍA NO TERMINO MIS ESTUDIOS... ..	128
5. PERO... ME GUSTAN MUCHO LOS CHICOS/AS	129
6. MIS PADRES ME NECESITAN.....	129
7. HE COMETIDO MUCHOS PECADOS... ..	130
8. PREFIERO TENER UNA SEGURIDAD TOTAL... ..	131
9. ¿Y SI NO PERSEVERASE?.....	131
10. NO LO SIENTO.....	132
11. SERÍA MÁS ÚTIL EN EL MUNDO, ESTARÍA MÁS LIBRE... ..	133
12. PERO ENTONCES... ¡TODOS DEBERÍAN HACERSE RELIGIOSOS!.....	134
13. ES UNA LÁSTIMA... NO PODRÉ DESARROLLAR MIS DOTES NATURALES.....	135
14. NO SOY DIGNO DE TAL ESTADO... ..	136
15. NO TENGO LAS CUALIDADES, LA SIMPATÍA, EL PODER DE CONVENCIMIENTO... ..	136

16. ES QUE HOY EN DÍA MUCHOS RELIGIOSOS ESTÁN RELAJADOS Y ...	137
17. ¡QUÉ BUENO! LÁSTIMA QUE SOY TAN CHICO...	137
1. <i>¿Se puede tener vocación siendo aún un niño?</i>	138
a. <i>No es natural separar a un niño o a una niña de su familia</i>	139
b. <i>Terminará siendo presionado para abrazar la vida consagrada</i>	140
c. <i>¿Qué sabe aún de la vida a esa edad?</i>	140
CAPÍTULO VIII	143
YA ME DECIDÍ: ¿AHORA QUÉ HAGO?	143
¿Y SI NO SIGO?	143
1. LUEGO DE LA DECISIÓN: ACCIÓN	145
a. <i>Generalmente, no conviene comunicar la decisión más que al padre espiritual</i>	145
b. <i>Una vez decidido, es importante avivar los deseos de Dios</i>	146
c. <i>Escapar de los peligros que puedan atentar contra la vocación</i>	147
2. CREO QUE TENGO VOCACIÓN PERO ¡NO PIENSO ENTRAR! TOTAL...	147
¿QUÉ PUEDE PASAR?	149
a. <i>Consecuencias para el individuo que rechaza la vocación</i>	149
b. <i>Consecuencias para Nuestro Señor</i>	151
c. <i>Consecuencias para la Iglesia y para el mundo</i>	151
3. ENTONCES... ESTOY DECIDIDO, ¡ENTRARÉ! ¿QUÉ ME ESPERA LUEGO?	153
CAPÍTULO IX	157
¡SOCORRO, TENGO UN HIJO RELIGIOSO!	157
1. ¿MI HIJO SACERDOTE? ¿MI HIJA RELIGIOSA? ¡QUÉ HAGO!	159
2. LO QUE NUNCA HAY QUE HACER	161
a. <i>Impedir caprichosamente el ingreso de un hijo en la vida religiosa</i>	162
b. <i>Hacer peligrar la vocación</i>	162
c. <i>Intentar retrasar el ingreso del hijo en la vida religiosa</i>	164
3. CONSECUENCIAS DE LA NEGATIVA PARA LOS PADRES	165
a. <i>El hijo andará perdido, como bola sin manija</i>	165
b. <i>Pueden sobrevenir dificultades mayores</i>	166
4. CONSECUENCIAS DE ACEPTAR LA VOLUNTAD DE DIOS	167

<i>a. El tener un hijo sacerdote o religiosa es un honor para toda la familia.....</i>	167
<i>b. Es garantía de la salvación, si nos mantenemos fieles.....</i>	167
CONCLUSIÓN.....	169
APÉNDICE 1.....	171
CONSEJOS DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO	171
RESPUESTA A UN JOVEN QUE PIDE CONSEJO ACERCA DEL ESTADO DE VIDA QUE DEBE ELEGIR.....	173
<i>Avisos a una joven que vacila acerca del estado que ha de elegir</i>	181
APÉNDICE 2.....	189
MI VOCACIÓN.....	189
ALGUNAS DEFINICIONES Y NOCIONES	193
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	195